

The background of the entire page is a solid yellow color. Overlaid on this background are several concentric white circles. The circles are centered on the page and increase in size from the center outwards, creating a hypnotic or tunnel-like visual effect. The text is positioned within the central area of these circles.

VERDADERA
Espiritualidad

C. R. STAM

VERDADERA ESPIRITUALIDAD

Por:

CORNELIUS R. STAM

Pastor, NORTH SHORE CHURCH, Chicago
Presidente, BEREAN BIBLE SOCIETY, Chicago

Traducción al español por:

FRANCISCO JOSAFAT MALDONADO TOSTADO

TODAS LAS CITAS BÍBLICAS HAN SIDO TOMADAS DE LA VERSIÓN REINA-VALERA 1909,
CON LA EXCEPCIÓN DE CIERTAS CITAS ESPECIFICADAS DE LA VERSIÓN RV-1960.

Derechos de Autor, 1984

FUNDACIÓN DE LITERATURA BEREANA
7609 W. Belmont Avenue
Chicago, Illinois 60635

IMPRESO EN EEUU

EN AGRADECIMIENTO

Reconocemos con gratitud la generosa asistencia de los mecanógrafos, correctores de pruebas y otros que han ayudado de diversas maneras a completar este volumen.

Cuarta Impresión

BEREAN BIBLE SOCIETY
[SOCIEDAD BÍBLICA BEREANA]
N112 W17761 Mequon Road
Germantown, WI 53022

CONTENIDO

Página

Prefacio.....	7
----------------------	----------

CAPÍTULO I

La Naturaleza Del Hombre.....	10
Cuerpo, Alma y Espíritu	10
El Alma, la Sede del Ser Humano	13
Espiritualidad Bíblica.....	13
El Espíritu y la Carne.....	15
Formas Prevalentes de Pseudo-Espiritualidad	16

CAPÍTULO II

El Primer Paso a la Verdadera Espiritualidad.....	20
La Necesidad de una Nueva Naturaleza	20
El Nuevo Nacimiento	21
Cómo el Pecador Puede Nacer de Nuevo.....	26
El Nuevo Nacimiento y la Revelación Paulina.....	27

CAPÍTULO III

Novedad de Vida.....	29
Resurrección con Cristo	29
El Nuevo Nacimiento y la Novedad de Vida en Comparación....	29
La Resurrección del Creyente con Cristo	31
La Realidad de Nuestra Resurrección con Cristo	32

CAPÍTULO IV

La Nueva Creación.....	37
Todas las Cosas Son Hechas Nuevas.....	37

La Nueva Creación Es El Cuerpo de Cristo	37
La Nueva Creación, La Contraparte de lo Nuevo	39
Su Comienzo en la Historia	40
Su Origen en los Propósitos de Dios	41
La Nueva Creación y la Conducta Cristiana	42
La Nueva Creación y El Espíritu Santo.....	43

CAPÍTULO V

Las Dos Naturalezas en el Creyente	45
El Viejo Hombre y el Nuevo	45
La Vieja Naturaleza en el Creyente	46
La Vieja Naturaleza no Erradicada en Esta Vida	47
La Nueva Naturaleza en el Creyente.....	48
El Conflicto Entre la Vieja y la Nueva Naturaleza	50
Las Bendiciones del Conflicto.....	53
Poder para Vencer	54

CAPÍTULO VI

Santificación	59
Una Verdad Preciosa Muy Poco Apreciada	59
Consagración.....	59
La Santificación del Creyente	60
Santificación Posicional.....	60
Santificación Práctica	62
El “Cómo” de la Santificación Práctica.....	65

CAPÍTULO VII

El Henchir Con El Espíritu	66
El Objetivo Espiritual del Creyente	66
La Operación del Espíritu en Pentecostés.....	66
La Operación del Espíritu Hoy	68
El Espíritu Santo y el Comportamiento Humano	69
La Conducta de los Creyentes en Pentecostés	70
Pentecostés Relacionado Con El Reino, No Con El Cuerpo ...	72
El Espíritu Santo y el Creyente Hoy.....	75

CAPÍTULO VIII

La Relación De La Verdadera Espiritualidad Con La Palabra De Dios	78
La Clasificación Cuádruple de Pablo de la Raza Humana	78
El Hombre Natural	79
El Bebé en Cristo	80
El Cristiano Carnal	83
Crecimiento Retardado	85
Las Evidencias del Crecimiento Retardado	85
La Causa de Crecimiento Retardado	87
Creyentes Responsables de Crecer	89
El Cristiano Espiritual	89
Lo Profundo de Dios	91
Entendimiento Espiritual	92
¿Dónde nos Encontramos?	94
La Suprema Importancia De La Palabra De Dios Para El Creyente	95
La Única Cosa Esencial	96
Trazando Bien la Palabra	97

CAPÍTULO IX

Verdadera Espiritualidad y Nuestra Libertad en Cristo	100
Nuestra Posición Como Hijos de Dios	100
Filiación	101
Bebés Están Bajo Tutores y Gobernadores, Los Hijos Adultos no lo Están	102
Nuestra “Adopción” En Cristo	103
¿Funciona?	104
El Uso Espiritual de la Libertad	107
Libertad No Licencia	110
Libertad Cristiana el Vehículo del Amor	112

CAPÍTULO X

Verdadera Espiritualidad y la Oración	115
La Vida de Oración del Cristiano	115
La Importancia de la Oración	115

El Prevaliente Mal Uso de la Oración	116
Oraciones de los Inconvertos	116
Mal Uso de la Oración Por Parte de los Salvos	117
Repetición de Oraciones	119
El Propósito de la Oración.....	120
El Problema de la Oración sin Respuesta	121
La Oración en las Epístolas Paulinas	123

CAPÍTULO XI

La Verdadera Espiritualidad y la Voluntad de Dios para Nuestras Vidas	128
El Conocimiento de la Voluntad de Dios.....	128
Casos Particulares	133
La Llamada al Ministerio	134
La Importancia de Entender la Voluntad del Señor	134

CAPÍTULO XII

Renacimiento Espiritual	136
Una Necesidad Recurrente en la Vida Cristiana	136
¿Qué es el Renacimiento Espiritual?.....	136
La Necesidad del Renacimiento Espiritual	137
La Causa del Declive Espiritual.....	137
Cómo Disfrutar del Renacimiento Espiritual.....	140

CAPÍTULO XIII

La Manifestación de la Verdadera Espiritualidad	143
El Fruto del Espíritu.....	143
Las Evidencias Externas.....	147
Fiel Testimonio.....	147
Comportamiento Consistente.....	148
Trabajo Arduo Diligente	149
Entrega Sacrificial.....	150
Adoración Genuina	152

PREFACIO

“Empero el espiritual juzga [discierne] todas las cosas; mas él no es juzgado [discernido] de nadie” (1Co 2:15).

El verdadero hombre espiritual está muy por encima de los sabios más sabios de este mundo, sí, muy por encima de las masas de *Cristianos* con los que entra en contacto, que puede entenderlos, pero nunca pueden entenderlo bien a él.

Todos debemos desear ser verdaderamente espirituales, pero ¿qué es la verdadera espiritualidad? Esta es la pregunta que buscamos responder en este libro *mediante las Escrituras*—y las Escrituras *correctamente trazadas*.

Nuestras bibliotecas contienen muchos libros sobre este tema, escritos por hombres capaces de Dios. La razón de la publicación de este, otro más, no obstante, es bastante simple.

La iglesia profesante ha construido durante tanto tiempo sobre la falsa premisa de que la dispensación actual comenzó en Pentecostés con el “derramamiento” del Espíritu Santo, que la gran mayoría de los libros escritos sobre espiritualidad llevan a sus lectores a los días Pentecostales para encontrar el patrón para la verdadera espiritualidad. La mayoría de estos necesariamente hacen esto con reservas y calificaciones, ya que el derramamiento del Espíritu en Pentecostés fue acompañado por lenguas, sanaciones y otras demostraciones milagrosas, junto con una forma de vida comunitaria que es incompatible con el programa de Dios para hoy, como se revela a través del apóstol Pablo.

Sin embargo, “nosotros creemos y conocemos” que la dispensación actual comenzó, no con Pedro y los once en Pentecostés, sino con Pablo, a quien el Señor resucitado y glorificado posteriormente reveló Su voluntad y programa para nuestros días. Por lo tanto, creemos, además, que la verdad sobre la operación del Espíritu hoy se encuentra en las epístolas de Pablo y en otras Escrituras que son compatibles con ellas.

Verdadera Espiritualidad se publicó por primera vez como una serie de artículos en la revista *Verdad*, el órgano oficial del *Colegio Bíblico de Milwaukee*. Con unos pocos cambios y correcciones menores, ahora lo enviamos en forma de libro, orando para que Dios lo use con gracia para guiar a muchos a una experiencia cristiana sana, equilibrada y verdaderamente *espiritual*.

CORNELIUS R. STAM

Chicago, Illinois
Febrero 15, 1959

“Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vió, ni oído oyó, Ni han subido en corazón de hombre, Son las que Dios ha preparado para los que le aman”.

“Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu...”.

1Co 2:9,10-(VRV-1960).

“Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado”.

1Co 2:12.

“...EL OCUPARSE DEL ESPÍRITU ES VIDA Y PAZ”

Ro 8:6-(VRV-1960).

Capítulo I

LA NATURALEZA DEL HOMBRE

Hace años, tuvimos de visita en nuestro hogar a un hombrecito maravilloso de aproximadamente cuatro años de edad. ¡Y qué caja de preguntas! Sus preguntas no conocían el final. Tratamos de darle tanta luz como pudimos en todo, desde “¿Por qué los patos se bambolean al caminar?” hasta “¿En qué clase de trono se sienta Jesús?” pero hubo, después de todo, algunas preguntas a las que tuvimos que responder: “¡No lo sé!” Una de esas veces, suspiró y dijo: “*No sabes muchas cosas, ¿verdad?*”, Y luego, con cierta melancolía: “*Mi papi lo sabe todo*”.

Los creyentes debemos estar agradecidos de que nuestro Padre celestial lo sabe todo y que por Su gracia hay muchas cosas—las más importantes—que Él *nos* ha dado para que las sepamos con toda seguridad. Sin embargo, todavía “no sabemos muchas cosas”, y esto es particularmente cierto con respecto a *nuestra propia naturaleza y hechura*. Esta pregunta es tan compleja que nunca terminaremos su estudio aquí en la tierra. Bien dijo David, con respecto a este tema:

“Te alabaré; porque formidables, maravillosas son Tus obras: Estoy maravillado, Y mi alma lo conoce mucho” (Sal 139:14).

Sin embargo, hay algunas cosas que Dios nos *ha* dicho con respecto a nuestra naturaleza y nuestro ser, y de éstas debemos tener un conocimiento básico si queremos aprender lo que es ser verdaderamente espiritual—espiritual en el sentido *bíblico* del término. Comencemos, entonces, considerando brevemente *la naturaleza del hombre*.

CUERPO, ALMA Y ESPÍRITU

El hombre es, o tiene, un cuerpo, con ojos, oídos, nariz, lengua, dedos y otros miembros. Pero él es más que un cuerpo. Hay dentro de él lo que da vida a estos miembros y les hace ver, oír, oler, saborear y sentir. Esto se llama el *alma* (Heb., *néfesh*,

Gr., *psujé*). Los lexicones lo definen como el aliento de la vida; la fuerza vital que anima el cuerpo y se manifiesta en la respiración; aquello por lo que el cuerpo vive y siente. El cuerpo del hombre estaba hecho del polvo de la tierra, pero para impartir vida al cuerpo era necesario que Dios respirara el aliento de la vida

“Formó, pues, Jehová Dios al hombre del polvo de la tierra, y alentó en su nariz sopro de vida; y fué el hombre en alma viviente” (Gn 2:7).

Por lo tanto, la hechura del hombre tiene al menos dos partes, una material y otra inmaterial. Pero todavía hay otra parte, también inmaterial, llamada el espíritu (Heb., *rúakj*, Gr., *pneúma*).

El alma y el espíritu ambos siendo inmaterial, tienen *algunas* de las mismas funciones que se les atribuyen en las Escrituras y algunas veces se habla de ellos indistintamente, pero no se sigue de esto que sean una y la misma, ya que encontramos distinciones definidas entre ellos en muchos pasajes de las Escrituras.

En la Epístola a los Hebreos leemos:

“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos: y que ALCANZA HASTA PARTIR EL ALMA, Y AUN EL ESPÍRITU...” (Heb 4:12).

A los corintios, Pablo escribió acerca del cuerpo del creyente:

“Se siembra cuerpo animal [Lit., un cuerpo anímico], resucitará espiritual cuerpo...” (1Co 15:44).

De la Epístola de Judas, también, está claro que el *alma* y el *espíritu* no son lo mismo, porque allí leemos:

“Estos son los que hacen divisiones, sensuales [Gr., *psujikós*, anímico], NO teniendo el Espíritu [Gr., *pneúma*]” (Judas 19).

Los lexicones definen el *pneúma* como la parte racional del hombre y aquello por lo que percibe y capta las cosas divinas y eternas, y sobre las cuales el Espíritu de Dios ejerce Su influencia.

Los pasajes anteriores también refutan la afirmación de que el espíritu en el cuerpo hacen un alma, o que el espíritu y el cuerpo unidos forman un alma; que el hombre es un alma, pero *no tiene un alma*; que cuando el espíritu abandona el cuerpo *no hay alma*.

De hecho, aunque “fue el hombre un alma viviente”, se habla de él en las Escrituras como algo distinto del cuerpo, así como del espíritu, ya que no solo la Palabra de Dios penetra “hasta partir el *alma*, y aun el *espíritu*” (Heb 4:12), pero se divide también entre el alma y el cuerpo, porque en Mt 10:28 tenemos las palabras del Señor Jesucristo.

“Y no temáis á los que matan el CUERPO, mas al ALMA no pueden matar: temed antes á Aquel que puede destruir EL ALMA Y EL CUERPO en el infierno”.

Como veremos, el alma es la sede del ser consciente del hombre y, por lo tanto, se le llama *en alma* (Gn 2:7; Hch 2:41 [Gr. 5590, *psujé* ALMA]; et al.) Pero ya que es *más* que un alma, como también es un cuerpo y un espíritu, asimismo leemos en las Escrituras que él *tiene* un alma:

Job 14:22, “Mas su carne sobre él se dolerá, Y entristecerse ha EN ÉL SU ALMA”.

Is 53:12, “...por cuanto DERRAMÓ SU VIDA [Heb. 5315 *néfesh*, ALMA] hasta la muerte...”.

Hch 2:31, “...Su ALMA NO FUÉ DEJADA EN EL INFIERNO, ni Su carne vió corrupción”.

Así, el apóstol Pablo escribió a los tesalonicenses:

“...para que VUESTRO ESPÍRITU Y ALMA Y CUERPO sea guardado entero sin reprensión para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1Ts 5:23).

Estamos de acuerdo, entonces, a la posición bien conocida de que *la conciencia del mundo* pertenece al cuerpo (Mt 6:22; 1Co 12:14-17), *la autoconciencia* al alma (Mt 16:26; 1P 1:9) y *la conciencia de Dios* al espíritu (Ro 1:9; 8:16) si solo se reconoce que estos tres están estrechamente relacionados entre sí, de

modo que el cuerpo, por ejemplo, es consciente del mundo solo cuando el alma le da conciencia, y que el alma y el espíritu están relacionados de manera similar. Seguramente es cierto que el *cuerpo*, al ser físico, está más estrechamente relacionado con la tierra y con las cosas materiales (Gn 3:19) que el espíritu, antes de la caída, estaba más estrechamente relacionado con Dios y sigue siendo aquello sobre lo que El Espíritu Santo ejerce Su influencia (Ef 1:17; 4:23) mientras que el *alma* es el medio entre los dos; la sede de los sentimientos, emociones, decisiones; uniendo el cuerpo y el espíritu (Cf. Gn 2:7; Jn 11:33; Mc14:34).

EL ALMA, LA SEDE DEL SER HUMANO

Si bien parece evidente en Gn 2:7 que el alma ha sido la sede y el centro del ser del hombre desde la creación, también es evidente que antes de la caída el alma del hombre estaba sujeta a su espíritu que, a su vez, estaba en completa armonía con el Espíritu de Dios. Con la caída, sin embargo, esto cambió. El Engañador persuadió al hombre de que si asumía sus propios “derechos” podía ser “como Dios”. El hombre creyó la mentira y, como resultado, estuvo dominado por ella. La autoconciencia se convirtió en auto importancia, voluntad propia e interés propio. Todo ser humano se convirtió por naturaleza en un dios para sí mismo. Con la caída, el hombre se convirtió en un *ánimico* ser caído, su alma caída, su auto importancia y su propio interés, influyendo y dominando tanto su cuerpo como su espíritu. Esto, por supuesto, delectaba la *enemistad contra Dios y la alienación de Dios*—en una palabra, *muerte*.

Nuestro propósito en este libro es mostrar cómo Dios, por gracia, ofrece la liberación de esta condición, para que los pecadores muertos y moribundos puedan convertirse en santos vivos y espirituales.

ESPIRITUALIDAD BÍBLICA

¿Qué se entiende por términos tales como “*el espiritual*” y “*vosotros que sois espirituales*” en las Escrituras? ¿Qué es la verdadera espiritualidad en el sentido bíblico de la palabra?

Al proceder a responder esta pregunta, primero debemos observar que la verdadera espiritualidad *no* consiste meramente en la dominación de la vida de un hombre por su espíritu, en lugar de por su alma o su cuerpo, ya que con la entrada del pecado, *todo* el ser del hombre estaba “ajenos de la vida de Dios” (Ef. 4: 17-19) y se convirtió en, espíritu, alma y cuerpo, en una criatura caída. Además, como hemos visto, el alma pervertida del hombre ahora, en lugar de ser la sede de la autoconciencia simple, se convirtió en el de la auto importancia y el interés propio, y esto tuvo un efecto devastador en su espíritu, poniendo a todo el hombre interior en enemistad contra Dios (Ro 8:7; Col 1:21).

Un examen del uso bíblico de la palabra *pneúma* pronto disipará la idea de que la calidad del espíritu es necesariamente buena en sí misma. Una y otra vez leemos en las Escrituras de los espíritus “inmundos” y “malos” (Mc 1:23; Lc 7:21, etc.) En 1P 3:19, 20 leemos de los “espíritus encarcelados” que fueron arrojados allí por su desobediencia a Dios en los días de Noé. Satanás mismo es, como sabemos, “el espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia” (Ef 2:2) y los creyentes son advertidos explícitamente de que su guerra no es contra la carne y la sangre, sino contra los espíritus malos en los lugares celestiales (Ef 6:12). En efecto, el hecho de que somos llamados a limpiarnos de toda contaminación de “carne¹ y de espíritu” (2Co 7:1) y que algunos sí buscan ser santos “así en el cuerpo como *en el espíritu*” (1Co 7:34) indica claramente que el espíritu del hombre no permaneció sin mancha en la caída.

Por lo tanto, no es suficiente que nuestras vidas estén dominadas por nuestros espíritus. *Todo* el hombre, espíritu, alma y cuerpo, debe ser dominado por *el Espíritu de Dios*. Los hombres espirituales, en el sentido bíblico del término, son aquellos que poseen “el Espíritu que es de Dios” (1Co 2:12) aprecian y responden a “las cosas que son del Espíritu de Dios” (1Co 2:14) son “guiados por el Espíritu de Dios” (Ro 8:14) y, por lo tanto, dan “el fruto del Espíritu” (Ga 5:22).

¹ Refiriéndose al hombre físico cuando está vinculado así con el espíritu.

Que la espiritualidad de las Escrituras tiene que ver con la obra *del Espíritu de Dios* en el creyente, está claro en 1Co 2:11, donde el apóstol Pablo señala que así como nadie podía entender “*las cosas del hombre*” si no fuera por “*el espíritu del hombre que está en él*”, nadie puede entender “*las cosas de Dios*” excepto por “*el Espíritu de Dios*”.

El mero hecho de que el hombre caído mismo sea, o tenga, un espíritu no le ayuda a entender a Dios ni a ser más como Él. Este hecho debe ser observado cuidadosamente por aquellos que buscan agradar a Dios al intentar constantemente—y en vano—alcanzar su “ser superior”.

EL ESPÍRITU Y LA CARNE

En esta conexión, las epístolas paulinas tienen mucho que decir acerca de la carne (Gr., *sárx*) en un sentido *ético*, como significando, no solo el cuerpo físico, ni siquiera el cuerpo y el alma, sino la caída naturaleza Adámica en el hombre ya que afecta a *todo* su ser, incluso a su espíritu.

En la carne, dice el apóstol, “no mora el bien” (Ro 7:18). Él lo llama “carne de pecado” (Ro 8:3). Nos dice que “la carne codicia contra *el Espíritu*” (Ga 5:17) que busca “oportunidad” para hacer algo malo (Ga 5:13) y que “las obras de la carne” son *todas* malas (Ga 5:19-21).

Es importante que entendamos que más que el cuerpo físico, o incluso el cuerpo y el alma, se entiende por el término “carne” en pasajes como estos. El apóstol se refiere a la vieja naturaleza tal como opera en *todo* el hombre.

A menudo, sin duda, la naturaleza caída del hombre se expresa en la gratificación abandonada de las pasiones sensuales, pero por otro lado puede expresarse en un intento de controlar esas pasiones. El “viejo hombre” puede ser aparentemente moral, recto y, de hecho, bastante religioso. Puede observar fielmente ayunos y fiestas y días santos. Puede esforzarse por mantener su cuerpo bajo control, disciplinándose a sí mismo mediante la participación en prácticas ascéticas

“afectando humildad”, mientras que en realidad él es tanto más *desagradable* para Dios porque está “hinchado en el sentido de su propia carne”, suponiendo que está haciendo algo de *sí mismo*. Y mientras tanto, las “ordenanzas” a las que se “somete” a sí mismo e incluso a su “duro trato del cuerpo” no prueban “alguna honra para el saciar de la carne” (Col 2:18-23; cf. V. R.) por la simple razón de que todos estos esfuerzos simplemente representan un intento por parte de la carne de *mejorar a sí mismo*.

No es de extrañar que leemos no solo que “el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción” (Ga 6:8), sino que incluso “*el ocuparse de la carne es muerte...Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden*” (Ro 8:6, 7, VRV-1960).

“Así que, los que están en la carne² *no pueden* agradar a Dios” (Ro 8:8). Esto es importante de recordar. No importa cuán educado, culto o religioso sea el hombre natural, NO PUEDE COMPLACER A DIOS.

Hemos tratado este tema con cierta amplitud para que el lector no se confunda al suponer que si solo su espíritu pudiera controlar de alguna manera su cuerpo, sería un mejor hombre, ya que su *espíritu, alma y cuerpo* son desde la infancia controlados por la caída naturaleza Adámica—la *carne*.

Lo que necesita el pecador es una *nueva* naturaleza, engendrada del Espíritu de Dios, para que Dios Mismo pueda tener control.

FORMAS PREVALENTES DE PSEUDO-ESPIRITUALIDAD

Antes de explicar de las Escrituras cómo los pecadores pueden convertirse en “participantes de la naturaleza divina”, algo más debe decirse acerca de lo que la espiritualidad *no* es.

² Es decir, vivir en el dominio de la vieja naturaleza.

Además de los sinceros, aunque vanos, intentos de los inconversos por mejorar la vieja naturaleza, hay varias formas de Pseudo-espiritualidad que muchos, incluso entre el pueblo de Dios, han confundido con la realidad, suponiendo que evidencian una obra del Espíritu de Dios en el interior.

Con algunos, el puro *sentimentalismo* se toma por la espiritualidad. Se piensa que las reacciones emocionales naturales a las historias conmovedoras, los atractivos apasionados o la hermosa música sagrada son la obra del Espíritu interno, y se piensa que aquellos que reaccionan fácilmente ante estas cosas son bastante espirituales.

Con otros se toma la *solemnidad* por la espiritualidad. Sienten que los verdaderos creyentes deben ser siempre serios, por lo que van con la cabeza inclinada, una cara larga y una actitud sobria en general o, tal vez, tratan de *afectar* la espiritualidad más profunda al hacerlo, mientras que otros—que no los conocen bien—comentan de su piedad.

Con otros de nuevo es todo lo contrario. Confunden *la alegría* con la espiritualidad y contemplan a aquellos que son más rápidos para gritar “alabado sea el Señor”, o que parecen siempre felices, como lo más espiritual.

Muy a menudo, por supuesto, el mero *ceremonialismo* se confunde con la espiritualidad. Al observar un “sacramento”, contemplar una imagen o estatua “sagrada”, arrodillarse ante un altar, estas cosas pueden ser, y con frecuencia se confunden con la espiritualidad.

Quizás la falsificación más prevalente de la verdadera espiritualidad es la que los creyentes son menos propensos a suponer que alguna vez serían engañados por la *superstición*, que se basa en gran medida en la imaginación. Un joven busca determinar la voluntad del Señor para su vida abriendo su Biblia y dejando que su dedo pose al azar en algún pasaje que se supone indica la dirección del Señor. Un ama de casa busca orientación para el día tomando una promesa al azar de una “caja de promesas”—una promesa que tal vez no se aplique a

ella y que tendrá que “espiritualizar” de alguna manera para que encaje. Otro dice: “Hablé con el Señor al respecto y Él dijo...”. A menudo, las prácticas o los cursos de acción no bíblicos se justifican de esta manera. Cuando la gente nos dice esto, generalmente investigamos más a fondo el asunto. Preguntamos: “¿*Justo* qué te dijo el Señor?” “¿*Cómo* lo dijo?” “¿Escuchaste Su voz?”

Creemos que, de hecho, Dios le habla a Sus hijos directamente en Su Palabra e indirectamente a través de las circunstancias, pero incluso en los tiempos bíblicos fue relativamente raro que el hombre haya oído la voz de Dios. En general, lo que “dijo el Señor”, en casos como el anterior, no era más que lo que alguna emoción o sentimiento completamente humano había llegado—y como totalmente no confiable. Si lo que “dijo el Señor” fue una *convicción* genuina, basada en la voluntad revelada de Dios, entonces se puede decir que Dios le habló al individuo *a través de Su Palabra*, sin duda en *respuesta* a la oración, pero no se debe dar la impresión de que El Señor “dijo” o “susurró” algo, mientras el individuo estaba ocupado en la oración. Aquellos que imaginan que tienen tales experiencias y suponen que esto refleja un cierto grado de espiritualidad por su parte, deberían buscar en las Escrituras y aprender que en los días en que Dios habló a los hombres de boca en boca o por las apariencias angélicas, lo hizo para los malvados y los impíos, así como a Sus santos. Sin duda, nuestro adversario con gusto nos mantendría ocupados con “voces” y “revelaciones” imaginarias, y así desplazaría la revelación ahora completada en las Sagradas Escrituras.

No se nos malinterprete. No decimos que las reacciones emocionales o la solemnidad sincera o la alegría sean incorrectas. Simplemente decimos que no deben confundirse con la verdadera *espiritualidad*. Los no salvos pueden experimentar reacciones emocionales similares a las que sienten los salvos. Los que no son salvos también pueden ser alegres o serios. Ciertamente, el ceremonialismo y la superstición ocupan

un gran lugar entre los no salvos. Sin embargo, los que no son salvos, independientemente de sus experiencias emocionales, sin importar cuán solemnes o alegres, sin embargo, estén dedicados al ceremonialismo o la superstición, están lejos de ser espirituales.

Capítulo II

EL PRIMER PASO A LA VERDADERA ESPIRITUALIDAD

LA NECESIDAD DE UNA NUEVA NATURALEZA

Lo que el hombre necesita en primer lugar, para llegar a ser verdaderamente espiritual, entonces, es *una nueva naturaleza, engendrada del Espíritu de Dios*. Nuestro Señor lo dijo claramente cuando le dijo a Nicodemo:

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Jn 3:6).

En este pasaje, de nuevo, el término *carne* no puede referirse meramente al cuerpo físico, ya que al nacer se producen un espíritu y un alma, así como un cuerpo. Así, *la carne* aquí se refiere a la caída *naturaleza* Adámica.

Similarmente, el *espíritu* que nace del Espíritu, aquí, no puede ser el propio espíritu del hombre, porque ya hemos visto que todo el hombre natural, cuerpo, alma y espíritu, “es nacido de la carne”, y el punto exacto de este pasaje en Juan 3 es que, *por lo tanto*, los hombres necesitan nacer o engendrarse de nuevo—esta vez “del Espíritu”, es decir, el Espíritu *de Dios* (Verss. 6-8).

Sin embargo, es tanto lo involucrado en la impartición de la vida espiritual al creyente—especialmente en lo relacionado con la presente dispensación—que Dios usa *tres* metáforas para describirlo: *nacimiento, resurrección y creación*. Ninguno de estos lo podría establecer adecuadamente; los tres son necesarios.

Comencemos, entonces, con la figura elemental del nuevo nacimiento.

EL NUEVO NACIMIENTO

“Respondió Jesús, y díjole: De cierto, de cierto te digo, QUE EL QUE NO NACIERE OTRA VEZ [DE NUEVO], NO PUEDE VER EL REINO DE DIOS” (Jn 3:3).

No es sorprendente que los no salvos no vean su necesidad del nuevo nacimiento aparte del poder de convicción del Espíritu Santo. Sin embargo, incluso entre los que han nacido de nuevo, hay quienes sostienen que la figura del nuevo nacimiento se aplica solo a Israel, no a los que viven bajo la presente dispensación. Basan esta conclusión en la premisa de que nuestro Señor le habló a un judío acerca de los judíos, en relación con el nuevo nacimiento y que Pablo no menciona el tema en sus epístolas. Sin embargo, esta premisa es errónea, al igual que las conclusiones extraídas de ella.

Primero, debe notarse que nuestro Señor le habló a Nicodemo en *términos generales* sobre ver y entrar en el “*reino de Dios*”. No usó la frase más estrecha “*reino de los cielos*”, que tiene que ver con el establecimiento del reino de Dios *en la tierra* (Véase Dn 2:44; Mt 5:3-5; 6:10). Esto se debe a que Él se refería a algo que involucraba más que la entrada al reino milenarista.

Que los creyentes de hoy entren en el reino de Dios tan seguramente como lo hacen los creyentes en cualquier otra época, se aclara abundantemente en las epístolas paulinas (véase Ro 14:17; 1Co 4:20; 6:9, 10; 15:50; Ga 5:21; Ef 5:5; Col 4:11; 1Ts. 2:12; 2Ts 1:5).

Además, debe notarse que nuestro Señor también habló en términos generales cuando dijo que era necesario que “*un hombre*” naciera de nuevo para entrar en el reino de Dios.

No tenemos derecho a suponer que nuestro Señor *quiso decir* que solo era necesario que un *judío* naciera de nuevo para entrar en el *reino de los cielos*, cuando dijo que era necesario que un *hombre* naciera de nuevo para entrar en *el reino de Dios*.

¿Se opone un lector a que nuestro Señor debe haber tenido solo a los judíos en mente, ya que en ese momento estaba

ministrando solo a los judíos y aquí se estaba dirigiendo a un judío? Entonces debemos insistir en que la discusión de nuestro Señor con este prominente judío se registra aquí especialmente para mostrar que *todos los hombres de todas las eras* deben nacer de nuevo para entrar en el reino de Dios.

Una desafortunada división de capítulos ha oscurecido este importante hecho, ya que la historia de Nicodemo en Juan 3 no es más que una demostración de una afirmación importante hecha al final del capítulo 2. Aquí vinculamos a los dos para mostrar la conexión.

“Y estando [Jesús] en Jerusalem en la Pascua, en el día de la fiesta, muchos creyeron en Su nombre, viendo las señales que hacía.

“Mas el Mismo Jesús no se confiaba á Sí Mismo de ellos, porque ÉL CONOCÍA Á TODOS,

“Y NO TENÍA NECESIDAD QUE ALGUIEN LE DIESE TESTIMONIO DEL HOMBRE; PORQUE ÉL SABÍA LO QUE HABÍA EN EL HOMBRE.

“Y HABÍA UN HOMBRE de los Fariseos que se llamaba Nicodemo, príncipe de los Judíos.

“Este vino á Jesús de noche...” (Jn 2:23-3:2).

Para demostrar la necesidad universal de la regeneración, Dios elige este personaje sobresaliente: un gobernante de los judíos, altamente intelectual, rígidamente moral, profundamente religioso y absolutamente sincero en su investigación acerca de Cristo.

Debe haber sido un espectáculo impresionante: un venerable fariseo que se acercaba a un hombre joven (como parecía) de treinta años, se dirige respetuosamente a Él: “Rabbi” y lo reconoce como *un maestro “venido de Dios”*.

Sin embargo, este era uno de aquellos a quienes el Señor no se comprometería; uno de los que habían “creído” en Él por Sus milagros. Como lo expresó el propio Nicodemo: *“sabemos que*

has venido de Dios por maestro; porque nadie puede hacer estas señales que Tú haces, si no fuere Dios con él” (Jn 3:2).

Pero esto no salva ni salvó nunca a un hombre. Así, barriendo la tierra bajo los pies de Nicodemo, el Señor responde que lo que necesita—lo que cualquier hombre necesita—es una *nueva vida*. Independientemente de todo su intelecto, moralidad y religión, debe nacer de nuevo—*de Dios*.

Pero ¿qué pasa con el argumento de que la frase “nacer de nuevo” no se encuentra en las epístolas paulinas?

La respuesta es, en primer lugar, que los argumentos del silencio a menudo son traicioneros e, independientemente, no prueban nada. Incluso si las epístolas paulinas no se referían al nuevo nacimiento, el nuevo nacimiento seguiría siendo una necesidad básica para entrar en el reino de Dios de acuerdo con las palabras de nuestro Señor. Pero, en segundo lugar, mientras que la *frase exacta* “nacer de nuevo” no aparece en las epístolas paulinas, la *doctrina* del nuevo nacimiento se enseña allí tan claramente como en cualquier otra parte de la Biblia.

Primero, se enseña por clara implicación. Refiriéndose a los creyentes, el apóstol usa las palabras *népios*: un bebé o niño pequeño, y *juíos*: un hijo adulto. Además, busca el *crecimiento* espiritual en los creyentes.

De manera posicional, sin duda, todos los creyentes son reconocidos como hijos adultos de Dios desde el momento en que son salvos, con todos los derechos y privilegios de la filiación (Véase Ga 4:1-7). Pero en estos estudios no estamos tratando básicamente con la posición; estamos tratando con la *experiencia*—la impartición de vida espiritual al pecador y el disfrute de ella por el santo.

La posición justa ante Dios, que Cristo compró para todos los hombres, no sirve de nada al pecador hasta que sea aceptado por la fe. De la misma manera, la posición de la filiación que es nuestra en Cristo, y las bendiciones que la acompañan, son *apropiadas y disfrutadas* solo por la fe. Por lo tanto, el apóstol

reprendió a los corintios por su carnalidad, llamándolos bebés, que debían ser alimentados con leche porque aún no podían digerir alimentos sólidos (1Co 3:1, 2). Los creyentes hebreos también fueron reprobados porque aún eran bebés espirituales, cuando, durante el tiempo que habían sido salvos, deberían haber sido maestros de la Palabra (Heb 5:12-14).

Del mismo modo, se nos dice en Ef 4:12-15 que Dios dio a la Iglesia apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, “Para perfección de los santos...

“QUE YA NO SEAMOS NIÑOS FLUCTUANTES, Y LLEVADOS POR DOQUIERA DE TODO VIENTO DE DOCTRINA...

“ANTES SIGUIENDO LA VERDAD EN AMOR, CREZCAMOS...”

Además, Pablo escribe en 1Co 16:13:

“Velad, estad firmes en la fe; portaos [compórtense] VARONILMENTE [es decir hombres sazonados], y esforzaos”.

Seguramente el apóstol no se refiere, en estos pasajes, a la infancia, el crecimiento y la madurez del hombre *natural*. Se refiere a la *nueva vida* que, para empezar, fue engendrada por el Espíritu.

Las palabras *hombres*, *hijos*, *bebés*, usadas de la vida espiritual, claramente implican *nacimiento espiritual*. El hombre sazonado en algún momento de su experiencia llegó a un lugar de madurez espiritual. Antes de eso él era un bebé. Y esto, a su vez, implica que él *nació*, porque hubo un momento específico en que el bebé llegó a ser.

Además de todo esto, hay dos pasajes en las epístolas de Pablo que enseñan el nuevo nacimiento de la manera más positiva. El primero es Ro 8:16, 17, donde el apóstol emplea la palabra *téknon*: *nacido*.

“Porque el mismo Espíritu da testimonio á nuestro espíritu que somos HIJOS [NACIDOS] de Dios.

“Y si HIJOS [NACIDOS], también herederos; herederos de Dios, y coherederos de Cristo...”.

¿Podría algo dar un testimonio más claro del hecho de que los creyentes bajo la dispensación de la gracia nacen de nuevo? Seguramente no hemos nacido de Dios por nacimiento *natural*.

El otro pasaje es Tit 3:5, donde leemos:

“No por obras de justicia que nosotros habíamos hecho, mas por Su misericordia nos salvó, por el lavacro de LA REGENERACIÓN [Gr., palingenesía], y de la renovación del Espíritu Santo”.

De las veinticuatro versiones del Nuevo Testamento que tenemos a la mano, esta palabra *palingenesía* se traduce como *regeneración* en veinte, el *nuevo nacimiento* en tres y *renacimiento* en una. Ninguna de ellas se aparta de la idea básica del nuevo nacimiento.

Finalmente, enfatizamos el hecho de que *en la naturaleza del caso*, los hombres nacidos de Adam deben nacer o engendrarse nuevamente para ser salvos. Una vida nueva y diferente debe ser impartida y comenzada. Es cierto que la vida que recibe el creyente es la vida *de Cristo*—la vida *eterna*—que no tiene principio; que en Cristo el creyente es inmediatamente considerado un adulto. Pero esta es una verdad más profunda que debe ser considerada más adelante. La vida espiritual *tiene* un comienzo en la *experiencia* de cada creyente, y la necesidad de esto tiene tanto énfasis en las epístolas de Pablo como en las palabras registradas de Cristo en la tierra.

Mientras que nuestro Señor recalcó a Nicodemo, el hecho de que el hombre en su mejor momento no puede entrar en el reino de Dios, ya que “lo que es nacido de la carne, carne es”, así Pablo, por el Espíritu, también insiste:

“ESTO EMPERO DIGO, HERMANOS: QUE LA CARNE Y LA SANGRE NO PUEDEN HEREDAR EL REINO DE DIOS; NI LA CORRUPCIÓN HEREDA LA INCORRUPCIÓN” (1Co 15:50).³

³ Es verdad que el apóstol aquí defiende particularmente la necesidad de un nuevo cuerpo para la entrada física en la presencia de Dios, ¿pero esto no refuerza el argumento de que el hombre en su estado natural no es apto para la presencia de Dios?

Por lo tanto, si bien es cierto que nuestro Señor enseñó el nuevo nacimiento durante Su ministerio terrenal a Israel, no se deduce de esto que este tema se refiera solo a la nación de Israel. Lo que nuestro Señor dijo concernía *a la humanidad*, como tal, sin respeto a la raza o al tiempo.

CÓMO EL PECADOR PUEDE NACER DE NUEVO

La pregunta de *cómo* la vida del Espíritu es engendrada y recibida por el creyente es, por supuesto, de primordial importancia para cada hijo de Adam. Y aquí nuevamente, mientras que el gran misterio revelado por el Señor glorificado a través de Pablo es un *avance* sobre las enseñanzas elementales del Cristo terrenal y Sus doce apóstoles sobre el tema, de ninguna manera lo contradice o se aparta de ello.

El pecador nace de nuevo y recibe la vida del Espíritu cuando el Espíritu implanta la Palabra en su corazón, para que la acepte por la fe:

Stg 1:18: “EL, DE SU VOLUNTAD NOS HA ENGENDRADO POR LA PALABRA DE VERDAD...”.

1P 1:23: “SIENDO RENACIDOS, NO DE SIMIENTE CORRUPTIBLE, SINO DE INCORRUPTIBLE, POR LA PALABRA DE DIOS, QUE VIVE Y PERMANECE PARA SIEMPRE”.

Ga 3:2: “ESTO SOLO QUIERO SABER DE VOSOTROS: ¿RECIBISTEIS EL ESPÍRITU POR LAS OBRAS DE LA LEY, Ó POR EL OIR DE LA FE?”

Ro 10:17: “LUEGO LA FE ES POR EL OIR; Y EL OIR POR LA PALABRA DE DIOS”.

Más específicamente, el pecador nace de nuevo y recibe la vida del Espíritu al creer en la Palabra de Dios en cuanto a Su Hijo y confía en Él para la salvación:

Jn 1:12: “MAS Á TODOS LOS QUE LE RECIBIERON [CRISTO], DIÓLES POTESTAD [DERECHO] DE SER HECHOS HIJOS DE DIOS, Á LOS QUE CREEN EN SU NOMBRE

El apóstol Pablo, de hecho, designa la “vida en Cristo” como una “ley del Espíritu” cuando dice:

“PORQUE LA LEY DEL ESPÍRITU [QUE ES] DE VIDA EN CRISTO JESÚS ME HA LIBRADO DE LA LEY DEL PECADO Y DE LA MUERTE” (Ro 8:2).

Así, el creyente en Cristo no solo está justificado ante Dios, sino que también recibe *vida*, ya que es una *ley* inflexible e inmutable que el Espíritu da vida a aquellos que confían en Cristo para la salvación.

Así nacemos de nuevo *a través de la fe en la Palabra*. Mientras creemos en la Palabra, el Espíritu imparte vida. Además, a medida que aumentamos el conocimiento y la fe en la Palabra, crecemos hasta la madurez espiritual. Esto es lo que 1P 2:2 se refiere a:

“DESEAD, COMO NIÑOS RECIÉN NACIDOS, LA LECHE ESPIRITUAL [PURA], SIN ENGAÑO, PARA QUE POR ELLA CREZCÁIS EN SALUD”.

Esto es también a lo que Pablo se refiere en Ef 4:14, 15, donde exhorta,

“QUE YA NO SEAMOS NIÑOS FLUCTUANTES, Y LLEVADOS POR DOQUIERA DE TODO VIENTO DE DOCTRINA...

“ANTES SIGUIENDO LA VERDAD EN AMOR, CREZCAMOS...”.

EL NUEVO NACIMIENTO Y LA REVELACIÓN PAULINA

Como hemos dicho, la revelación paulina nos lleva a verdades más elevadas y gloriosas, respetando tanto nuestra posición como nuestra experiencia como creyentes. De hecho, el nuevo nacimiento en sí, como ocurre en el creyente de hoy, está directamente relacionado con el bautismo divino por el cual Cristo y el creyente se hacen uno.

¿Cómo fue Cristo hecho uno con la humanidad? Fue *bautizado* en la raza humana. Él no simplemente vino *a morar* con los hombres. Se *hizo hombre*. ¿Cómo? Al *nacer en* la raza. ¿Fue esto por nacimiento natural? No, por nacimiento *sobrenatural*. Fue engendrado por el Espíritu Santo. Pero Su bautismo en la raza humana no terminó con Su nacimiento y vida en la tierra. Tan plenamente Se hizo uno con el hombre, que incluso murió la muerte del hombre en el árbol maldito. Fue *bautizado* en la muerte (Lc 12:50) y, como ahora sabemos, en *nuestra* muerte.

Y es allí, en la Cruz, que nos convertimos en uno con Él. En el momento en que uno mira con fe al Calvario, reconoce: “Yo soy el pecador. Cristo está muriendo *mi* muerte”; en ese momento se vuelve *uno con Cristo*; bautizado en el Mismo Señor resucitado y crucificado (Ro 6:3; Ga 3:26, 27) no solo de manera posicional, según los cálculos de Dios, sino también de la *experiencia, por el Espíritu*. Y así se engendra una nueva vida. ¿Por nacimiento natural? No, por nacimiento *sobrenatural*.

Aquí la figura del *nacimiento* se funde con la de la *resurrección*, porque la vida que el Espíritu imparte es *la vida del Cristo resucitado en nosotros*.

Capítulo III

NOVEDAD DE VIDA

RESURRECCIÓN CON CRISTO

“Porque somos sepultados juntamente con Él á muerte por el bautismo; para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida” (Ro 6:4)

EL NUEVO NACIMIENTO Y LA NOVEDAD DE VIDA EN COMPARACIÓN

Si bien las Escrituras del Antiguo Testamento emplean la figura de la resurrección en relación con la conversión de Israel y la futura bendición en la tierra (por ejemplo, Ez 37:1-14), ésta figura, como la del nuevo nacimiento, se usa con un significado más completo y profundo en la gran revelación paulina en relación con Cristo y los miembros de Su Cuerpo.

Además, la doctrina de nuestra resurrección con Cristo a una nueva vida es un avance en lo que incluso Pablo, por el Espíritu, tiene que decir con referencia al nuevo nacimiento.

*El nacimiento habla solamente de un principio; No contempla el pasado. Cuando Nicodemo preguntó: “¿Puede [un hombre] entrar otra vez en el vientre de su madre, y nacer?” nuestro Señor se apresuró a explicar que al usar la frase “nacer otra vez”⁴ no quiso decir que nació de la misma manera, sino que nació de una manera diferente. Dios no se compromete a mejorar la vieja naturaleza ni a inducir al “viejo hombre” a comenzar de nuevo porque, como hemos visto, “lo que es nacido de la carne, carne es” y “los que están en la carne no pueden agradar Dios” (Jn 3:6; Ro 8:8). No importa cuán intelectual o cultural o religiosa, “la carne” sigue siendo la que ha sido generada por un progenitor caído y por lo tanto *no puede agradar a Dios*. Por lo tanto, “lo*

⁴ Lit., “desde arriba”, pero solía expresar: de lo alto, desde su origen, desde el principio mismo.

que es nacido de la carne” necesita, no simplemente nacer de nuevo y darle otro comienzo; una *nueva y diferente* naturaleza debe ser impartida; Una vida completamente nueva, engendrada del Espíritu de Dios. Esta nueva vida es separada y distinta de la que se generó en el nacimiento natural; De hecho, es “contrario” a ello. El conflicto resultante de esto será discutido en un capítulo posterior. Aquí enfatizamos simplemente que el nuevo nacimiento habla solo de un nuevo comienzo y no contempla el pasado.

El nuevo nacimiento es la contraparte espiritual del nacimiento natural. No hablamos del “pasado” de un recién nacido. Como individuo no tiene pasado. Apenas ha comenzado a abrir los ojos y mirar a su alrededor, incapaz incluso de enfocar su vista sobre ningún objeto en particular. Así, el nuevo nacimiento habla simplemente del *comienzo* de una nueva vida.

Pero ahora vamos un paso más allá y encontramos que recibimos esta nueva vida *al identificarnos con Cristo en Su muerte, sepultura y resurrección*, y la doctrina de nuestra resurrección con Cristo contempla el pasado. La resurrección presupone una vida y muerte anteriores.⁵ La identidad del individuo se conserva en todo momento. El individuo que vivió cierto tipo de vida, y murió, ahora es resucitado para vivir una nueva vida. Ahora, resucitado de entre los muertos, él es la misma persona, pero no el mismo. Así, el apóstol Pablo podría decir: “*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí...*” (Ga 2:20).

⁵ Somos conscientes del hecho de que la palabra griega para la resurrección real (anástasis. Lit., De pie) se usa casi exclusivamente de resurrección corporal. Las palabras, *zoopoíeo*, para vitalizar o vivificar, y *egéiro*, para despertar o levantar, son las que se utilizan principalmente en relación con nuestro tema actual. Esto no significa, sin embargo, que la resurrección no se contempla aquí, más que el despertar o el levantar no se contemplan en lo que concierne a la resurrección corporal. Es simplemente una cuestión de énfasis, porque en la doctrina que estamos considerando aquí, la impartición de la vida de la resurrección está principalmente a la vista. Las tres palabras: *zoopoíeo*, *egéiro* y *anástasis* se usan en 1Co 15 con referencia a la resurrección de Cristo.

Es cierto que Ef 2:1 enseña que ya estábamos “muertos en vuestros delitos y pecados” antes de habernos identificado con Cristo en Su muerte, pero esto no cambia la imagen, ya que incluso en ese pasaje seguimos leyendo que *“en otro tiempo”* anduvimos *“conforme á la condición de este mundo”*, etc. Como la mujer descrita en 1Ti 5:6, los incrédulos están muertos mientras viven, y pueden ser vivificados de su muerte en transgresiones y pecados solo por identificación con Cristo en Su muerte y resurrección, por la sencilla razón de que *Él* vino a identificarse con *nosotros* en *nuestra* muerte para llevarnos a través de *Él* a la vida de resurrección.

LA RESURRECCIÓN DEL CREYENTE CON CRISTO

Pero, ¿cómo puede uno identificarse así con Cristo en Su muerte, sepultura y resurrección? ¿Cómo puede uno morir a la vieja vida y ser levantado para caminar en novedad de vida?

La respuesta es: por gracia mediante la fe. Lo que Cristo ha hecho por nosotros por gracia, debemos aceptar y apropiarnos por fe. *Él*, por un acto de gracia infinita, Se identificó con nosotros, muriendo nuestra muerte. Nosotros, por un simple acto de fe, debemos identificarnos con *Él*, confesando: *“Yo soy el pecador. Es mi muerte que *Él* está muriendo. Aceptaré Su gracia y me comprometeré con *Él* para la salvación”*. En el momento en que se hace esto, nos convertimos en uno con el Cristo, una vez crucificado y siempre vivo.

Marque bien, el Calvario es el lugar de reunión, el lugar donde se efectúa la identificación. Ningún hombre fue hecho uno con Cristo sin ser hecho con *Él en Su muerte*. *“¿O no sabéis”*, pregunta el apóstol, *“que todos los que somos bautizados en Cristo Jesús, somos bautizados en Su muerte?”* (Ro 6:3). Y es por esta razón que somos *sepultados* con Cristo, por ese mismo bautismo, y resucitados con *Él* para caminar en novedad de vida (Vers. 4).

¡Qué tragedia que la sublime verdad de este pasaje haya sido oscurecida por la inyección de una ceremonia de bautismo de agua en ella! ¡Como si el bautismo *en agua* pudiera traer hoy al creyente en una relación con Cristo! ¡Como si realmente pudiera enterrar al viejo hombre y ayudar a ponernos el nuevo! Los que han caído en este error han tomado una ceremonia que nunca hablaba de entierro, sino de lavado (Hch 22:16, etc.) y la confundieron con nuestro bautismo real por el Espíritu en la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. No es de extrañar que el apóstol clama, refiriéndose a este mismo tema: *“Mirad que ninguno os engañe [robe]... en Él estáis cumplidos [completos]...En el cual también sois circuncidados...Sepultados juntamente con Él...resucitasteis con Él, por la fe de la operación de Dios que Le levantó de los muertos”* (Col 2:8-12).

¡Qué perfecto y maravilloso es el plan divino! En gracia Cristo murió nuestra muerte. En la fe, reconocemos que fue nuestra muerte la que Él murió, y confiamos en esa muerte para salvarnos. Y allí en la cruz nos convertimos en uno. La respuesta de la fe a la gracia nos ha unido inseparablemente y eternamente juntos.

LA REALIDAD DE NUESTRA RESURRECCIÓN CON CRISTO

El aspecto judicial o posicional de esta verdad es, por supuesto, el más importante. Leemos que nuestro Señor fue *“entregado por nuestros delitos, y resucitado para [a causa de] nuestra justificación”* (Ro 4:25). En otras palabras, Su muerte pagó todo el castigo por nuestros pecados y nos procuró la plena justificación. Por lo tanto, fue *resucitado* de entre los muertos. Y dado que Su muerte fue la *nuestra*, el castigo por *nuestros* pecados, y nos hemos apropiado de esto por la fe, por lo tanto, la vida de justificación y resurrección es también nuestra. Cuando reconocemos la muerte de Cristo como nuestra, Dios nos considera uno con Él, ya que ya hemos muerto por el pecado y al pecado, y que hemos sido levantados para caminar en novedad de vida.

Ahora, este aspecto judicial y posicional de nuestra identificación con Cristo en Su muerte, sepultura y resurrección está lejos de mera teoría. Es un hecho. Es vitalmente real. La justa condenación de Dios por nuestro pecado fue real. El sufrimiento y la muerte de Cristo por nosotros fue real. Y tuvimos que ejercer una fe real en la obra terminada de Cristo antes de que Dios nos justificara y nos declarara justos, considerándonos que ya hemos muerto por y para el pecado.

Es sobre la base de esta transacción judicial que el apóstol argumenta que no tenemos *derecho* a continuar en el pecado. Los pecados que somos tan propensos a cometer después de haber sido justificados pertenecen a la antigua vida, no a la nueva que tenemos en Cristo. Por lo tanto, no tenemos derecho a seguir en el pecado. “¿Cómo?”, pregunta él, “*los que somos muertos al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?*” (Ro 6:2). Y señalando el hecho de que Cristo “*al pecado murió una vez*”, pero ahora “*á Dios vive*”, continúa diciendo:

“Así también vosotros, PENSAD que de cierto estáis muertos al pecado, mas vivos á Dios en Cristo Jesús Señor nuestro.

“NO REINE, PUES, EL PECADO EN VUESTRO CUERPO MORTAL, PARA QUE LE OBEDEZCÁIS EN SUS CONCUPISCENCIAS;

“NI TAMPOCO PRESENTÉIS VUESTROS MIEMBROS AL PECADO POR INSTRUMENTOS DE INIQUIDAD; ANTES PRESENTAOS Á DIOS COMO VIVOS DE LOS MUERTOS, Y VUESTROS MIEMBROS Á DIOS POR INSTRUMENTOS DE JUSTICIA.

“PORQUE EL PECADO NO SE ENSEÑOREARÁ DE VOSOTROS; PUES NO ESTÁIS BAJO LA LEY, SINO BAJO LA GRACIA” (Ro 6:11-14).

Pero las verdades judiciales o posicionales que hemos estado considerando son solo una parte de toda la doctrina de nuestro bautismo en Cristo, ya que mientras estas realidades posicionales *afectan* nuestra experiencia a medida que nos apropiamos de

ellas por la fe, nuestro bautismo en Cristo es también en sí mismo un asunto *práctico y experiencial*.

Cuando el pecador reconoce la muerte de Cristo como su propia y confía en Cristo para su salvación, no solo recibe una *posición* ante Dios por haber sido crucificado, sepultado y resucitado con Cristo, sino que el Espíritu sella la transacción, uniéndolo en una *relación viva y vital* con Cristo. Así, el creyente en realidad se convierte en un *participante de la VIDA de resurrección de Cristo*. Hay más que justicia en vista aquí; existe la necesidad y la impartición de *la vida* y esta vida, aunque espiritual en su naturaleza, no es menos real.

Una vez más preguntamos: ¿No fue real la muerte de Cristo? ¿No fue Su muerte realmente *nuestra muerte*? Entonces, ¡tan real es nuestra vida de resurrección! En primer lugar, cuando aceptamos la muerte de Cristo como nuestra y nos identificamos con Él, en realidad morimos a la vida antigua en el sentido de que nunca más podemos volver a nuestro estado perdido. Esa condición ha pasado para siempre. Además, ahora nos convertimos en participantes de la vida de resurrección de Cristo, que nunca podemos perder (Ro 6:9), ya que es *Su* vida. Así como el Padre nos resucitó de los muertos *judicialmente*, así el Espíritu nos resucitó *espiritualmente*, en el sentido de que Él realmente ha impartido *vida* espiritual. Ahora nos corresponde a nosotros apropiarnos y disfrutar la plenitud de esa vida por medio de la fe.

En Ro 8:2 Pablo habla de esta impartición de vida por el Espíritu como una ley que opera en cada creyente:

“Porque la ley del Espíritu [aquella] de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”.

Y luego el apóstol procede a mostrar que lo que a la ley de Moisés le “era imposible” debido al carácter de “la carne”, Dios envió a Su propio Hijo para que lo cumpliera:

“Para que la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros, que no andamos conforme á la carne, mas conforme al Espíritu” (Ro 8:4).

Así, además de la razón *moral* por la que no debemos continuar en el pecado, también hay una razón muy *práctica*: la nueva *vida* que el Espíritu ha engendrado dentro de nosotros. Esto lo enfatiza el apóstol en Romanos 8, mientras continúa diciendo:

“Y SI EL ESPÍRITU DE AQUEL QUE LEVANTÓ DE LOS MUERTOS Á JESÚS MORA EN VOSOTROS, EL QUE LEVANTÓ Á CRISTO JESÚS DE LOS MUERTOS, VIVIFICARÁ TAMBIÉN VUESTROS CUERPOS MORTALES POR SU ESPÍRITU QUE MORA EN VOSOTROS.

“ASÍ QUE, HERMANOS, DEUDORES SOMOS, NO Á LA CARNE, PARA QUE VIVAMOS CONFORME Á LA CARNE” (Verss. 11, 12).

A veces se supone que este pasaje se refiere a la futura resurrección corporal de los muertos, pero tenga en cuenta que el Espíritu, que mora en nosotros, energiza nuestros cuerpos *mortales* (no *muertos*). Así somos *deudores*—no al pecado, sino a Dios. No podemos excusarnos diciendo: “Después de todo, solo soy humano” o “la carne es débil”, porque tenemos el Espíritu Santo interno para fortalecer nuestros cuerpos mortales y ayudarnos a caminar en novedad de vida.

Sin embargo, los aspectos judiciales y prácticos de nuestra resurrección con Cristo están estrechamente relacionados. Ef 2:4-6 parece referirse a ambos al mismo tiempo:

“Empero Dios, que es rico en misericordia, por Su mucho amor con que nos amó,

“Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dió vida juntamente con Cristo; por gracia sois salvos;

“Y juntamente nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús”.

Por lo tanto, la *posición* del creyente ya está en el cielo, y por la fe, a través del poder del Espíritu, puede *ocupar* esa posición y

disfrutar de sus bendiciones de manera experiencial. Por eso el apóstol abre la epístola de Efeso con la doxología:

“BENDITO EL DIOS Y PADRE DEL SEÑOR NUESTRO JESUCRISTO, EL CUAL NOS BENDIJO CON TODA BENDICIÓN ESPIRITUAL EN LUGARES CELESTIALES EN CRISTO” (Ef 1:3).

Y es por eso que desafía a los colosenses:

“SI HABÉIS PUES RESUCITADO CON CRISTO, BUSCAD LAS COSAS DE ARRIBA, DONDE ESTÁ CRISTO SENTADO Á LA DIESTRA DE DIOS.

“PONED LA MIRA EN LAS COSAS DE ARRIBA, NO EN LAS DE LA TIERRA.

“PORQUE MUERTOS SOIS, Y VUESTRA VIDA ESTÁ ESCONDIDA CON CRISTO EN DIOS” (Col 3:1-3).

Capítulo IV

LA NUEVA CREACIÓN

TODAS LAS COSAS SON HECHAS NUEVAS

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura [creación] es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2Co 5:17).

Una apreciación de la verdad contenida en el pasaje anterior resultará ser una de las mayores ayudas posibles para el creyente que desea vivir una vida verdaderamente espiritual.

Hasta ahora hemos considerado el nacimiento y la resurrección como descriptivos de la impartición de vida a los creyentes por el Espíritu, pero incluso estos dos términos no cuentan toda la historia. Un tercero, el de la *creación*, se debe agregar para completar la descripción.

Al igual que con el nuevo nacimiento y la resurrección, el término *creación* también se usa en más de una conexión. Se usa, por ejemplo, en relación con el nuevo cielo y la nueva tierra (Is 65:17). También hay un sentido general en el que los salvados en cualquier época pueden considerarse una nueva creación, e incluso un sentido más particular en el que el Israel redimido del futuro se llama una nueva creación (Sal 102:16-18; Is 65:18) pero al igual que con los otros dos términos que hemos considerado, este término tiene un significado único en la gran revelación paulina sobre Cristo y los miembros de Su Cuerpo. De hecho, solo Pablo es quien, por el Espíritu, usa la frase exacta *nueva creación*, y exclusivamente en esta conexión.

LA NUEVA CREACIÓN ES EL CUERPO DE CRISTO

La representación anterior de 2Co 5:17 por J. N. Darby, en su *Nueva Traducción*, es sin duda más precisa que la de la *Versión*

Autorizada. La idea en este pasaje no es simplemente que los creyentes en Cristo se hayan convertido individualmente en nuevas creaciones (aunque esto también es cierto) sino que ahora *pertenecen* a una nueva creación gloriosa que Dios ha creado en Cristo. Del mismo modo, la última parte del versículo no significa simplemente que los viejos hábitos pecaminosos hayan desaparecido de la vida del creyente individual, para ser reemplazados por una nueva forma de vida (sin embargo, esto puede o debe ser cierto), sino que con la formación de la nueva creación se introdujo un nuevo *orden o programa*.

Que este es el significado correcto de este pasaje es evidente por las observaciones de Pablo en general con referencia a la nueva creación, así como por el contexto aquí en 2Corintios 5. Especialmente es evidente en el versículo anterior, que dice:

“De manera que nosotros de aquí adelante á nadie conocemos según la carne: y aun si á Cristo conocimos según la carne, empero ahora ya no le conocemos” (Vers. 16).

Todo el pasaje en 2Corintios 5 tiene que ver con conocer a Cristo de aquí en adelante de una manera nueva y diferente, ya no según la carne, sino como la Cabeza de una nueva creación, y con los hombres conocidos también, ya no según la carne, sino como pertenecientes a la vieja creación. O a la nueva creación en Cristo.

La epístola de Efesios tiene mucho que decir acerca de esta importante verdad. Después de recordarnos, en Ef 2:11, 12, que como gentiles éramos extranjeros de Dios y de Su pueblo del pacto, el apóstol continúa diciendo:

“MAS AHORA en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.

“Porque Él es nuestra paz, que de ambos [Judío y Gentil] hizo uno, derribando la pared intermedia de separación

“...PARA EDIFICAR [Gr., CREAR] EN SÍ MISMO LOS DOS EN UN NUEVO HOMBRE, haciendo la paz” (Ef 2:13-15).

En el tercer capítulo el apóstol, proclamando la revelación que “en los otros siglos no se dio á conocer” declara que los gentiles creyentes ahora son:

“...juntamente herederos, é incorporados, y consortes de Su promesa en Cristo por el evangelio” (Ef 3:6).

Esta “*nueva criatura*”, este “*un nuevo hombre*”, este “*cuerpo compuesto*”, formado por judíos y gentiles hechos uno en Cristo, se llama “*Su cuerpo, la plenitud de Aquel que hinche todas las cosas en todos*” (Ef 1:23).

LA NUEVA CREACIÓN, LA CONTRAPARTE DE LO NUEVO

La nueva creación de Dios en Cristo es la contraparte de la creación del Adam de Gn 5:2. Antes de que Dios le diera la mujer al hombre, su nombre se llamaba *Adam* (Gn 2:18-20). Luego, Dios hizo que el hombre se durmiera profundamente, tomó una parte de su costado, formó a la mujer y se la devolvió al hombre para que se convirtiera en “una sola carne” con él. “Y llamó el nombre *de ellos Adam*” (Gn 5:2).

De la misma manera, la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, fue creada a través de Su muerte y fue sacada de Su lado herido, por así decirlo, para ser unida con Él en Su vida de resurrección. Y, como en el caso de Eva, se *nos* da *Su* nombre. Hablando de los miembros del Cuerpo, el apóstol dice:

“Porque de la manera que el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros...ASÍ TAMBIÉN CRISTO” (1Co 12:12).

Sin embargo, repetimos que la “nueva criatura”, el “nuevo hombre”, es la contraparte *del Adam de Gn 5:2*. Cristo Mismo no fue creado, como lo fue Adam, porque leemos en 1Co 15:45, 47:

“Así también está escrito: Fué hecho el primer hombre Adam en ánima viviente; el postrer Adam⁶ EN ESPÍRITU VIVIFICANTE [QUE DA VIDA]”

⁶ No “was made [fue hecho]” como lo traduce la versión inglesa King James.

“El primer hombre, es de la tierra, terreno: el segundo Hombre que ES EL SEÑOR, ES DEL CIELO”.

SU COMIENZO EN LA HISTORIA

Cuando se demostró el fracaso total de ambos judíos y gentiles, Dios concluyó a ambos en incredulidad tanto que Él podría mostrar misericordia a todos (Ro 11:32):

“Y RECONCILIAR POR LA CRUZ CON DIOS Á AMBOS EN UN MISMO CUERPO, matando en ella las enemistades” (Ef 2:16).

Así, la nueva creación, el Cuerpo de Cristo, tuvo un comienzo definido en la historia humana. Se creó, históricamente, con la caída de Israel y la dispensación de la gracia de Dios a través de Pablo.

Las “cosas viejas” que “pasaron” en ese tiempo (2Co 5:17) eran las condiciones y los requisitos del Antiguo Pacto. Tan completamente han pasado estas “cosas viejas” del “Viejo Pacto” que Dios toma el requisito básico de todos ellos, la circuncisión, y dice concerniente a ello que:

“Porque en Cristo Jesús, ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino la nueva criatura” (Ga 6:15).

Dios ya no dice: “...Si diereis oído á Mi voz...vosotros SERÉIS Mi especial tesoro...” (Ex. 19:5). “Las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (Vers. 17) y en este nuevo orden *“todo es de Dios,⁷ el cual nos reconcilió á Sí por Cristo”* (Vers. 18). Con nosotros no hay un continuo “sí”. Nosotros, los miembros del “Cuerpo de Cristo”, estamos seguros de que *somos* el tesoro del corazón de Dios porque nos hemos hecho uno con Cristo, Su Hijo amado (Ef 1:6). Inmediatamente después de creer, se nos da

⁷ Es decir, *declarado* ser de Dios. Esencialmente “todas las cosas” necesarias para la salvación siempre fueron “de Dios”, pero esto aún no se había revelado como tal. Bajo el Antiguo Pacto y hasta que Pablo, a los hombres siempre se les pedía que hicieran algo para encontrar aceptación con Dios. Ahora Dios declara que *Él Mismo* ha logrado todo lo que es necesario y ofrece salvación “al que no obra, pero cree” (Ro 4:5).

la posición de *hijos adultos* (Ga 4:1-7; Ef 1:5, 6)⁸ con nuestra posición basada en la gracia, no en la ley (Ro 6:14; Ga 3:23-25; 4:6, 7). Esta es una verdad que la figura del nuevo nacimiento no transmite.

SU ORIGEN EN LOS PROPÓSITOS DE DIOS

Pero mientras que la nueva creación tuvo su comienzo *en la historia humana* con la caída de Israel y la dispensación de la gracia de Dios a través de Pablo, fue planeada por Dios mucho antes de esto.

Como hemos visto, la doctrina del nuevo nacimiento contempla solo un nuevo comienzo. La doctrina de nuestra resurrección con Cristo va más allá, considerando el pasado del estado no regenerado del individuo, así como la nueva vida que recibe al creer, ya que la resurrección presupone una vida y muerte anteriores. Pero la doctrina de la nueva creación en Cristo se remonta mucho más allá de nuestro estado no regenerado, más allá de la creación de Adam, quien trajo el pecado al mundo, incluso más allá de la creación del viejo universo, que fue arruinado por el pecado, al *eterno propósito de Dios*.

Fue en la eternidad pasada que Dios propuso que cuando el pecado de los hijos de Adam se hubiera elevado a su altura cuando Israel se unió a los gentiles en rebelión y ambos se “pusieron contra el Señor y contra Su Ungido”, formaría una nueva creación de judíos y gentiles *reconciliados*, unidos entre sí y con Cristo, el Segundo Hombre, el Último Adam. Que este fue su propósito eterno se enseña claramente en las epístolas de Pablo, como veremos ahora en relación con—

⁸ Los términos “adopción de hijos” y “adopción de niños” (Gr., *juiodsesía*) en estos pasajes deberían haberse traducido en “colocar como hijo”. La palabra *juiodsesía* alude a la ceremonia mediante la cual el muchacho, después de varios años, fue declarado oficialmente como un *hijo adulto*.

LA NUEVA CREACIÓN Y LA CONDUCTA CRISTIANA

El propósito eterno de Dios en la nueva creación era, entre otras cosas, que los pecadores, hechos a imagen de Adán caído, pudieran ser conformados a la imagen de Cristo, el Hijo sin pecado de Dios; para que produzcan buenas obras en lugar de malas, y vivan para la gloria de Su gracia. El logro de este propósito se *consumará*, por supuesto, después de que esta vida haya terminado, pero es evidente en los pasajes que tratan con ello, que *Dios* quiere que entremos en el gozo y el poder de nuestra unión con Cristo *ahora* por la fe. Esto se verá fácilmente en los siguientes pasajes representativos:

“Porque á los que antes conoció, también predestinó PARA QUE FUESEN HECHOS CONFORMES Á LA IMAGEN DE SU HIJO...” (Ro 8:29).

“Según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, PARA QUE FUÉSEMOS SANTOS Y SIN MANCHA DELANTE DE ÉL,”⁹

“En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos por Jesucristo á Sí Mismo, según el puro afecto de Su voluntad” (Ef 1:4, 5).

“Porque somos hechura Suya, criados en Cristo Jesús PARA BUENAS OBRAS, LAS CUALES DIOS PREPARÓ PARA QUE ANDUVIÉSEMOS EN ELLA” (Ef 2:10).

“Maridos, amad á vuestras mujeres, así como Cristo amó á la iglesia, y Se entregó á Sí Mismo por ella,

“PARA SANTIFICARLA LIMPIÁNDOLA EN EL LAVACRO DEL AGUA POR LA PALABRA,

“PARA PRESENTÁRSELA GLORIOSA PARA SÍ, UNA IGLESIA QUE NO TUVIESE MANCHA NI ARRUGA, NI COSA SEMEJANTE; SINO QUE FUESE SANTA Y SIN MANCHA” (Ef 5:25-27).

⁹ Las palabras “en amor” probablemente pertenecen al siguiente versículo. No hay puntuación para determinar esto en el original.

“[A que] dejéis, cuanto á la pasada manera de vivir; el viejo hombre que está viciado conforme á los deseos de error;

“Y [á] renovaros en el espíritu de vuestra mente,

“Y [vestir] EL NUEVO HOMBRE QUE ES CRIADO CONFORME Á DIOS EN JUSTICIA Y EN SANTIDAD DE VERDAD” (Ef 4:22-24).

“No mintáis los unos á los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos,

“Y REVESTÍDOOS DEL NUEVO, EL CUAL POR EL CONOCIMIENTO ES RENOVADO CONFORME Á LA IMAGEN DEL QUE LO CRIÓ;

“Donde no hay Griego ni Judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni Scythia, siervo ni libre; mas Cristo es el todo, y en todos” (Col 3:9-11).

Quizás el lector ya haya notado que los creyentes *se han* “vestido” del nuevo hombre y se les exhorta a apartarse del mal *a la luz de este hecho*. Dios quiere que nos pongamos el nuevo hombre de manera *experencial* a la luz del hecho de que, de manera *posicional*, ya nos lo hemos puesto por fe en Cristo. Se notará que en el último pasaje citado por encima de nuestra *posición en el Cuerpo* es indiscutiblemente referido, porque el pasaje continúa diciendo: *“donde no hay Griego ni Judío”, etc.*

LA NUEVA CREACIÓN Y EL ESPÍRITU SANTO

¡Qué útil debe ser el conocimiento de estas cosas en las vidas de aquellos que verdaderamente desean vivir agradando a Dios! ¡Pensar que fuimos elegidos en Cristo antes de la fundación del mundo! ¡Pensar que Dios nos ha aceptado plenamente en Su amado Hijo! ¡Pensar que Él ya—y eternamente—nos ha unido con Cristo! ¡Pensar que nuestra unidad con Cristo también nos ha hecho el uno con el otro! ¡Pensar que Dios nos ha dado un lugar a Su diestra en Cristo—una posición que *ahora* podemos ocupar por fe! ¡Pensar que Él trata con nosotros como hijos

adultos, sobre la base de la gracia, en lugar de la ley! ¡Pensar que Él nos ha bendecido con todas las bendiciones espirituales en los cielos en Cristo—bendiciones de las que *ahora* podemos apropiarnos por fe! ¿Qué podría servir como un mayor incentivo para “que andéis como es digno del Señor” que el conocimiento de estas cosas?

No pretendemos dar a entender que un mero conocimiento *intelectual* de estos hechos nos proporcionará ayuda para vivir vidas verdaderamente espirituales, más de lo que el simple conocimiento intelectual podría salvarnos. Debe ser un conocimiento basado en *la fe* en la Palabra de Dios, desarrollada por el Espíritu, Quien escribió la Palabra.

No debemos olvidar, para empezar, que el Cuerpo de Cristo, la nueva creación, está formado por creyentes judíos y gentiles *por la obra del Espíritu*:

“Porque por un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo, ora Judíos ó Griegos...” (1Co 12:13).

Además, podemos entender y disfrutar las gloriosas verdades concernientes a nuestra posición en Cristo solo por fe, a medida que el Espíritu abre nuestros ojos para entender las Escrituras. Por eso el apóstol ora tan fervientemente:

“Que el Dios del Señor nuestro Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación para Su conocimiento;

“Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál sea la esperanza de Su vocación, y cuáles las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos,

“Y cuál aquella supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos...” (Ef 1:17-19).

Seguramente el apóstol habla aquí de “conocer” estas cosas de manera *experiencial*, no meramente intelectual. Por lo tanto, siempre debemos recurrir a Dios para que estas verdades se nos realicen por medio de Su Espíritu, para que el conocimiento de la fe se convierta en el conocimiento de la experiencia bendita.

Capítulo V

LAS DOS NATURALEZAS EN EL CREYENTE

EL VIEJO HOMBRE Y EL NUEVO

El creyente que sería verdaderamente espiritual debe reconocer el hecho de que dentro de él ahora hay *dos* naturalezas; que *además* de la naturaleza caída de Adam, también existe la naturaleza perfecta de Cristo, engendrada de Dios por medio del Espíritu Santo.

Tan real es la presencia de estas *dos* naturalezas en cada hijo de Dios, que en las referencias de Pablo a la experiencia del creyente, sus pronombres personales se refieren a veces a una y otras veces a la otra.

Un buen ejemplo de esto se encuentra en Romanos 7, donde el apóstol dice por un lado: *“mas yo soy carnal, vendido á sujeción del pecado”* (Vers. 14) y por el otro: *“yo mismo con la mente sirvo á la ley de Dios”* (Vers. 25). Nuevamente dice, por un lado: *“En mí...no mora el bien”* (Vers. 18) y en el otro: *“Me deleito en la ley de Dios...”* (Vers. 22) refiriéndose por un lado a la vieja naturaleza, y por el otro a la nueva. Seguramente el “me” que se deleita en la ley de Dios no es el mismo “yo” que es “carnal, vendido á sujeción del pecado” (Vers. 14). Sin embargo, en ambos casos, el apóstol usa el pronombre de primera persona, asociando ambas condiciones consigo mismo.

Que el apóstol aquí se refiere a *dos* naturalezas en una persona es claro en las cláusulas de calificación que emplea. Por un lado, dice: *“En mí (QUE ESTÁ EN MI CARNE) no mora el bien”* (Vers. 18), mientras que en el otro, dice: *“Me deleito en la ley de Dios SEGÚN EL HOMBRE INTERIOR”* (Vers 22). Así el “mí” en el Vers. 18 se refiere a la vieja naturaleza, mientras que el “me” en el Vers. 22 se refiere a lo nuevo. En el primero no habita nada bueno, mientras que el segundo se deleita en la ley de Dios.

LA VIEJA NATURALEZA EN EL CREYENTE

El creyente que sería verdaderamente espiritual *debe* reconocer la presencia de la vieja naturaleza interna. Sería peligroso *no* reconocer a un enemigo tan cercano.

La vieja naturaleza en el creyente es aquello que es “engendrado de la carne”. Se llama “la carne”, “el viejo hombre”, “el hombre natural”, “la mente carnal”.

Así como “los que están *en* la carne no pueden agradar a Dios” (Ro 8:8), lo que es *de* la carne, en el creyente, no puede agradar a Dios. “La carne”, como ya hemos visto, es totalmente depravada. Dios lo llama “carne de pecado” (Ro 8:3)¹⁰ advierte que busca “la ocasión” para hacer algo malo (Ga 5:13) y declara que “las obras de la carne” son todas malas (Ga 5:19-21).

La vieja naturaleza en el creyente tampoco es la que mejora por su contacto con la nueva. Es con respecto a “la carne” *en el creyente*, incluso *en sí mismo*, que el apóstol declara que en ella “*no mora el bien*” (Ro 7:18) que es “carnal, vendido á sujeción del pecado” (Ro 7:14) que está “viciado conforme á los deseos del error” (Ef 4:22) que está en “*enemistad contra Dios*” y “*no se sujeta á la ley de Dios, NI TAMPOCO PUEDE*” (Ro 8:7).

“La carne”, aun cuando permanece en el creyente después de la salvación, es la que fue generada por un descendiente caído. Es la vieja naturaleza Adámica. Es pecaminosa en sí misma. No se puede mejorar. No se puede cambiar. “*Lo que es nacido [engendrado] de la carne, carne es*”, dijo nuestro Señor (Jn 3:6) y es tan imposible mejorar al “viejo hombre” en el creyente como lo fue para hacerlo aceptable a Dios en el mundo en primer lugar.

¹⁰ Aunque, como hemos demostrado, puede expresarse en un intento de auto mejoramiento, buscando controlar las pasiones más bajas y deleitarse con los ritos y ceremonias religiosas, las prácticas ascéticas o en otros sustitutos de la verdadera espiritualidad.

El “viejo hombre” fue condenado y tratado judicialmente en la Cruz. Nunca se le instruye al creyente que intente hacer algo con él o hacer algo de él, sino que siempre *lo considere muerto*, y así “dejarlo”. Pero más de esto más adelante.

LA VIEJA NATURALEZA NO ERRADICADA EN ESTA VIDA

Hay quienes, con buen motivo, por supuesto, se esfuerzan por lograr la erradicación de la vieja naturaleza en esta vida. Tales no ayudan, sino obstaculizan, el logro de la verdadera espiritualidad.

Primero, la doctrina de la erradicación, lejos de tener una visión verdaderamente seria del pecado, tiene una visión muy superficial de ella. Aquellos que la enseñan suponen que, si pudiéramos deshacernos de los pecados, *reconocemos* que debemos ser perfectos, sin darnos cuenta de que, *en el mejor de los casos*, todos, habiendo caído en pecado en Adam, “*están [tiempo presente]*¹¹ *destituídos de la gloria de Dios*” (Ro 3:23) y seguiremos estando destituídos hasta que seamos cambiados para ser “semejante á Él”. Así, “*Nosotros por el Espíritu ESPERAMOS la esperanza de la justicia [perfecta, personal] por la fe*” (Ga 5:5).

Con respecto a aquellos que sienten que *han* logrado la erradicación de la vieja naturaleza, ¡el hecho es que *otros* pueden invariablemente testificar que *no* lo han hecho! Y en general, aquellos que dicen estar sin pecado son culpables de uno de los pecados más grandes—el orgullo espiritual.

Ciertamente, la doctrina de la erradicación es una contradicción fiduciaria de las Escrituras. La primera epístola de Juan declara enfáticamente:

¹¹ La idea en Ro 3:23 no es, como podría parecer en la Nueva Biblia Latinoamericana o La Biblia de las Américas: “Todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios”, sino “Todos pecaron y *están* destituídos de la gloria de Dios”.

“SI DIJÉREMOS QUE NO TENEMOS PECADO, NOS ENGAÑAMOS Á NOSOTROS MISMOS, Y NO HAY VERDAD EN NOSOTROS” (1Jn 1:8).

“SI DIJÉREMOS QUE NO HEMOS PECADO, LO HACEMOS Á ÉL MENTIROSO, Y SU PALABRA NO ESTÁ EN NOSOTROS” (1Jn 1:10).

Pablo también habla de *“la ley del pecado que está en mis miembros”* (Ro 7:23) e insta a depender constantemente del Espíritu Santo para vencer el poder (Ro 8:11-13; Ga 5:16, 25). De hecho, si la doctrina de la erradicación fuera sólida en las Escrituras, no habría razón para que Pablo instruya *a todos* los creyentes a lidiar con la vieja naturaleza, en términos tales como: “pensad”, “no cedas”, “no mintáis”, “mortificáis”, etc.

Pero supongamos por un momento que *fuera* posible lograr la erradicación de la carne; ¿Eso también eliminaría a nuestros otros dos enemigos, el mundo y el diablo? Seguramente no, y habiendo sido librado sólo de la naturaleza caída de Adam, seríamos, como Adam antes de la caída, estaríamos tan sujetos a la tentación del exterior como él, y seguramente caeríamos. Pero las Escrituras enseñan claramente que todos *caímos una vez* en Adam:

“...el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, y la muerte así pasó á todos los hombres, pues que todos pecaron” (Ro 5:12).

LA NUEVA NATURALEZA EN EL CREYENTE

Se ha dicho bien que si hay algo bueno en cualquier hombre es porque Dios lo puso allí. Y algo bueno—una nueva naturaleza sin pecado—ha sido impartido por Dios a cada creyente.

Mientras todavía hay dentro de nosotros “lo que es nacido de la carne”, también hay “lo que es nacido del Espíritu”, y así como el uno es totalmente depravado y *“no pueden agradar á Dios”*, el otro es absolutamente perfecto y *siempre* le agrada.

Adam fue creado originalmente a la imagen y semejanza de Dios, pero cayó en pecado y más tarde *“engendró un hijo a SU semejanza, conforme á SU imagen”* (Gn 5:3). No podría ser de otra manera. Adam caído podía generar y engendrar solo descendientes caídos, pecaminosos, a quienes ni siquiera la ley podía cambiar. Pero *“lo que era imposible á la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios enviando á Su propio Hijo EN SEMEJANZA DE CARNE DE PECADO, y á causa del pecado”,* logró, *“que la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros, que no andamos conforme á la carne, mas conforme al Espíritu”* (Ro 8:3, 4).

Como Adam fue hecho a la semejanza de Dios, pero cayó, así Cristo fue hecho la semejanza de carne pecaminosa, para redimirnos de la caída, para que por gracia, a través de la operación del Espíritu, se pudiera crear una nueva creación, un hombre *“nuevo, el cual por el conocimiento es renovado conforme á la imagen del que lo crió”* (Col 3:10) un *“nuevo hombre que es criado conforme á Dios en justicia y en santidad de verdad”* (Ef 4:24).

Juan, quien no va tan lejos como el símbolo de la nueva creación a este respecto, se refiere a la impartición de la nueva naturaleza a los creyentes, cuando dice:

“Cualquiera que es nacido [engendrado] de Dios, no hace pecado, porque su simiente está en él; y NO PUEDE PECAR, PORQUE ES NACIDO [ENGENDRADO] DE DIOS” (1Jn 3:9).

“SABEMOS QUE CUALQUIERA QUE ES NACIDO [ENGENDRADO] DE DIOS, NO PECA...” (1Jn 3:18).

Es evidente que el “cualquiera”, aquí, no se refiere al individuo como tal, sino a la parte del individuo que Pablo llama el “nuevo hombre”, porque ya hemos visto que Juan, en esta misma epístola, declara que si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y hacemos a Dios un mentiroso. Es la *nueva naturaleza* en el creyente que no puede

pecar, porque es la nueva naturaleza, no la antigua, la que fue engendrada por Dios.

Así, *además* de nuestra naturaleza Adánica caída, nosotros, por medio de la fe, también nos convertimos en “participantes de la naturaleza divina” (2P 1:4). Este es el “hombre interior” del que habla Pablo en Ef 3:16, y este “hombre interior” se deleita en hacer la voluntad de Dios (Ro 7:22).

Demos gracias a Dios que la vieja naturaleza está bajo la condenación de la muerte. Judicialmente ya ha sido tratada. Fue condenada a muerte representativamente en Cristo. Prácticamente llegará a su fin cuando nuestra “casa terrestre...se deshiciere” (2Co 5:1) o cuando seamos “transformados” (1Co 15:52) y “arrebatados...á recibir al Señor en el aire” (1Ts 4:17) pero la nueva naturaleza—la que es engendrada por Dios—nunca morirá. En primer lugar, no está bajo la condenación del pecado. En segundo, es lo que es engendrado, *“no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios, que vive y permanece para siempre”* (1P 1:23).

Pablo, por el Espíritu, le da un énfasis particular a este hecho, ya que afecta a los creyentes en esta dispensación actual, ya que no solo somos “engendrados” del Espíritu y se nos da la vida de resurrección de Cristo, sino que pertenecemos a la “nueva criatura” (2Co 5:17; Ef 2:10) que Dios glorificará *“Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de Su gracia”* (Ef 2:7).

Ahora hemos despejado el camino para considerar el conflicto entre la vieja naturaleza y la nueva, y los medios puestos a nuestra disposición para superar la vieja.

EL CONFLICTO ENTRE LA VIEJA Y LA NUEVA NATURALEZA

Las epístolas de Pablo tienen mucho que decir sobre el conflicto que continúa continuamente entre la vieja y la nueva naturaleza en el creyente. Dios tiene un propósito bondadoso al

permitir este conflicto y tiene sus verdaderas ventajas para el creyente; también, se ha hecho una provisión abundante para la victoria espiritual en cualquier caso dado, pero antes de considerar todo esto, tratemos primero el *hecho* del conflicto mismo.

Con respecto a este conflicto, el apóstol Pablo escribe, por inspiración:

“Porque la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne: y estas cosas se oponen la una á la otra, para que no hagáis lo que quisiereis” (Ga 5:17).

Con respecto a este conflicto en su propia experiencia personal, escribe:

“Porque no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, éste hago.

“Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios:

“Mas veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi espíritu, y que me lleva cautivo á la ley del pecado que está en mis miembros” (Ro 7:19, 22, 23).

Algunos han enseñado que no necesitamos experimentar esta lucha continua entre la vieja naturaleza y la nueva. Dicen: “Sal del séptimo de Romanos al octavo”.

Recordaríamos de tal manera que el apóstol Pablo escribió Romanos 7 y Romanos 8 *en la misma sesión*; que en el original, la carta continúa sin interrupción—sin siquiera una división de capítulos. Por lo tanto, el mismo apóstol que exclama: *“Ahora pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”* (Ro 8:1) se refiere en la *misma carta*, solo unas pocas oraciones antes, usando el *tiempo presente*, a *“la ley del pecado que ESTÁ en mis miembros”*, y reconoce libremente el funcionamiento *actual* de esa ley en sus miembros, como hemos

visto anteriormente. ¿Cómo podemos entonces salir del 7° de Romanos al 8°? Pablo experimentó ambas cosas al mismo tiempo, y nosotros también, porque mientras estamos libres de la *condenación* del pecado, el pecado en sí mismo continúa trabajando dentro de nosotros.

Es cierto que ninguna cantidad de esfuerzo puede *mejorar la vieja naturaleza Adámica*, pero *no* es cierto que no haya conflicto entre la vieja y la nueva naturaleza, de lo contrario las exhortaciones a no “ceder” a los preceptos de la vieja naturaleza, sino “despojado” de los hechos del viejo hombre y “amortiguad”, o *dar muerte*, nuestras inclinaciones hacia la Tierra, no tendrían ningún significado.

Es un *hecho* simple que el conflicto descrito en Romanos 7 se experimenta en la vida de cada creyente. De lo contrario, los que afirman que deberíamos salir de Romanos 7 lo niegan. Si han venido al lugar donde *pueden* hacer las cosas de manera consistente;¹² donde “la ley del pecado” ya no opera en sus miembros; si en su experiencia han sido totalmente liberados de su cautiverio; si no lo necesitan—hasta este mismo día en su experiencia—reconozcan que: “no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, éste hago”; si no necesitan exclamar con Pablo: “¡Miserable hombre de mí!” si no necesitan “esperar” con Pablo por “la esperanza de la justicia [perfecta, personal] por la fe”, deberían tomar posición con los que enseñan la perfección sin pecado y la erradicación de la vieja naturaleza. Sin embargo, si *no* están preparados para hacer estas afirmaciones, deben reconocer la verdad desnuda de Ga 5:17 y Ro 7:22, 23.

Si se nos pregunta cómo podemos ser culpados si “*no podemos*” hacer las cosas que haríamos, respondemos que Ga 5:17 no fue escrito para enseñarnos nuestra *impotencia*, sino nuestra *total depravación*. El Espíritu está siempre presente y

¹² Concediendo que Ga 5:17 podría traducirse: “de manera que ustedes no pueden hacer lo que deseen”, como en la Nueva Biblia Latinoamericana, el hecho sigue siendo que “la ley del pecado” opera en nuestros miembros y nos impide hacer (consistentemente) lo que haríamos.

dispuesto a otorgar la ayuda necesaria, pero somos tan intrínsecamente *malos* por naturaleza que nunca conseguimos con éxito hacer las cosas que haríamos. De hecho, la carne conduce una guerra constante e implacable para evitar que hagamos eso.

Es cierto que el creyente ha sido “libertados de pecado” por gracia (Ro 6:14, 18), es decir, que no *necesita*, sí, no *debería* rendirse al pecado en cualquier caso dado (Ro 6:12, 13). También es cierto que el creyente está “librado de la ley del pecado y de la muerte” (Ro 8:2) porque Cristo llevó la pena de muerte por él. Pero ningún creyente está libre de la presencia de lo que Pablo llama “*la ley del pecado que está en mis miembros*”; es decir, de la vieja naturaleza, con su tendencia inherente a hacer el mal. Tampoco está libre del conflicto con la *nueva* naturaleza, que esto implica. Si fuéramos verdaderamente espirituales y tratáramos de una manera bíblica con el pecado que nos habita, debemos reconocer claramente su presencia; debemos enfrentar el hecho de que, si bien, alabamos a Dios, ya no estamos “*en pecado*”, el pecado todavía está en nosotros, y que aunque el “viejo hombre” se cuenta como habiendo muerto con Cristo, él sigue vivo y muy activo en cuanto a nuestra *experiencia* se refiere.

LAS BENDICIONES DEL CONFLICTO

Pero este conflicto no debe desanimarnos, porque es uno de las señales seguras de la verdadera salvación. Es desconocido para el no creyente, porque solo la presencia *adicional* de la nueva naturaleza, junto con la antigua, que causa este conflicto, ya que “estas cosas se oponen la una á la otra”.

Si no experimentáramos este conflicto en absoluto, solo podría significar que no fuimos salvos, ya que con *dos* naturalezas tan absolutamente incompatibles dentro de la morada, el conflicto sería inevitable. Si sabemos *poco* de este conflicto, solo puede significar que la vieja naturaleza, en cualquiera de sus formas sutiles y engañosas, ha alcanzado la

ventaja, porque cuando la nueva naturaleza se afirma, como debe ser, la vieja naturaleza está segura de entrar en “guerra” contra todo esto aún más ferozmente.

Pero no solo el conflicto dentro de nosotros es una señal de segura salvación; también crea dentro de nosotros un sentido profundo y necesario de nuestra corrupción interna y de la gracia infinita de un Dios santo al salvarnos y ministrarnos diariamente para ayudarnos a vencer el pecado. Y a su vez, esto nuevamente nos da un enfoque más comprensivo a medida que proclamamos a los perdidos el evangelio de la gracia de Dios.

PODER PARA VENCER

Y ahora, una palabra sobre los medios que Dios ha provisto para ayudarnos a vencer el pecado y vivir vidas espirituales normales:

De lo que ya se ha dicho, es evidente que el Espíritu Santo, al salvarnos, no se apodera de nosotros y desde entonces nos *causa* sobrenaturalmente llevar una vida agradable a Dios. Más bien, al igual que con la salvación, así con la vida cristiana, Él opera en el creyente “por gracia, por la fe”. La ayuda poderosa para vencer el pecado es provista gratuitamente por la gracia, pero esta ayuda debe ser apropiada por *la fe en cada caso individual*. No hay una provisión general para la victoria continua durante toda la guerra de la vida. Debemos mirar a Él con fe para la ayuda que necesitamos en cada batalla por separado. Por lo tanto, la enseñanza de las Escrituras con respecto a la victoria sobre el pecado no es que no sea posible para nosotros pecar, sino que, en cualquier caso, es posible que *no* pequemos. Así también, la pregunta en tiempos de tentación es, en general, si realmente *deseamos* vencer, ya que la liberación es proporcionada libremente por la gracia, si la apropiamos por la fe.

Pero, ¿cómo se proporciona la liberación? La respuesta es: por el Espíritu.

Ya no es necesario que el creyente permanezca esclavizado al pecado, ya que el Espíritu Santo que está dentro, quien en primer lugar impartió vida, también impartirá fuerza para vencer el pecado. Cuando lo intentamos y no podemos siquiera orar como deberíamos, *“el Espíritu ayuda nuestra flaqueza”* y *“pide por nosotros con gemidos indecibles”* (Ro 8:26). Cuando estamos débiles y enfermos, podemos *“ser corroborados con potencia en el hombre interior por Su Espíritu”* (Ef 3:16). De hecho, el Espíritu incluso nos fortalece físicamente para vencer el pecado, porque leemos:

“Y si el Espíritu de Aquel que levantó de los muertos á Jesús mora en vosotros, EL QUE LEVANTÓ Á CRISTO JESÚS DE LOS MUERTOS, VIVIFICARÁ TAMBIÉN VUESTROS CUERPOS MORTALES¹³ POR SU ESPÍRITU QUE MORA EN VOSOTROS” (Ro 8:11).

Esto no debe confundirse con la sanación milagrosa. Tiene que ver enteramente con el fortalecimiento contra la tentación. Por eso el apóstol continúa diciendo:

“ASÍ QUE, HERMANOS, DEUDORES SOMOS, NO Á LA CARNE, PARA QUE VIVAMOS CONFORME Á LA CARNE” (Ro 8:12).

Somos deudores entonces, al Espíritu que nos habita, y *no* a la carne. Con el Espíritu tan cerca de ayudar, no hay justificación para quejarse de nuestra debilidad, o para justificar nuestros pecados con el argumento de que *“el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil”* o *“soy humano después de todo”*.

Pero el Espíritu usa un medio sobre todo para fortalecernos contra la tentación: *Su propia Palabra*. Allí aprendemos lo que Dios ha hecho con la vieja naturaleza y cuál es nuestra posición en Cristo; hechos que debemos comprender y apreciar si quisiéramos saber cómo lidiar con la vieja naturaleza y *disfrutar* de nuestra posición en Cristo.

¹³ No “tus cadáveres”. Este versículo no aplica a la futura resurrección de nuestros cuerpos muertos. Tenga en cuenta el contexto.

En primer lugar, Dios considera que la vieja naturaleza en nosotros ya fue muerta por el pecado, en Cristo en el Calvario. Nunca debemos dejar de agradecer a Dios por esto, porque significa que en lo que respecta a nuestra relación con Él (y eso es lo que más importa) la cuestión del pecado ya se ha resuelto. Pero esto implica también que la vieja naturaleza ya no tiene ningún derecho de vivir o de afirmarse. Así el apóstol argumenta:

“¿O no sabéis que todos los que somos bautizados en Cristo Jesús, somos bautizados en Su muerte? (Ro 6:3).

“Así también vosotros, pensad que de cierto estáis muertos al pecado...” (Ro 6:11).

Pero hay más, porque no solo el “viejo hombre” ahora ha sido condenado a muerte en Cristo; un “*nuevo* hombre” ahora ha emergido con Cristo de la tumba:

“Empero Dios, que es rico en misericordia, por Su mucho amor con que nos amó,

“Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dió vida juntamente con Cristo; por gracia sois salvos;

“Y juntamente nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús” (Ef 2:4-6).

Esto, a su vez, también debemos “pensar” que es verdad, y debemos apropiarnos por fe, porque el apóstol dice:

“Si habéis pues resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado á la diestra de Dios.

“Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra.

“Porque muertos sois, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col 3:1-3).

Por lo tanto, hay una razón tanto positiva como negativa para vivir agradablemente a Dios, como encontramos más adelante en Romanos 6:

“Así también vosotros, pensad que de cierto estáis muertos al pecado, MAS VIVOS Á DIOS EN CRISTO JESÚS SEÑOR NUESTRO.

“No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, para que le obedezcáis en sus concupiscencias;

“Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado por instrumentos de iniquidad; ANTES PRESENTAOS Á DIOS COMO VIVOS DE LOS MUERTOS, Y VUESTROS MIEMBROS Á DIOS POR INSTRUMENTOS DE JUSTICIA” (Ro 6:11-13).

Las últimas epístolas de Pablo desarrollan aún más nuestra gloriosa posición en Cristo y también muestran claramente que *no hay nada que nos ayude a vivir agradablemente a Dios como una comprensión y una apreciación de nuestra posición y nuestras bendiciones en los lugares celestiales en Cristo.*

Es mientras estamos ocupados con estas “cosas del Espíritu” que nos encontramos “caminando en el Espíritu”, y: *“Andad en el Espíritu, y no satisfagáis la concupiscencia de la carne”* (Ga 5:16). De hecho, a medida que caminemos en el Espíritu llevaremos

“...el fruto del Espíritu...caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe,

“Mansedumbre, templanza: contra tales cosas no hay ley” (Ga 5:22, 23).

Cuánto mejor tener nuestras vidas *transformadas* por la ocupación con Cristo (2Co 3:18) y nuestra posición y bendiciones en los lugares celestiales con Él (Col 3:1-3) que asumir la tarea desesperada de tratar de mejorar la vieja naturaleza siempre comprometido en la introspección; ¡siempre ocupado con la carne!

Brevemente, nuestras responsabilidades con respecto al “viejo hombre” son: Considerarlo *muerto*; no intente mejorarlo (Ro 6:11; Ga. 2:20; Col 3:3). No le hagais provisión (Ro 13:14). “Déjalo” *prácticamente*, ya que ha sido “despojado”

posicionalmente (Ef 4:22; Col 3:8, 9). Nuestras responsabilidades con respecto al “nuevo hombre”: “*pensad que de cierto estáis...vivos á Dios en Cristo Jesús Señor nuestro*” (Ro 6:11). “*presentaos á Dios como vivos de los muertos*” (Ro 6:13). *Alimenta al nuevo hombre* (Col 3:16; 1P 2:2). “*andemos en novedad de vida*” (Ro 6:4). “*vestir el nuevo hombre*” *prácticamente* como lo ha estado “*revestido*” *posicionalmente* (Ef 4:24; Col 3:10). “*buscad las cosas de arriba*” (Col 3:1). Estar constantemente ocupado con las cosas de Dios; con lo que Él ha *hecho* por ti en Cristo, con lo que te ha *hecho* en Cristo y con lo que te ha *dado* en Cristo.

“DIGO PUES: ANDAD EN EL ESPÍRITU, Y NO SATISFAGÁIS LA CONCUPISCENCIA DE LA CARNE” (Ga 5:16).

Capítulo VI

SANTIFICACIÓN

UNA VERDAD PRECIOSA MUY POCO APRECIADA

Es lamentable que tantos comentarios bíblicos tomen una visión tan superficial del tema de la *santificación*.

La mayoría de los estudiantes de la Biblia saben que en la *Versión Autorizada* de las Escrituras tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, las palabras “santidad” y “santificación”, con casi ninguna excepción, tienen el mismo significado. En el Antiguo Testamento, ambas palabras provienen de la raíz hebrea única *códes*, mientras que en el Nuevo Testamento provienen de la raíz griega única *jagiasmós*.

Según la mayoría de los comentarios *códes* y su equivalente griego *jagiasmós*, simplemente significa “apartar” o “separar”. Ahora bien, es cierto que este es el significado orgánico en ambos casos, pero muy a menudo el significado orgánico de una palabra no llega a expresar su verdadero significado en el uso real. Tal es el caso con las palabras hebreas y griegas para la *santificación*. Orgánicamente, significan una separación o separar, pero como *se usa en las Escrituras*, significan mucho más que esto.

CONSAGRACIÓN

En el uso de la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento para hacer santo, o santificar, significa “apartar como *sagrado*”, “*consagrar*”, “*dedicar*”. Los siguientes pasajes son solo unos pocos que confirman este hecho:

Gn 2:3: “Y bendijo Dios al día séptimo, y SANTIFICÓLO”.

Ex 3:5: “quita tus zapatos de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra SANTA es”.

Mt 6:9: “SANTIFICADO sea Tu nombre”.

2Co 11:2: “...os he DESPOSADO á un marido, para presentaros como una virgen pura á Cristo”.

En los pasajes anteriores, las palabras hebreas y griegas en cuestión se traducen de diversas maneras: “santificólo”, “santa”, “santificado” y “desposado”, pero en cada caso el significado es “*apartar como sagrado*”, “*consagrado*”, “*dedicado*”. Así, a Jerusalem se le llama “la *santa* ciudad” (Mt 4:5) y el santuario del tabernáculo, “el Lugar *Santísimo*” (Heb 9:3, 8); la Biblia se llama “las *santas* Escrituras” (Ro 1:2) y el Espíritu de Dios, el “Espíritu *Santo*” (Ef 4:30).

LA SANTIFICACIÓN DEL CREYENTE

¡Cómo tocaría el corazón de muchos creyentes si se dieran cuenta de que tanto en nuestra salvación como en nuestro caminar ha sido el propósito de Dios, no solo para apartarnos del mundo, sino separarnos como sagrados para Él Mismo! La santificación nos habla más del amor de Dios que de nosotros. Esta verdad, para muchos, arrojaría una luz completamente nueva sobre la doctrina de la santificación.

La santificación no es un asunto negativo, sino positivo. Dios nos quiere para Sí Mismo. Nos considera Su posesión consagrada tanto como un novio que considera a su esposa como propia, sagrada para él. Esto muestra cuán precioso es el creyente para el corazón de Dios y hace que nuestra separación del mundo y el pecado sean el *resultado* natural de nuestra consagración a Él. “os convertisteis *de los ídolos á Dios*”, dice el apóstol, no “de Dios a los ídolos” (Véase 1Ts 1:9). La verdadera santificación de las Escrituras, o santidad, entonces, no consiste en “hacer” y “no hacer”, ni debe confundirse con la perfección sin pecado. Es más bien una consagración a Dios que *resulta* en una caminata más cercana con Él.

SANTIFICACIÓN POSICIONAL

En un sentido muy real, todo verdadero creyente ya ha sido santificado o consagrado a Dios. Algunos ven la santificación como una segunda obra de gracia, después de la salvación. En

realidad es la primera obra de gracia. La santificación comienza con Dios cuando Él nos elige y nos distingue a Sí Mismo a través de la obra del Espíritu Santo, quien nos condena de pecado y nos lleva a la fe en Cristo. Así leemos:

“...Dios os haya escogido desde el principio para salud, POR LA SANTIFICACIÓN DEL ESPÍRITU y fe de la verdad” (2Ts 2:13).

“Elegidos según la presciencia de Dios Padre EN SANTIFICACIÓN DEL ESPÍRITU, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sea multiplicada” (1P 1:2).

Tampoco esta fase de nuestra santificación se ve afectada por nuestra conducta. En Ef 5:2, 3 el apóstol declara que los creyentes *deben “andad...como conviene á santos [santificados]”*, pero esto en sí mismo implica que algunos de los santos no caminan así.

Incluso a los carnales corintios son tratados *como “santos”—“santificados en Cristo Jesús”* (1Co 1:2). Nombrando pecados que algunos de ellos incluso entonces estaban cometiendo, continúa diciendo:

“Y ESTO ERAIS ALGUNOS: MAS YA SOIS LAVADOS, MAS YA SOIS SANTIFICADOS, MAS YA SOIS JUSTIFICADOS EN EL NOMBRE DEL SEÑOR JESÚS, Y POR EL ESPÍRITU DE NUESTRO DIOS” (1Co 6:11).

Así los creyentes, cualquiera que sea su *estado*, son llamados:

“...con TODOS los santificados” (Hch 20:32; 26:18).

“...como escogidos de Dios, SANTOS Y AMADOS...” (Col 3:12).

Todo esto, por supuesto, pertenece a nuestra posición y posición ante Dios. Fue Él quien, en infinito amor y gracia, nos apartó como los Suyos, declarándonos justos ante todo. Pero, ¿cómo puede un Dios justo justificar a un pecador? ¿Cómo

puede un Dios santo abrazar a un hijo caído de Adam? La respuesta es, a través de la obra gloriosa y suficiente de Cristo en favor del pecador.

“EN LA CUAL VOLUNTAD SOMOS SANTIFICADOS POR LA OFRENDA DEL CUERPO DE JESUCRISTO HECHA UNA SOLA VEZ” (Heb 10:10).

“PORQUE CON UNA SOLA OFRENDA HIZO PERFECTOS PARA SIEMPRE Á LOS SANTIFICADOS” (Heb 10:14).

Posicionalmente, entonces, *cada* creyente *ha sido santificado*, o apartado, *por Dios* para Sí Mismo a través de la operación del Espíritu Santo y sobre la base de la sangre derramada de Cristo. No es de extrañar que el Espíritu retumbe el desafío:

“¿QUIÉN ACUSARÁ Á LOS ESCOGIDOS DE DIOS? DIOS ES EL QUE JUSTIFICA. ¿QUIÉN ES EL QUE CONDENARÁ?...” (Ro 8:33, 34).

¡Qué preciosas son estas verdades! Sin embargo, el apóstol nunca enseña la verdad posicional sin aplicarla de manera práctica. Si *Dios* en amor nos distingue *como Suyos*, ¿no debería *nuestro* amor responder al Suyo? ¿No debería ser también el deseo de nuestro corazón ser Suyo, totalmente Suyo, en experiencia y conducta? ¿No deberían nuestros corazones ser conmovidos con gratitud y admiración por Su amor condescendiente y resultar en una consagración espontánea y entusiasta hacia Él?

SANTIFICACIÓN PRÁCTICA

Esto es lo que el apóstol tiene en mente cuando, por el Espíritu, escribe que Dios—

“...nos escogió en Él [Cristo] antes de la fundación del mundo, para QUE FUÉSEMOS SANTOS Y SIN MANCHA DELANTE DE ÉL

“En amor;¹⁴ habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos... (Ef 1:4, 5).

“PORQUE LA VOLUNTAD DE DIOS ES VUESTRA SANTIFICACIÓN...” (1Ts 4:3).

Pero aquí se necesita una palabra de precaución, no sea que en la búsqueda de ser completamente santificados a Dios, nos dejemos llevar por el desaliento y la desilusión.

En ninguna parte de la Escritura se nos instruye para santificar la “carne” a Dios. Las Escrituras enseñan que la “carne”, la vieja naturaleza Adámica, es *totalmente* mala y la experiencia da testimonio de que esto es así. La “carne” no puede ser mejorada, ni reformada, ni convertida, y “los que están en la carne *no pueden agradar á Dios*” (Ro 8:8). Es por esta razón que Dios envió a Su propio Hijo “en semejanza de carne de pecado” para condenar “al pecado en la carne” en el Calvario (Véase Ro 8:3).

No debemos, entonces, buscar mejorar la vieja naturaleza o dedicársela a Dios, sino reconocerla como condenada por Dios y crucificada con Cristo.

“SABIENDO ESTO, QUE NUESTRO VIEJO HOMBRE JUNTAMENTE FUÉ CRUCIFICADO CON ÉL...” (Ro 6:6).

“ASÍ TAMBIÉN VOSOTROS, PENSAD QUE DE CIERTO ESTÁIS MUERTOS AL PECADO, MAS VIVOS Á DIOS EN CRISTO JESÚS SEÑOR NUESTRO” (Ro 6:11).

Pero mientras la “carne” del creyente no puede ser santificada a Dios, su cuerpo puede y debe ser. El apóstol Pablo tiene mucho que decir al respecto:

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que PRESENTÉIS VUESTROS CUERPOS EN SACRIFICIO VIVO,

¹⁴ Si bien no hay puntuación en el original, del contexto se desprende que las palabras “en amor” pertenecen al versículo 5.

SANTO, AGRADABLE Á DIOS, QUE ES VUESTRO RACIONAL CULTO” (Ro 12:1).

“¿O IGNORÁIS QUE VUESTRO CUERPO ES TEMPLO DEL ESPÍRITU SANTO, EL CUAL ESTÁ EN VOSOTROS, EL CUAL TENÉIS DE DIOS, Y QUE NO SOIS VUESTROS?”

“PORQUE COMPRADOS SOIS POR PRECIO: GLORIFICAD PUES Á DIOS EN VUESTRO CUERPO Y EN VUESTRO ESPÍRITU, LOS CUALES SON DE DIOS” (1Co 6:19, 20).

Así el apóstol escribe a los tesalonicenses:

“Que cada uno de vosotros sepa tener su vaso en santificación y honor” (1Ts 4:4).

“Porque no nos ha llamado Dios á inmundicia, sino á santificación” (1Ts 4:7).

Y así él concluye:

“Y EL DIOS DE PAZ OS SÁNTIFIQUE EN TODO; PARA QUE VUESTRO ESPÍRITU Y ALMA Y CUERPO SEA GUARDADO ENTERO SIN REPRENSIÓN PARA LA VENIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO” (1Ts 5:23).

En su última epístola, declara que mientras “conoce el Señor á los que son Suyos”, todos los que nombran el nombre de Cristo deben apartarse “de iniquidad”, y continúa explicando que—

“...en una casa grande, no solamente hay vasos de oro y de plata, sino también de madera y de barro: y asimismo unos para honra, y otros para deshonra.

“Así que, si alguno se limpiare de estas cosas, será VASO PARA HONRA, SANTIFICADO, Y ÚTIL PARA LOS USOS DEL SEÑOR, y aparejado para toda buena obra” (2Ti 2:20, 21).

La Iglesia es, de hecho, “una casa grande”, y en ella hay todo tipo de vasos. La mayoría de estos, es de temer, están deshonrando al Señor y *no* son aptos para el uso del Maestro.

Dios nos conceda que no pertenezcamos a este número, sino que seamos vasos que honren a Dios, *“santificado y útil [aptos] para los usos del Señor”*.

EL “CÓMO” DE LA SANTIFICACIÓN PRÁCTICA

Al considerar *cómo* ser santificados para Dios al caminar y experimentar, debemos poner nuevamente el énfasis donde Dios lo ha puesto: sobre Su bendita Palabra.

Nadie puede negar que la oración es un elemento importante en la santificación práctica, sin embargo, la Palabra pone el mayor énfasis sobre sí misma en este asunto.

Nuestro Señor oró por sus discípulos:

**“SANTIFÍCALOS EN TU VERDAD: TU PALABRA ES VERDAD”
(Jn 17:17).**

El apóstol Pablo declara que nuestro Señor “amó á la Iglesia, y Se entregó á Sí Mismo por ella,

**“PARA SANTIFICARLA LIMPIÁNDOLA EN EL LAVACRO DEL
AGUA POR LA PALABRA” (Ef 5:25, 26).**

Muchos queridos cristianos le han dicho al escritor: “Si tan solo pudiera recordar mejor estas verdades bíblicas, pero tengo una mente como un colador”. Pero vierta agua a través de un filtro y al menos tendrá un efecto de limpieza. Y así también la bendita Palabra de Dios tiene un efecto de limpieza en aquellos que la leen en oración y meditan en ella. Es la Palabra que su Autor, el Espíritu Santo, utiliza para limpiarnos y santificarnos cada vez más para Dios, y aquellos que no están interesados profunda y sinceramente en el estudio de la Palabra nunca disfrutarán de la santificación práctica y verdadera, no importa cuánto oren.

Capítulo VII

EL HENCHIR CON EL ESPÍRITU

EL OBJETIVO ESPIRITUAL DEL CREYENTE

La mayoría de los creyentes están muy confundidos con respecto a la obra del Espíritu Santo en sus vidas y la medida exacta en que pueden esperar Su ayuda para vencer el pecado. Esta confusión ha sido provocada principalmente por la tradición no bíblica de que la dispensación actual comenzó con el derramamiento del Espíritu en Pentecostés. Por lo tanto, será necesaria una palabra más a este respecto.

Aquellos que sostienen que Pentecostés marca el comienzo de la presente dispensación deben examinar cuidadosamente las Escrituras que tratan con el Espíritu Santo y Su obra. Una simple comparación, por ejemplo, de Su operación en Pentecostés con Su operación de hoy, como se describe en las epístolas paulinas, puede llevar a una sola conclusión: que el bautismo con o en el Espíritu en Pentecostés ha sido reemplazado por otro bautismo por completo—aquello por lo cual los creyentes son bautizados en un cuerpo—y que el Cuerpo de Cristo no existió (excepto en la mente de Dios) cuando el Espíritu fue derramado en Pentecostés. Si nuestros líderes fundamentalistas verifican y aceptan este hecho, tendrán la respuesta al fanatismo “pentecostal” que está barriendo el país hoy.

LA OPERACIÓN DEL ESPÍRITU EN PENTECOSTÉS

Con respecto a los ciento veinte creyentes reunidos en el aposento alto en Pentecostés, leemos:

“Y FUERON TODOS LLENOS DEL ESPÍRITU SANTO” (Hch 2:4).

Esta, por supuesto, es otra forma de decir que el Espíritu Santo tomó posesión completa de ellos.¹⁵ Aquellos que han

¹⁵ Se dice que todo lo que toma posesión de la mente lo llena.

llegado a apreciar el significado de la palabra bíblica *bautismo*, verán de inmediato la conexión con la promesa del Señor de que los Suyos deben ser *bautizados* con el Espíritu Santo (Hch 1:5). De hecho, estaban “*llenos*” con el Espíritu (Hch 2:4) en cumplimiento de la promesa de que deberían ser “*bautizados*” con el Espíritu¹⁶.

Y el resultado de este bautismo, este henchir, con el Espíritu, fue no solo que poseían poderes milagrosos, sino también que vivieron el tipo de vidas que el pueblo de Dios no había vivido antes de ese tiempo, y este es el asunto particular con lo que estamos aquí interesados.

Marque bien: en Hch 2:4 no tenemos una *exhortación* para ser llenos del Espíritu, como la tenemos más adelante en las epístolas paulinas. Más bien, tenemos una simple declaración del hecho: “*fuieron todos llenos del Espíritu Santo*”.

Los ciento veinte habían sido, por supuesto, muy parecidos a cualquier otro grupo de creyentes en la historia. No todos habían sido igualmente espirituales, devotos o fieles. Algunos habían sido más que otros, y donde algunos habían sobresalido en una virtud, otros habían sobresalido en otra. Sin embargo, ahora *todos* estaban LLENOS del Espíritu, desde el más pequeño hasta el más grande de ellos.

El estudiante reflexivo de las Escrituras, por supuesto, preguntará por qué todos estos creyentes ahora estaban llenos del Espíritu Santo. ¿Fue, quizás, porque ellos, como grupo, habían sido más piadosos que los anteriores a ellos? Los registros

¹⁶ El Dr. Bullinger, en su teoría sobre “el Dador y Sus dones” [the Giver and His gifts], sostiene que los creyentes pentecostales estaban llenos simplemente de “espíritu santo”, no del Espíritu Santo, ya que el artículo no se encuentra en el original en estos dos versículos. Rechazamos esto como no bíblico. El “don” mencionado en Hch 2:38, 8:20, etc., no se dice que sea dado *por* el Espíritu. El “don” es el Espíritu Santo Mismo, dado por el Padre y el Hijo (Jn 14:16, 17). Así, en Hechos 19, cuando el apóstol encontró que los discípulos allí no habían recibido *pneuma hagios*, él “habiéndole impuesto Pablo las manos” y “*para pneuma a hagios* [Gr., *el Espíritu, el santo*] vino sobre ellos” (Verss. 2, 6; véase también Lc 2:25, 26; cf. 2P 1:21; Jn 7:39; Hch 11:15, 16; Ef 1:13 en el original).

del evangelio demuestran que esto no es así. Pedro se jactó, Tomás dudó, Santiago y Juan buscaron ganancia personal, y cuando nuestro Señor fue tomado prisionero, “Entonces dejándole todos Sus discípulos, huyeron”. ¿Fue entonces porque habían *orado* por mucho tiempo o con bastante fervor para que el Espíritu viniera sobre ellos y tomara el control? No; se les había instruido que fueran a Jerusalem, no a *orar* para que el Espíritu Santo venga, como algunos suponen, “sino a que *esperasen* la [cumplimiento de la] *promesa*” con respecto al Espíritu (Hch 1:4, 5) —y justo aquí está la respuesta a nuestra pregunta. Los creyentes en Pentecostés estaban llenos del Espíritu Santo, no porque hubieran orado lo suficiente como para que viniera el Espíritu, sino porque *había llegado el momento de cumplirse la promesa divina*.¹⁷ Los profetas del Antiguo Testamento y el Señor Jesús habían prometido que el Espíritu Santo algún día vendría a tomar el control del pueblo de Dios, y *ese día había llegado*. Estaban llenos del Espíritu porque Dios, según Su promesa, los había *bautizado* con el Espíritu.

LA OPERACIÓN DEL ESPÍRITU HOY

El apóstol Pablo nunca dice en ninguna parte que todos los miembros del Cuerpo de Cristo están llenos del Espíritu Santo. Seguramente queda claro en el registro que los corintios y los gálatas, por ejemplo, no estaban llenos del Espíritu, ya que las cartas de Pablo a estas iglesias contienen mucho reproche y corrección. Y también es evidente que los creyentes de hoy no están—ni siquiera los mejores de ellos—completamente llenos del Espíritu. El henchir con el Espíritu es ahora una meta, un logro, que el apóstol, por inspiración, nos presenta. No todos estamos llenos del Espíritu como un hecho, como lo fueron los creyentes pentecostales. Si bien el Espíritu realmente mora dentro de nosotros por la gracia de Dios, debemos apropiarnos *diariamente* de Su ayuda y bendición *por medio de la fe*.

¹⁷ Algunos miran a Pentecostés simplemente como un presagio de la bendición del milenio prometido. Creemos que fue el comienzo del cumplimiento de la promesa, pero que el cumplimiento completo fue interrumpido por la dispensación de la gracia. Nota: “Mas esto es...” (Hch 2:16).

Por lo tanto, el apóstol ahora exhorta a los creyentes: “*Sed llenos del Espíritu*” (Ef 5:18) así como él los exhorta y ora por ellos, para que estén “*llenos de frutos de justicia*” (Flp 1:11); “*lleno del conocimiento de Su voluntad*” (Col 1:9); “*llenos de toda la plenitud de Dios*” (Ef 3:19).

Pero, ¿por qué no estamos automáticamente llenos del Espíritu como los creyentes estaban en Pentecostés? Procederemos a responder esta pregunta, pero no dejemos que el lector falle a reconocer primero el *hecho* de que mientras los creyentes reunidos en el aposento alto en Pentecostés estaban *todos llenos* del Espíritu, los creyentes bajo Pablo, desde entonces, *no* han estado todos llenos del Espíritu. Además, aunque se afirma claramente, una y otra vez, que los creyentes pentecostales fueron, o debían ser, *bautizados* con el Espíritu, ni una sola vez Pablo en sus epístolas enseña que los miembros del Cuerpo de Cristo son *bautizados* con el Espíritu.¹⁸ En su lugar, los *exhorta* a que se apropien de la gracia de Dios por fe para que puedan ser llenos del Espíritu.

EL ESPÍRITU SANTO Y EL COMPORTAMIENTO HUMANO

La obra profetizada del Espíritu Santo en relación con Su pueblo Israel debe ser claramente comprendida si quisiéramos entender Su obra hoy, en relación con los miembros del Cuerpo de Cristo. En Joel 2:28, 29, Dios prometió causarles profetizar sobrenaturalmente, etc., pero en Ezequiel 36:26, 27, Él también prometió *causar* sobrenaturalmente que hagan Su voluntad:

“Y os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré corazón de carne.

“Y PONDRÉ DENTRO DE VOSOTROS MI ESPÍRITU, Y HARÉ QUE ANDÉIS EN MIS MANDAMIENTOS, Y GUARDÉIS MIS DERECHOS, Y LOS PONGÁIS POR OBRA”.

¹⁸ Ni siquiera en 1Co 12:13.

Así, Dios mostraría que la única forma en que incluso Su propio pueblo puede obedecerle perfectamente es cuando toma *posesión* de ellos y les *causa* que hagan Su voluntad. De hecho, Él todavía está demostrando esto. Aunque hoy tenemos todas las ventajas y bendiciones de la dispensación de la gracia, y aunque deseamos sinceramente obedecer y servir a Dios como deberíamos, todavía nos quedamos cortos. Esto se debe a que, contrariamente a la opinión popular, *ninguno* de nosotros ha sido bautizado con el Espíritu.

LA CONDUCTA DE LOS CREYENTES EN PENTECOSTÉS

En Pentecostés había llegado el momento, en lo que se refería a la profecía, para el cumplimiento de la promesa concerniente al Espíritu Santo. *“Y como se cumplieron los días de Pentecostés...fueron todos llenos del Espíritu Santo”* (Hch 2:1, 4).

Debemos tener cuidado de notar el cambio inmediato que tuvo lugar en el comportamiento de estos creyentes, ahora que el Espíritu Santo había venido a tomar posesión de ellos. No solo hablaron en lenguas y profetizaron y obraron milagros, sino que *todos empezaron a vivir el uno para el otro*.

“Y todos los que creían estaban juntos; y tenían todas las cosas comunes;

“Y vendían las posesiones, y las haciendas, y repartíanlas á todos, como cada uno había menester” (Hch 2:44, 45).

“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma: y ninguno decía ser suyo algo de lo que poseía; mas todas las cosas les eran comunes.

“Que ningún necesitado había entre ellos: porque todos los que poseían heredades ó casas, vendiéndolas, traían el precio de lo vendido,

“Y lo ponían á los pies de los apóstoles; y era repartido á cada uno según que había menester” (Hch 4:32, 34, 35).

Nunca antes los discípulos de Cristo se habían acercado a semejante espíritu de absoluta auto preocupación y amor el uno por el otro. A pesar de los Diez Mandamientos, el Sermón del Monte y las repetidas exhortaciones de nuestro Señor a vender y distribuir sus bienes terrenales y vivir el uno para el otro, ellos— incluso los doce—hasta ahora habían sido tan humanos y egoístas como aquellos que habían ido antes que ellos

Un día, Jacobo y Juan vinieron a pedirle un favor especial a Cristo: ¡para que *ellos* ocupasen los primeros lugares en el reino, sentados, el uno a la derecha de Cristo y el otro a Su izquierda! (Mc 10:37). ¡Modestos compañeros! Y los otros diez no eran realmente diferentes en el fondo, porque leemos: “*Y como lo oyeron los diez, comenzaron á enojarse de Jacobo y de Juan*” (Vers. 41). Casi podemos escucharlos exclamar el uno al otro: “¡Quienes creen que son Jacobo y Juan!” Tampoco fue esta la primera vez que los apóstoles “*habían disputado...quién había de ser el mayor*” (Mc 9:34).

¡Pero ahora, de repente, todo esto ha cambiado! Ahora cada uno se hace a un lado y coloca a los demás primero. Y, como Jeremías había predicho, *esto vino del corazón*. Marque bien: fue de una multitud de más de cinco mil (Hch 4:4) que leemos que todos eran de un solo corazón y de un alma, y vendieron sus tierras y casas y trajeron las ganancias a los apóstoles para su distribución entre el necesitado. ¡Imagínese la libertad, la alegría y la bendición que deben haber prevalecido entre los discípulos en estas condiciones! ¡Estos fueron en verdad “los días de los cielos sobre la tierra”!

Los hijos de Dios en esta dispensación actual, incluidos los llamados pentecostalistas—nunca han vivido juntos como lo hicieron los creyentes en Pentecostés. ¡Imagínese incluso sugerir tener todas las cosas comunes entre los creyentes hoy! Tememos que aquellos que gritan “*Regreso a Pentecostés*” sean

los primeros en intensificar y entregar sus inversiones ganadas con tanto esfuerzo como Bernabé y *todos* los creyentes propietarios de propiedades en Pentecostés. De hecho, sería *incorrecto* si hiciéramos esto hoy día, ya que la instrucción del Espíritu para esta presente era de maldad es:

“Y si alguno no tiene cuidado de los suyos, y mayormente de los de su casa, la fe negó, y es peor que un infiel” (1Ti 5:8).

PENTECOSTÉS RELACIONADO CON EL REINO, NO CON EL CUERPO

Pentecostés fue un ferviente reinado del reino de Cristo, cuando la paz y la prosperidad prevalecerán en la tierra y los hombres no necesitarán almacenar para el futuro. Pero, como Israel rechazó obstinadamente al Rey y Su reino y el juicio parecía inminente, Dios intervino gentilmente e introdujo la dispensación de la gracia, bajo la cual vivimos ahora.

Durante esta dispensación actual, Dios está haciendo algo que nunca se menciona en la profecía del Antiguo Testamento: formar un cuerpo de creyentes compuesto por judíos y gentiles, reconciliados consigo Mismo por la Cruz (Ef 2:16). Este cuerpo se llama “el cuerpo de Cristo”, ya que sus miembros están eternamente e inseparablemente unidos a Cristo por un divino bautismo. Este bautismo, a su vez, es algo totalmente separado y distinto del bautismo con el Espíritu en Pentecostés, y lo ha sustituido. Esto es evidente a partir de los siguientes hechos:

En Pentecostés, *el Señor Jesucristo fue el Bautista*, y Él bautizó a los creyentes con o en el Espíritu Santo.

Mt 3:11: “ÉL [CRISTO] OS BAUTIZARÁ EN ESPÍRITU SANTO...” (Cf. Lc 3:16).

Jn 15:26: “EL CONSOLADOR, EL CUAL YO OS ENVIARÉ DEL PADRE, EL ESPÍRITU DE VERDAD...ÉL DARÁ TESTIMONIO DE MÍ”.

Jn 16:7: “SI YO FUERE, OS LE ENVIARÉ”.

Hoy, sin embargo, bajo la dispensación de la gracia, el *Espíritu Santo es el Bautista*, que bautiza a los creyentes en Cristo y en Su Cuerpo.

1Co 12:13: “PORQUE POR UN ESPÍRITU SOMOS TODOS BAUTIZADOS EN UN CUERPO...”

Ga 3:27, 28: “PORQUE TODOS LOS QUE HABÉIS SIDO BAUTIZADOS EN CRISTO, DE CRISTO ESTÁIS VESTIDOS.

“NO HAY JUDÍO, NI GRIEGO; NO HAY SIERVO, NI LIBRE; NO HAY VARÓN, NI HEMBRA: PORQUE TODOS VOSOTROS SOIS UNO EN CRISTO JESÚS”.

A aquellos que remontarían el Cuerpo de Cristo de regreso a Pentecostés, les preguntamos: ¿Dónde en los primeros Hechos leemos que el Espíritu Santo bautiza a judíos y gentiles en un cuerpo conjunto, el Cuerpo de Cristo? Hasta Cornelio, los discípulos predicaron la Palabra *“solo a los Judíos”* (Hch 11:19) y, seguramente, la *reconciliación* de judíos y gentiles a Dios en un cuerpo no podía ser predicada hasta que los judíos como los gentiles hubieran sido alienados de Dios. Es por esto que leemos acerca de *“el extrañamiento de ellos [Israel]”* en relación con *“la reconciliación del mundo”* (Ro 11:15).

“Porque Dios encerró á TODOS en incredulidad, para tener misericordia de todos” (Ro 11:32).

Ciertamente, Dios todavía no había desechado a Israel o la había concluido en incredulidad en Pentecostés, ya que en Pentecostés, y por algún tiempo después, Dios todavía trataba a Israel como una nación, suplicándole que se arrepintiera, para que su Mesías regresara y trajera a Israel los largos tiempos prometidos del refrigerio (Hch 3:19-21).

Por otro lado, a quienes traen Pentecostés a la dispensación actual, preguntamos: ¿Dónde está la garantía bíblica para la continuación de una experiencia pentecostal en esta dispensación? Queda claro en Hechos y en las epístolas de Pablo

que el programa pentecostal se ha suspendido debido al rechazo a Cristo, y Su reino. Ciertamente, los dones de profecía, las lenguas y el conocimiento (sobrenatural) han pasado (1Co 13:8). Y así también con los dones de sanidad (Ro 8:22, 23; 2Co 4:16-5:4; 1Ti 5:23; 2Ti 4:20, etc.). El mismo Pablo, que se había salvado durante la era pentecostal y había poseído poderes milagrosos al menos tan grandes como los de los doce, escribe sobre su propia enfermedad:

“POR LO CUAL TRES VECES HE ROGADO AL SEÑOR, QUE SE QUITÉ DE MÍ.

“Y ME HA DICHO: BÁSTATE MI GRACIA; PORQUE MI POTENCIA EN LA FLAQUEZA SE PERFECCIONA...” (2Co 12:8, 9).

Y en cuanto a la *conducta* pentecostal en esta dispensación: ¿dónde, incluso entre los “Pentecostalistas”, la encontramos? Los primeros capítulos de Hechos no registran pecado ni error en las vidas de los creyentes en Pentecostés,¹⁹ pero hay un montón de ambos, no solo entre los “Pentecostalistas” como grupo, sino en cada “Pentecostalista” individual. Y en cuanto a vender todo y vivir el uno para el otro, muchos de sus líderes son ricos y aumentan en bienes, mientras que los que están debajo de ellos sufren la necesidad, tanto ricos como pobres que dan testimonio de que el programa Pentecostal se ha derrumbado y ha desaparecido. De hecho, desapareció durante la vida de Pablo, mientras que en Hch 4:34 leemos: *“Que ningún necesitado había entre ellos”*, más tarde encontramos a Pablo haciendo una colecta para *“los pobres de los santos que están en Jerusalem”* (Ro 15:26). Esto se debe a que el Rey y Su reino fue rechazado, pero *“cuando el pecado creció, sobrepujo la gracia”* (Ro 5:20) y hoy disfrutamos de bendiciones aún mayores, las bendiciones de *“la dispensación de la gracia de Dios”* (Ef 3:2) Los creyentes pentecostales vivieron agradando a Dios porque el Espíritu tomó control de ellos. Para nosotros, hay victorias morales y

¹⁹ Ananías y Safira intentaron unirse al grupo por engaño, pero fueron fulminados muertos.

espirituales que se pueden obtener, cuando nos apropiamos por la fe, lo que Dios provee por gracia.

EL ESPÍRITU SANTO Y EL CREYENTE HOY

La gracia y la fe son los rasgos característicos de la presente dispensación. La *salvación* no solo se declara ahora por gracia, por medio de la fe, sino que el Espíritu también opera en el creyente por gracia, por medio de la fe. Él no se apodera de nosotros y nos *causa* a hacer lo que es correcto, sino que mora dentro de cada creyente (1Co 6:19) para brindar la orientación necesaria y la fuerza para resistir la tentación, y podemos aprovechar esta provisión por la fe.

Ya hemos visto cómo el Espíritu, que nos impartió la vida por primera vez, también impartirá fuerzas para resistir la tentación y vencer el pecado. En nuestra incapacidad de incluso orar como deberíamos, *“el Espíritu ayuda nuestra flaqueza”* y *“pide por nosotros con gemidos indecibles”* (Ro 8:26). En nuestra debilidad somos *“corroborados con potencia en el hombre interior por Su Espíritu”* (Ef 3:16) e incluso Dios se inclina para *vivifica “también [nuestros] cuerpos mortales por Su Espíritu que mora en vosotros”* (Ro 8:11).

“ASÍ QUE, HERMANOS, DEUDORES SOMOS, NO Á LA CARNE, PARA QUE VIVAMOS CONFORME Á LA CARNE” (Vers. 12).

La implicación del pasaje anterior es que, aunque estamos muy tentados, somos deudores del *Espíritu* que mora en nuestro interior y proporciona poder de superación.

La cuestión, en tiempos de tentación, generalmente es si realmente *deseamos* vencer, porque *podemos* vencer en cualquier caso dado por gracia, a través de la fe. En la presente dispensación, *no* es verdad que el creyente *no pueda* pecar, pero sí que es bendito que en cualquier situación es *posible* que él *no* peque, porque el Espíritu siempre está allí para ayudar.

Si vamos a las Escrituras y reclamamos, por fe, la ayuda del Espíritu para superar nuestros pecados, entramos en el disfrute de la plenitud de la vida espiritual y la bendición. Si no lo hacemos, nos marchitamos y morimos—en lo que respecta a nuestra experiencia espiritual. Por supuesto, nunca podemos perder nuestra *salvación*, ya que la “vida eterna” se obtuvo por la fe en Cristo, no por caminar en el Espíritu. Esto se confirma por el hecho de que el mismo apóstol que suplica: “Y *no contristéis al Espíritu Santo de Dios*”, se apresura a agregar: “CON EL CUAL ESTÁIS SELLADOS PARA EL DÍA DE LA REDENCIÓN” (Ef 4:30).

Pero el fracaso en apropiarse de la provisión de la gracia de Dios para la victoria sobre el pecado resulta en la muerte en lo que concierne a nuestra experiencia cristiana. Esto es lo que quiere decir el apóstol, cuando dice, por el Espíritu:

“PORQUE LA INTENCIÓN DE LA CARNE ES MUERTE; MAS LA INTENCIÓN DEL ESPÍRITU, VIDA Y PAZ” (Ro 8:6).

“PORQUE SI VIVIEREIS CONFORME Á LA CARNE, MORIRÉIS; MAS SI POR EL ESPÍRITU MORTIFICÁIS LAS OBRAS DE LA CARNE, VIVIRÉIS” (Ro 8:13).

A los descuidados corintios, el apóstol Pablo exclamó:

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?

“Porque comprados sois por precio: glorificad pues á Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1Co 6:19, 20).

Este pasaje tal vez describe nuestra relación con el Espíritu Santo mejor que cualquier otro. Dios, por Su Espíritu, mora dentro de nosotros, y nuestros cuerpos están destinados a ser santuarios, templos, donde se le adora. En la medida en que se le da el lugar que le corresponde y se le adora verdaderamente—en la medida en que nuestros cuerpos se entregan a Su gloria—en esa medida el pecado será vencido, Dios exaltado y nosotros

bendecidos. Es cierto que el mundo, la carne y el diablo también claman por un lugar, pero debemos agradecer a Dios por las pruebas que surgen de esto. Alabamos a Dios por el privilegio de trabajar, sufrir y sacrificarnos por Él ahora, ya que ese privilegio siempre desaparecerá cuando seamos arrebatados para estar con Él. Alabamos entonces también a Él por las tentaciones que diariamente nos acosan, ya que cada tentación vencida nos otorgará una rica recompensa.

Dios no dice—Él no puede—decirnos: *“Todos estaban llenos del Espíritu Santo”*, pero Él nos presenta el glorioso objetivo: *“Sed llenos del Espíritu”* (Ef 5:18). Y a medida que buscamos, por la fe, realizar este objetivo, nuestras ricas y profundas bendiciones ya son nuestras, por no decir nada de las recompensas por venir. ¡Qué desafío para la fe!

No fue una victoria particular para los creyentes pentecostales ser llenos del Espíritu, porque el Espíritu simplemente tomó posesión de ellos de acuerdo con Su propia voluntad y promesa soberana. Pero las grandes victorias espirituales son nuestras, ya que nosotros, a través del Espíritu, mortificamos las obras de la carne para que nuestros cuerpos puedan ser los templos de Dios. ¡Que Dios nos conceda muchas victorias a medida que le tomamos en Su Palabra!

“No contristéis al Espíritu Santo” (Ef 4:30).

“Andad en el Espíritu” (Ga 5:16).

“Sed llenos de Espíritu” (Ef 5:18).

Capítulo VIII

LA RELACIÓN DE LA VERDADERA ESPIRITUALIDAD CON LA PALABRA DE DIOS

LA CLASIFICACIÓN CUÁDRUPLE DE PABLO DE LA RAZA HUMANA

En las epístolas paulinas, la raza humana está dividida, por el Espíritu, en cuatro clases:

El hombre *natural*.

El *bebé* en Cristo.

El cristiano *carnal*.

El cristiano *espiritual*.

Los cuatro de estos se mencionan en un pasaje de las Escrituras (1Co 2:14-3:4) y debe notarse que se clasifican de acuerdo con su capacidad para apreciar y asimilar “las cosas de Dios” como se revela en Su Palabra. Citamos el pasaje aquí en su totalidad:

“Mas el hombre ANIMAL [NATURAL] no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura: y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente.

“Empero el ESPIRITUAL juzga todas las cosas; mas él no es juzgado de nadie.

“Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿quién le instruyó? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo.

“De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como á espirituales, sino como á CARNALES, como á NIÑOS en Cristo.

“Os dí á beber leche, y no vianda: porque aun no podíais, ni aun podéis ahora;

“Porque todavía sois carnales: pues habiendo entre vosotros celos, y contiendas, y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?

“Porque diciendo el uno: Yo cierto soy de Pablo; y el otro: Yo de Apolos; ¿no sois carnales?”

EL HOMBRE NATURAL

El hombre “natural” o *animal/sensual* es el hombre que describimos en el primer capítulo de este libro; el hijo caído de Adam caído, como él es, sin Dios; su alma caída dominando todo su ser. Dios dice con respecto a él, que él *“no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios”*, que *“le son locura: y no las puede entender”* (1Co 2:14). Esto es así incluso cuando se trata de la simple “palabra de la cruz”, porque leemos que “la palabra de la cruz es locura á los que se pierden” (1Co 1:18).

Esto no pretende ser una reprimenda. Es una simple declaración del hecho. El hombre, por naturaleza, no recibe las cosas del Espíritu, “y no las puede entender”. Según los estándares mundanos, puede ser generoso y amable, dotado, culto y refinado; puede estar en posesión de poderes intelectuales superiores, sí, e incluso ser bastante religioso, pero con todo esto, sigue siendo totalmente incapaz de comprender “las cosas de Dios”. ¿Por qué? *“Porque se han de examinar espiritualmente”* (1Co 2:14).

“Las cosas de Dios” deben permanecer completamente incomprensibles para el hombre más sabio y religioso de la tierra hasta que Dios se las *revele* por medio de Su Espíritu (1Co 2:10) y esto se presenta solo cuando Dios *le imparte* el Espíritu:

“Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1Co 2:11).

Un animal no puede apreciar “las cosas del hombre”, por la simple razón de que posee una naturaleza animal, en lugar de la naturaleza humana. De la misma manera, el hombre, como es,

no puede entender “las cosas de Dios”, a menos que Dios le dé *Su* naturaleza. De hecho, el hombre ni siquiera puede entender verdaderamente el mundo animal, que está debajo de él; ¿cómo podría él entender a Dios, quien está por encima de él, a menos que el *Espíritu* de Dios se lo imparta?

Esto explica por qué, de otro modo, los hombres inteligentes fallan, no importa cómo intenten, asimilar verdades espirituales que parecen tan simples para el hijo de Dios; explica por qué los grandes líderes intelectuales pueden hacer el ridículo cuando comienzan a discutir “las cosas de Dios”; de hecho, explica por qué incluso los líderes *religiosos* pueden mostrar una ignorancia tan abismal de las verdades espirituales tan claramente reveladas en la Palabra, ya que ni la perspicacia intelectual ni el celo religioso califican o permiten al hombre natural entender las cosas de Dios. El hombre, por naturaleza, solo puede conocer “las cosas de un hombre” porque solo tiene “el espíritu del hombre” dentro de él (1Co 2:11).

A este respecto, el apóstol no divide a los no salvos en clases, ya que *todos* están *igual*, y *totalmente*, en la oscuridad en cuanto a “las cosas del Espíritu de Dios”. Pueden observar y reconocer ciertos hechos que les dan la sensación de estar en el “camino correcto”, pero en realidad están en tal oscuridad espiritual que no pueden comprender por completo las cosas que la Palabra revela acerca de Dios, o entender y tener comunión con Dios Mismo.

Pero el apóstol clasifica a los salvos en tres grupos, de los cuales el primero en ser considerado es:

EL BEBÉ EN CRISTO

Se observará que cuando Pablo llegó por primera vez a los corintios en su condición de no salvos, les proclamó “*Cristo crucificado*”:

“Así que, hermanos, cuando fuí á vosotros...no me propuse saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y á Éste crucificado” (1Co 2:1, 2).

La razón de esto no es difícil de determinar. Fue por la “*muerte de cruz*” que nuestro bendito Señor nos consiguió la salvación, de ahí que es por “*la palabra de la cruz*” que el Espíritu obra en los corazones de los hombres para salvarlos. En la cruz, nuestro Señor pagó el justo castigo por el pecado, y el Espíritu usa la proclamación de este hecho para condenar y convertir a los perdidos; así, por una doble razón, se dice que la predicación de la cruz es el *poder* de Dios para la salvación.

“Porque la palabra de la cruz es locura á los que se pierden; mas á los que se salvan, es á saber, á nosotros, es potencia de Dios” (1Co 1:18).²⁰

“Mas NOSOTROS PREDICAMOS Á CRISTO CRUCIFICADO...Empero á los llamados, así Judíos como Griegos, CRISTO POTENCIA DE DIOS, Y SABIDURÍA DE DIOS” (1Co 1:23, 24).

“Además OS DECLARO, hermanos, EL EVANGELIO QUE OS HE PREDICADO...POR EL CUAL ASIMISMO...SOIS SALVOS...QUE CRISTO FUÉ MUERTO POR NUESTROS PECADOS...que fué sepultado, y que resucitó al tercer día...” (1Co 15:1-4).

“Porque no me avergüenzo del evangelio: porque ES POTENCIA DE DIOS PARA SALUD á todo aquel que cree...PORQUE EN ÉL LA JUSTICIA DE DIOS SE DESCUBRE...” (Ro 1:16, 17).

La “palabra de la cruz”, entonces, es lo que el Espíritu Santo usa para salvar a los hombres. Incluso este mensaje, sin duda, es una “locura” para ellos hasta que el Espíritu opera dentro de ellos y les hace ver, pero Él no usa otro. Ningún hombre en la presente dispensación se salva aparte de la predicación de la cruz. Solo cuando ese mensaje se predica, y el Espíritu Santo lo revela al corazón, el hijo de Adam se engendra de nuevo y se convierte en un bebé en la familia de Dios; un “*bebé en Cristo*”.

²⁰ Al predicar la cruz como *buenas nuevas*, sin embargo, no conocemos a Cristo “según la carne” (Cf. 2Co 5:16; Heb 2:9. Y véase el folleto del escritor: *La Palabra de la Cruz*).

El “bebé en Cristo” no está, por supuesto, listo para el *“manjar sólido”*, el alimento sólido de la Palabra. Aún no pudo digerir *“lo profundo de Dios”* (Heb 5:13, 14, cf., 1Co 2:10), pero primero debe alimentarse de la *“leche espiritual”* (1P 2:2) las verdades elementales del evangelio, por las cuales fue salvo y en donde debe aprender a pararse (1Co 15:1, 2).

Los bebés en Cristo difícilmente pueden llamarse “carnales” o “espirituales”, ya que las cosas que hacen y dicen pueden atribuirse en gran medida al hecho de que aún no han crecido. Sin embargo, pueden tener una *“intención de la carne [mente carnal]”* o una *“intención del espíritu [mente espiritual]”* (Ro 8:6). Si tienen una *“intención de la carne”*, se marchitarán y se secarán, en lugar de crecer, y se convertirán en cristianos carnales, que ya no poseen ni la floración ni la frescura de la juventud. Si son “espirituales”, florecerán y crecerán desde la frescura de la infancia espiritual hasta el vigor de la madurez espiritual,

“Porque la intención de la carne es muerte;²¹ mas la intención del espíritu, vida y paz” (Ro 8:6).

¿Qué es ser de “intención del espíritu”? Simplemente estar vitalmente interesado en las cosas de Dios, como se revela en la Palabra de Dios. Que el criterio de espiritualidad del hombre sea lo que sea; Dios es simplemente esto: ¿Cuán interesado está este hijo Mío en lo que tengo que decir y desearle que haga? ¿Cuánto ha crecido en el conocimiento de ello? Por lo tanto, es un esfuerzo sincero por conocer y obedecer la Palabra de Dios, que produce la verdadera espiritualidad. La Palabra es el alimento en el que crecemos. Es por esto que se exhorta a los bebés en Cristo:

²¹ Esto, por supuesto, tiene que ver con la experiencia del creyente. No significa que los salvos puedan perderse de nuevo, sino que en lo que concierne a la experiencia cristiana, la mentalidad carnal trae muerte.

“DESEAD, COMO NIÑOS RECIÉN NACIDOS, LA LECHE [GENUINA] ESPIRITUAL, SIN ENGAÑO, PARA QUE POR ELLA CREZCÁIS EN SALUD” (1P 2:2).

“HASTA QUE TODOS LLEGUEMOS Á LA UNIDAD DE LA FE Y DEL CONOCIMIENTO DEL HIJO DE DIOS, Á UN VARÓN [MADURO] PERFECTO, Á LA MEDIDA DE LA EDAD DE LA PLENITUD DE CRISTO:

“QUE YA NO SEAMOS NIÑOS FLUCTUANTES, Y LLEVADOS POR DOQUIERA DE TODO VIENTO DE DOCTRINA, POR ESTRATAGEMA DE HOMBRES QUE, PARA ENGAÑAR, EMPLEAN CON ASTUCIA LOS ARTIFICIOS DEL ERROR:

“ANTES SIGUIENDO [RETENIENDO] LA VERDAD EN AMOR, CREZCAMOS EN TODAS COSAS EN AQUEL QUE ES LA CABEZA, A SABER, CRISTO” (Ef 4:13-15).

EL CRISTIANO CARNAL

¿Cuántas veces nos han recordado a todos la exhortación del apóstol Pedro: *¡“Desead...la leche [genuina] espiritual”!*? Pero, cuan pocas veces se han enfatizado estas palabras *en su relación con el resto del versículo:*

“Desead, COMO NIÑOS RECIÉN NACIDOS, la leche espiritual, sin engaño, PARA QUE POR ELLA CREZCÁIS EN SALUD” (1P 2:2).

¡Cuántas veces los predicadores del evangelio han usado como lema las palabras de Pablo a los corintios: *“Porque no me propuse saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y á Éste crucificado”!* (1Co 2:2). “Cristo crucificado”, ellos piensan, es la mera cúspide de la verdad cristiana, cuando de hecho es sólo el principio, la fundación, porque el apóstol continúa escribiendo en este mismo pasaje:

“EMPERO HABLAMOS SABIDURÍA DE DIOS ENTRE PERFECTOS [MADUROS]...” (1Co 2:6).

¡Cuántos hay, incluso entre aquellos que han conocido a Cristo durante años, que se jactan de creer en la Biblia pero muestran poco o ningún deseo de *entenderla*! En lugar de *estudiar* para alcanzar una mejor comprensión de la Palabra de Dios y llegar a ser tales como saber cómo *manejar* “la espada del Espíritu”, se jactan de no haber llegado más allá de “las cosas simples”. Para ellos la Biblia es en realidad poco más que un fetiche; Un Libro místico que contiene muchos pasajes maravillosos y reconfortantes. Dan las maldiciones y los pasajes difíciles, pero pasan miradas pasajeras y eligen para su meditación y discusión solo aquellas que “excitan sus corazones”.

La Biblia misma llama a tales personas *carnales* o *materiales* (Gr., *sarkikós*). Ellos poseen el Espíritu, pero caminan según la carne, con poco interés en aprender lo que el Espíritu les haría saber. Han nacido de Dios pero no han *crecido*. En realidad, no son bebés, ya que han sido salvos el tiempo suficiente para haber alcanzado la madurez espiritual, pero al no haber crecido deben ser tratados “*como niños*”. Fue entre tales que el apóstol los determinó no saber nada, excepto a Jesucristo y a Él crucificado (1Co 2:2, cf. 3:1-4). El hombre natural, por supuesto, no puede asimilar ni siquiera esto. El cristiano carnal, como el bebé en Cristo, puede comprender el hecho de que Cristo murió por él, pero puede digerir poco más que esto. A tales escribió el apóstol, por inspiración:

“De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como á espirituales, sino como á carnales, como á niños en Cristo.

“Os dí á beber leche, y no vianda: porque aun no podíais, ni aun podéis ahora” (1Co 3:1, 2).

“Porque debiendo ser ya maestros á causa del tiempo, tenéis necesidad de volver á ser enseñados cuáles sean los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado á ser tales que tengáis necesidad de leche, y no de manjar sólido.

“Que cualquiera que participa de la leche, es inhábil para la palabra de la justicia, porque es niño” (Heb 5:12, 13).

CRECIMIENTO RETARDADO

¡Qué alegría y compañerismo hay en reuniones donde los recién salvados están presentes! En el reino espiritual, así como en el físico, *¡todos aman a un bebé!* Pero la alegría que llena los corazones de los padres amorosos se convierte en un dolor amargo y decepción si su bebé no crece. La última condición es tan indescritiblemente triste y vergonzosa como la primera es alegre. Así es en el ámbito del espíritu.

El cristiano carnal no ha crecido. Continúa en un estado de infancia prolongada. Debe ser mantenido exclusivamente con una dieta láctea porque, aunque se ha salvado durante años, todavía no puede “soportar” alimentos sólidos, aún “es inhábil para la Palabra” y necesita que le enseñen las cosas elementales.

LAS EVIDENCIAS DEL CRECIMIENTO RETARDADO

El crecimiento espiritual tardío se evidencia de muchas maneras, todas las cuales están bajo el título de carnalidad o carestía. Los corintios, tan severamente reprendidos por su carnalidad por el Apóstol Pablo, se dice que habían sido descuidados acerca de la moral (1Co 5:1) hinchados (1Co 4:18; 5:2) desconsiderados el uno al otro (1Co 6:14; 8:1, 9, 12) egoístas (2Co 8:6-11; 11:7-9). Mientras poseían el Espíritu, *caminaban* tras la carne.

“Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, disolución,

“Idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías,

“Envidias, homicidios, borracheras, banquetes, y cosas semejantes á éstas: de las cuales os denuncio, como ya os he

anunciado, que los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios.²²

“Mas el fruto del Espíritu es: caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe,

“Mansedumbre, templanza: contra tales cosas no hay ley” (Ga 5:19-23).

Una de las indicaciones más marcadas del crecimiento espiritual retardado es el interés propio y la lucha por el partido, como se ve en el caso de los creyentes corintios. Eran espiritualmente pequeños y mezquinos, por lo que el apóstol tuvo que escribirles:

“Porque todavía sois carnales: pues habiendo entre vosotros celos, y contiendas, y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?

“Porque diciendo el uno: Yo cierto soy de Pablo; y el otro: Yo de Apolos,²³ ¿no sois carnales?” (1Co 3:3, 4).

No está en vano que la exhortación de Pedro a “niños recién nacidos” a “Desead...la leche espiritual, sin engaño” para que “por ella crezcáis”, esté precedida por las palabras: *“Dejando pues toda malicia, y todo engaño, y fingimientos, y envidias, y todas las detracciones” (1P2:1).*

Del mismo modo el apóstol Pablo escribe:

“Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que sois llamados;

²² Obviamente, esto no significa que los *salvados* que se entregan a estas cosas se pierdan, porque Dios nos considera perfectos en Cristo (Ef 1:6; Col 2:10). Después de una lista similar, el apóstol les dice a los creyentes corintios que han fallado: *“Y esto erais algunos: mas ya sois lavados...en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1Co 6:11).* Por eso debemos desear con todo nuestro corazón complacerlo y honrarlo.

²³ Como si Pablo y Apolos fueran rivales.

**“CON TODA HUMILDAD Y MANSEDUMBRE, CON PACIENCIA
SOPORTANDO LOS UNOS Á LOS OTROS EN AMOR;**

**“SOLÍCITOS Á GUARDAR LA UNIDAD DEL ESPÍRITU EN EL
VÍNCULO DE LA PAZ.**

“UN CUERPO...” (Ef 4:1-4).

Hacemos bien en prestar atención a estas advertencias hoy en día, con la Iglesia profesante dividida en cientos de denominaciones. Pensar o hablar en términos de “mi iglesia” o “nuestra iglesia”, en lugar de “*la iglesia*”, considerar solo el yo y la fiesta, es una señal de inmadurez espiritual. Es infantil y mezquino, y los creyentes sinceros deben crecer a partir de tal actitud.

En relación con esto, el apóstol escribe a los corintios: “*¿No sois carnales y andáis como hombres?*” es decir, como otros hombres, en su estado natural, no salvos. Esto resume acertadamente la condición del cristiano carnal. Él es salvo, pero *camina*, en muchos aspectos, como los que no son salvos a su alrededor. Colócalo entre un grupo de personas no salvos, y será difícil notar la diferencia. Afortunadamente, se nos dice en 2Ti 2:19 que “*Conoce el Señor á los que son Suyos*”, pero este pasaje continúa diciendo: “*Y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo*”. Gracias a Dios, los creyentes más simples ya no son “hijos de la ira, también como los demás”, sino que los creyentes que caminan “como hombres” seguramente sufrirán pérdidas en el tribunal de Cristo.

LA CAUSA DE CRECIMIENTO RETARDADO

En el ámbito físico, el crecimiento retardado puede deberse a algún contratiempo o puede ser simplemente uno de los resultados de la maldición, ya que no tiene relación directa con el comportamiento de los padres, y ciertamente no del propio niño. En el ámbito espiritual esto no es así. Dios ha hecho abundantes

provisiones para que cada hijo de Dios crezca a la condición de hombre espiritual, y Pablo reprende a los creyentes corintios por *no* haber crecido.

El problema con los corintios era que no tenían mucho apetito por la Palabra; no tenían una pasión por conocer y obedecer la verdad ya que el bebé en Cristo que “*desea*” la leche pura de la Palabra seguramente “*por ella crezcáis*”. Este fue el problema con los creyentes hebreos también, porque cuando el apóstol hubiera ido más allá en el gran tema de Cristo como “pontífice según el orden de Melchisedec”, se vio obligado a escribir:

“Del cual tenemos mucho que decir, y dificultoso de declarar, POR CUANTO SOIS FLACOS [Gr., *nodsρός* PERESZO] PARA OIR” (Heb 5:11).

Y esta es precisamente la causa de la carnalidad entre los creyentes de hoy.

Durante la Segunda Guerra Mundial hubo varias ocasiones en que los padres acudieron al escritor con cartas de sus hijos en las fuerzas armadas, explicando que un código había sido arreglado mediante el cual “Johnny” podía informarles a qué escenario de la guerra le habían enviado, pero que ahora le era difícil de entender su carta. Juntos, nos sentábamos y estudiábamos la carta en detalle, en un esfuerzo por entender exactamente qué era lo que “Johnny” estaba tratando de hacer entender a sus padres.

¡Tal interés y preocupación por una carta de “Johnny”! y apropiadamente, pero, ¿la mayoría de los creyentes han mostrado tal interés en *la Palabra de Dios para ellos*? ¿Están tan preocupados por entender su contenido como lo estarían en una carta de “Johnny”? Ellos no lo están. Están satisfechos con “las cosas simples”, con conocer solo algunos pasajes que “excitan

sus corazones”. Esto es lo que está detrás de su inmadurez espiritual y su carnalidad.

CREYENTES RESPONSABLES DE CRECER

Dejémoslo, entonces, y nunca lo olvidemos: *Dios nos hace responsables de crecer hasta la madurez espiritual a través del estudio sincero y diligente de Su Palabra.*

A los recién salvados les dice:

“Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual, sin engaño, PARA QUE POR ELLA CREZCÁIS EN SALUD” (1P 2:2).

“MAS CRECED EN LA GRACIA Y CONOCIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO” (2P 3:18).

A los que han sido salvos por algún tiempo, les dice:

“DEBIENDO SER YA MAESTROS” (Heb 5:12).

A *todos* les dice:

“Que cualquiera que participa de la leche, es inhábil para la Palabra de la justicia, porque es niño;

“Mas la vianda firme [comida sólida] es para los perfectos, para los que por la costumbre tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.

“POR TANTO, DEJANDO LA PALABRA DEL COMIENZO EN LA DOCTRINA DE CRISTO, VAMOS ADELANTE Á LA PERFECCIÓN [MADURÉZ]” (Heb 5:13-6:1).

“QUE YA NO SEAMOS NIÑOS FLUCTUANTES, y llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que, para engañar, emplean con astucia los artificios del error:

“Antes siguiendo la verdad en amor, CREZCAMOS en todas cosas en Aquel que es la Cabeza, a saber, Cristo” (Ef 4:14, 15).

EL CRISTIANO ESPIRITUAL

“Empero el espiritual juzga [discierne] todas las cosas; mas él no es juzgado [discernido] de nadie.

“Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿quién le instruyó? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo” (1Co 2:15, 16).

Solo en el pasaje anterior es evidente que el cristiano espiritual está muy por encima del cristiano carnal o del bebé en Cristo—ciertamente por encima del hombre natural—en lo que respecta al *discernimiento espiritual*. Él discierne todas las cosas, pero nadie puede discernirlo, porque él está espiritualmente por encima de ellas. “Porque ¿quién”, le pregunta el apóstol, “conoció la mente del Señor? ¿quién le instruyó?”

A través del estudio diligente y en oración de la Palabra, y con un sincero deseo de obedecerla, el hombre espiritual ha llegado a entender a Dios y a conocer a Su Hijo cada vez más íntimamente. Los bebés en Cristo y los creyentes carnales a su alrededor no pueden “juzgar” o “discernirlo” simplemente porque no han llegado a conocer a *Dios* como él. Pero él, habiendo crecido hasta la madurez espiritual, *los* entiende bastante, porque tiene “la mente de Cristo”. Él es uno de los que escribió:

“Mas la vianda firme [alimento sólida] es para los perfectos, para los que por la costumbre tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal” (Heb 5:14).

Por lo tanto, hay una gran diferencia entre el mero *hijo* de Dios y el *hombre* de Dios. El hijo inmaduro de Dios puede digerir la leche de la Palabra y *transmitirla* a otros, pero necesariamente debe estar muy lejos de la voluntad de Dios para él. Pero del *hombre* de Dios leemos:

“TODA ESCRITURA es inspirada divinamente y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia,

“PARA QUE EL HOMBRE DE DIOS SEA PERFECTO [COMPLETO], ENTERAMENTE INSTRUÍDO PARA TODA BUENA OBRA” (2Ti 3:16, 17).

LO PROFUNDO DE DIOS

Pero, ¿qué es esta *“vianda”*, este *“alimento sólido”* de la Palabra? ¿Qué es esto de *“lo profundo de Dios”*, esta *“sabiduría”*, que Pablo proclamó a la madurez espiritual?

El apóstol nos da la respuesta cuando dice:

“Empero hablamos sabiduría de Dios entre perfectos; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que se deshacen:

“MAS HABLAMOS SABIDURÍA DE DIOS EN MISTERIO, LA SABIDURÍA OCULTA, LA CUAL DIOS PREDESTINÓ ANTES DE LOS SIGLOS PARA NUESTRA GLORIA” (1Co 2:6, 7).²⁴

La *“sabiduría”* que Pablo dio a conocer a los creyentes maduros, entonces, se refería a *“el misterio”*, el secreto del propósito eterno de Dios y de todas Sus buenas nuevas; La verdad más preciosa y exaltada en toda la Palabra de Dios.

El apóstol dice de este gran cuerpo de verdad que los creyentes están establecidos por él (Ro 16:25) que Dios quiere que Sus santos conozcan las riquezas de su gloria (Col 1:27) que une a los corazones en amor y da la seguridad total de la *comprensión* (Col 2:2). Él lo llama *“las inescrutables riquezas de Cristo”* (Ef 3:8) y ora por puertas abiertas y boca abierta para proclamarla (Ef 6:19, 20; Col 4:3, 4) y mentes abiertas y corazones para recibirlo (Ef 1:15-23; 3:14-21). Naturalmente, el demonio lo odia y los que lo defienden tendrán que sufrir, como Pablo, (2Ti 2:8-9; Ef 6:10-20), pero tal sufrimiento es dulce—*“la participación de Sus padecimientos”*.

²⁴ En el versículo 7 de la Versión Autorizada Inglesa los traductores erróneamente agregaron palabras en cursivas.

Pero, por desgracia, la gran mayoría de los cristianos están demasiado dispuestos a esperar hasta que lleguen al cielo para comprender estas gloriosas verdades, sin darse cuenta de que su indiferencia ante la Palabra de Dios escrita les costará muy caro en recompensas en el tribunal de Cristo. Cuántos hay que suponen que el apóstol se refiere al cielo cuando dice:

“Antes, como está escrito: Cosas que ojo no vió, ni oreja oyó, Ni han subido en corazón de hombre, Son las que ha Dios preparado para aquellos que le aman” (1Co 2:9).

Pero Pablo no se refiere al cielo aquí. Se refiere a las verdades que *ahora se dan a conocer*, porque continúa diciendo:

“EMPERO DIOS NOS LO REVELÓ Á NOSOTROS POR EL ESPÍRITU: porque el Espíritu todo lo escudriña, aun LO PROFUNDO DE DIOS” (1Co 2:10).

No es con respecto al cielo, sino con respecto a las riquezas de la misericordia de Dios para todos bajo la presente dispensación del misterio, que el apóstol exclama:

“Porque Dios encerró á todos en incredulidad, para tener misericordia de todos.

“¡OH PROFUNDIDAD DE LAS RIQUEZAS DE LA SABIDURÍA Y DE LA CIENCIA DE DIOS! ¡CUÁN INCOMPREENSIBLES SON SUS JUICIOS, E INESCRUTABLES SUS CAMINOS!” (Ro 11:32, 33).²⁵

ENTENDIMIENTO ESPIRITUAL

Ya hemos visto que es un estudio honesto y devoto de la Palabra, no una experiencia emocional religiosa, lo que nos lleva a la madurez y comprensión espiritual. ¿Pero no requiere poderes intelectuales superiores para entender “lo profundo de Dios”? De hecho no. Los intelectos superiores de hombres inconversos son incapaces de apreciar incluso las “simples”

²⁵ Note la frase “inescrutables” es la misma en el original como “inescrutable” en Ef 3:8, donde el apóstol ha estado revelando el misterio del Cuerpo de Cristo.

verdades de la Palabra, porque, como ya hemos visto, “*se han de examinar espiritualmente*” (1Co 2:14). Y en cuanto al misterio, el apóstol escribió que fue “revelado á Sus santos apóstoles y profetas *en el Espíritu*” (Ef 3:5).

El misterio no es simplemente algo más difícil de comprender intelectualmente, ya que el apóstol declara específicamente que *no* es la sabiduría “de este siglo” sino “la sabiduría de Dios” (1Co 2:6, 7) y que solo por el Espíritu de Dios puede ser entendida y apreciada. Esto explica por qué muchos de los creyentes más humildes se regocijan en el misterio y lo comprenden con tanta claridad, mientras que muchos grandes teólogos y líderes religiosos no lo comprenden y siguen confundiéndolo con el programa profetizado de Dios con respecto al *reino* de Cristo. El misterio no es “difícil de entender” debido a que los hombres sean lentos de *mente* para *entender*, sino porque son “tardos de *corazón* para *creer*”, porque el diablo, que “cegó los entendimientos de los *incrédulos*” también busca evitar que el pueblo de Dios vea y se regocije en la verdad del misterio con sus riquezas de gracia, su “un cuerpo” y su “un bautismo”. Esta es la razón por la cual el apóstol oró tan fervientemente para que los creyentes a quienes él ministró reciban una “*espiritual inteligencia*” para captar el mensaje glorioso que le encargaron que proclamara:

“[Yo] No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones;

“Que el Dios del Señor nuestro Jesucristo, el Padre de gloria, os dé ESPÍRITU DE SABIDURÍA Y DE REVELACIÓN PARA SU CONOCIMIENTO;

“ALUMBRANDO LOS OJOS DE VUESTRO ENTENDIMIENTO [Lit., CORAZÓN], para que sepáis cuál sea la esperanza de su vocación, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos,

“Y cuál aquella supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos...” (Ef 1:16-19).

“Por lo cual...no cesamos de orar por vosotros, y de pedir QUE SEÁIS LLENOS DEL CONOCIMIENTO DE SU VOLUNTAD, EN TODA SABIDURÍA Y ESPIRITUAL INTELIGENCIA;

“PARA QUE ANDÉIS COMO ES DIGNO DEL SEÑOR, AGRADÁNDO LE EN TODO, FRUCTIFICANDO EN TODA BUENA OBRA, Y CRECIENDO EN EL CONOCIMIENTO DE DIOS” (Col 1:9, 10).

“A saber, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, mas ahora ha sido manifestado á Sus santos:

“A los cuales quiso Dios hacer notorias las riquezas de la gloria de este misterio entre los Gentiles; que es Cristo en vosotros la esperanza de gloria:

“El cual nosotros anunciamos, amonestando á todo hombre, y enseñando en toda sabiduría, para que presentemos á todo hombre perfecto [maduro] en Cristo Jesús:

“En lo cual aun trabajo, combatiendo según la operación de él, la cual obra en mí poderosamente.

“Porque quiero que sepáis cuán gran solicitud tengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca vieron mi rostro en carne;

“Para que sean confortados sus corazones, unidos en amor, y EN TODAS RIQUEZAS DE CUMPLIDO ENTENDIMIENTO PARA CONOCER [Gr., *epígnosis*, PLENO DISCERNIMIENTO] EL MISTERIO DE DIOS, Y DEL PADRE, Y DE CRISTO;

“EN EL CUAL ESTÁN ESCONDIDOS TODOS LOS TESOROS DE SABIDURÍA Y CONOCIMIENTO” (Col 1:26-2:3).²⁶

²⁶ Los bebés que siguen llorando por “la leche espiritual” y desean solo lo que “excita sus corazones”, deben tomar nota de las palabras, sabiduría, revelación, conocimiento,

¿DÓNDE NOS ENCONTRAMOS?

Al concluir esta parte de nuestro estudio, se plantean algunas preguntas básicas.

Si los cristianos carnales “andáis como hombres” en lugar de como Cristo, ¿es hoy la Iglesia mayormente carnal o espiritual? Si las divisiones entre los creyentes evidencian la carnalidad, ¿es hoy la Iglesia mayoritariamente carnal o espiritual? Si el misterio revelado a través de Pablo no puede ser apreciado por los creyentes carnales, sino solo por los espirituales, ¿es hoy la Iglesia mayoritariamente carnal o espiritual?

Aquí debemos ser cuidadosos, porque los mejores de nosotros debemos reconocer humildemente que todavía estamos lejos de haber alcanzado la *plena* madurez espiritual, y debemos decir con Pablo: “*No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto*” (Flp 3:12).

A la luz de esto, ¿no nos uniremos al apóstol en oración por nosotros mismos y por toda la familia de la fe, y no agregaremos trabajo arduo para orar fervientemente, para que realmente seamos aprobados por Dios, obreros que no tienen por qué avergonzarse, trazando bien la Palabra de verdad?

“HASTA QUE TODOS LLEGUEMOS Á LA UNIDAD DE LA FE Y DEL CONOCIMIENTO DEL HIJO DE DIOS, Á UN VARÓN PERFECTO, Á LA MEDIDA DE LA EDAD DE LA PLENITUD DE CRISTO” (Ef 4:13).

LA SUPREMA IMPORTANCIA DE LA PALABRA DE DIOS PARA EL CREYENTE

Puesto que, como hemos visto, un interés en la Palabra de Dios y su comprensión son las primeras y más seguras señales de

iluminación, comprensión y conocimiento completo, en este pasaje. De hecho, sus corazones serían excitados si solo estudiaran la Palabra, pidiéndole a Dios que la entendieran espiritualmente para asimilarla.

la verdadera espiritualidad, es evidente que la Biblia siempre tendrá el primer lugar en la vida del cristiano espiritual.

Es de suma importancia que entendamos esto, ya que algunos que se *sienten* bastante espirituales dedican mucho tiempo a la oración, pero poco o nada al estudio de la Palabra. Tales han caído en el sutil engaño del adversario para jugar con su orgullo humano natural y causarles exaltarse a sí mismos y empujar a Dios hacia el fondo.

Al decir esto, no minimizamos ni por un momento la importancia de la oración, como demostraremos cuando discutamos el tema más adelante; sólo enfatizamos la importancia *suprema* de la santa Palabra de Dios. En esto somos seguramente bíblicos, porque David dice, por inspiración:

“PORQUE HAS ENGRANDECIDO...TU PALABRA SOBRE TODAS LAS COSAS” (Sal 138:2, VRV-1960).

De aquellos que todavía objetarían y pondrían el primer énfasis en la oración en lugar de en la Palabra, haríamos una simple pregunta: ¿Qué es más importante, lo que tenemos que decirle a Dios o lo que *Él* tiene que decir a *nosotros*? Puede haber solo una respuesta a esta pregunta, porque obviamente lo que Dios tiene que decirnos es infinitamente más importante que cualquier cosa que podamos tener que decirle. Nuestras oraciones están tan llenas de fracasos como nosotros, pero la Palabra de Dios es infalible, inmutable y eterna.

Sin embargo, algunos, habiendo caído en una de las “maquinaciones” de Satanás y sintiéndose bastante espirituales al respecto, son como la persona habladora a la que uno escucha y escucha, asintiendo con la cabeza de vez en cuando, pero recibiendo poca o ninguna oportunidad de “obtener una palabra de canto” *Ellos* hacen la plática; Dios hace todo el escuchar.

Esperan que Dios les preste mucha atención a sus oraciones, pero muestran poco interés en *Su Palabra*.

LA ÚNICA COSA ESENCIAL

El lugar de la Palabra en la vida del creyente se establece de una vez por todas en el registro inspirado de una de las visitas de nuestro Señor a la casa de María y Marta (Lc 10:38-42). Los comentarios sobre este pasaje generalmente señalan que *tanto* María como Marta tuvieron sus puntos positivos. Esto, por supuesto, es cierto, pero si nos limitamos a esta observación, le robamos la explicación de su lección, ya que nuestro Señor *no* elogió a ambas hermanas por sus “buenos puntos”. Reprendió a Marta y elogió y defendió a María con respecto a *un asunto en particular*.

¿Por qué exactamente fue elogiada María? ¡Cuántas veces ha sido representada como un ejemplo para que pasemos más tiempo con el Señor en oración! Pero esto de nuevo está perdiendo el sentido del pasaje. María no estaba orando; ella *“sentándose á los pies de Jesús, OÍA SU PALABRA”*. Ella se quedó allí sentada, bebiendo todo lo que Él tenía que decir. Esto era *“la única cosa esencial”* que María *“escogió”* y que nuestro Señor dijo que *“no le será quitada”*. Por lo tanto, si bien la oración, el testimonio y las buenas obras tienen su importancia en la vida del creyente, *escuchar la Palabra de Dios es “la única cosa esencial”* por encima de todas las demás. De hecho, que a esta *“única cosa”* se le dé el lugar que le corresponde y el resto seguirá de forma natural.

Por supuesto, se nos concede que incluso debemos estudiar la Palabra en oración y con el corazón abierto, o tendrá resultados desastrosos en lugar de beneficios, pero esto solo va a poner aún más énfasis en la importancia suprema de la Palabra de Dios, que buscamos, mediante el estudio sincero y en oración, para comprender y obedecer.

TRAZANDO BIEN LA PALABRA

Sin embargo, no se debe suponer que es suficiente con utilizar la Biblia como un gran libro de dichos maravillosos de los cuales podemos elegir lo que deseamos para nuestra inspiración,

ni nadie que realmente se da cuenta de que “Dios ha hablado” nunca sostendrá una opinión tan superficial de las sagradas Escrituras.

“La Palabra de verdad” se debe “trazar bien”; porque mientras todo está dado para nuestro beneficio espiritual, no fue todo dirigido *a* nosotros, ni escrito *acerca* de nosotros. Por lo tanto, alguien que realmente desee entender y obedecer la Palabra de Dios buscará primero determinar qué Escrituras están particularmente relacionadas con él y estudiará todo lo demás a la luz de estas.

Lamentablemente, sin embargo, hay muchos que no le dan al Libro de Dios el respeto y la reverencia que merece. Lo abren al azar, dejan que un dedo ilumine la página abierta y luego leen el versículo indicado para ver si acaso pueden encontrar la guía del Señor de esa manera. Y si no “funciona” la primera vez, lo intentan una y otra vez hasta que “funcione”.

Usan “cajas de promesa” de la misma manera, sobre la base de que “toda promesa en el Libro es mía”. Una madre comienza su día tomando una promesa de la caja. Ella lee: “*No tendrás temor de espanto nocturno, Ni de saeta que vuele de día*” (Sal 91:5). Con el ceño fruncido por el temor, se murmura: “¡Dios mío, me pregunto qué va a pasar hoy!” Sin embargo, después de una reflexión adicional, ella se consuela a sí misma al recordar que el verso decía: “¡No tendrás temor!”

Sacan pasajes de sus contextos, los “espiritualizan” y les dan “interpretaciones privadas”. ¡Encontrando “pasajes preciosos” en cualquier lugar, sin importar a quién se dirija o cuándo o por qué, colocan sus propias construcciones sobre ellos y los reclaman como promesas de Dios *para ellos!*²⁷ Tomar

²⁷ Hace algún tiempo, el escritor recibió una carta circular de un misionero en África, usando el siguiente pasaje de las Escrituras como encabezado: “*Y he aquí, Yo soy contigo, y te guardaré por donde quiera que fueres, y te volveré á esta tierra*” (Gn 28:15). El cuerpo de la carta contenía estas palabras: “Durante este año de permiso reclamamos, y hemos reclamado, la promesa anterior...Para nosotros, ‘esta tierra’ es África”. Claramente, el pasaje en Génesis registra la promesa de Dios de traer a Jacob

declaraciones aisladas de los escritos de los hombres y usarlas en tal manera sería considerado deshonesto, ¡pero incluso los maestros de la Biblia lo hacen con la Palabra de Dios!

Dicen: *“Si está en la Biblia, lo creo”*, mientras que incluso el examen más superficial de la Biblia revelará que registra muchas mentiras de hombres y de Satanás, mucho de esto no está dirigido a nosotros sino a los de otras dispensaciones, y por lo tanto, las cosas ordenadas en un pasaje pueden prohibirse positivamente en otro (por ejemplo, Cf. Gn 17:14 con Ga 5:2).

La Palabra, correctamente trazada, es de suma importancia para la Iglesia en general, así como para el creyente individual, y es porque este hecho aún no se ha reconocido suficientemente que no hemos experimentado el verdadero avivamiento espiritual enviado por el cielo que la Iglesia tiene tantas necesidades.

Cuánto se dice acerca de “orando” un avivamiento ¡Qué poco sobre la relación del estudio de la Biblia con el avivamiento! En muchos facilita al “evangelista” preguntar a sus oyentes que levanten sus manos para indicar cuántos han pasado una hora, media hora o quince minutos al día en oración. Pero, ¿cuándo fue la última vez que el lector escuchó que alguien preguntara cuántos de sus oyentes han pasado una hora, media hora o quince minutos al día en el estudio de la Palabra de Dios? Tendremos más que decir sobre esto bajo el encabezado: Renacimiento espiritual.

de regreso a Canaán, no de traer un misionero de regreso a África. El misionero pudo haber sentido que la promesa se aplicaba de alguna manera, pero en realidad estaba pervirtiendo la Palabra y *reclamando* a Dios una promesa que no había hecho. Vea el libro del autor titulado: *Su Fe en la Palabra de Dios, ¿Es Supersticiosa o Inteligente?* [*Your Faith in God's Word, Is it Superstitious or Intelligent?*]

Capítulo IX

VERDADERA ESPIRITUALIDAD Y NUESTRA LIBERTAD EN CRISTO

NUESTRA POSICIÓN COMO HIJOS DE DIOS

“Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no volváis otra vez á ser presos en el yugo de servidumbre” (Ga 5:1).

Hemos visto la clasificación divina de la raza humana en: 1.) *el hombre natural*, 2.) *el bebé en Cristo*, 3.) *el cristiano carnal*, y 4.) *el cristiano espiritual*. Sin embargo, debemos tener en cuenta que los tres últimos, y la responsabilidad de *crecer* desde la infancia espiritual hasta la madurez total, tienen que ver totalmente con nuestra *experiencia* y *conducta* como creyentes y no con nuestra *posición en Cristo*.

La *posición* del creyente a los ojos *de Dios*, sea un bebé o incluso un cristiano carnal, es la de un hijo adulto, simplemente porque Dios lo ve *en Cristo*, Su Hijo perfecto.

Cuan justamente orgulloso estaba el Padre de Su Hijo cuando, habiéndole visto ya “contado con los inicuos” en Su bautismo, rompió los cielos para exclamar: “*Este es Mi Hijo amado, en quien tengo complacencia*” (Mt 3:17, VRV-1960).

Y ahora, en gracia infinita, Dios nos dice que Él “*nos hizo aceptos en el Amado*”, “*en Él estáis cumplidos*” y sentado con Él en los lugares celestiales, mucho más allá del alcance de todos los acusadores e incluso de la ley en sí (Ef 1:6; Col 2:10; Ef 2:6).

Es a la luz de estas gloriosas verdades que debemos vivir, caminando dignos de nuestro alto y santo llamamiento; dignos de nuestra posición en Cristo (Ef 4:1; 2Ti 1:9). Regresar bajo la ley ahora sería repudiar nuestra posición en Cristo.

En ninguna parte se expresa más claramente esto que en Ga 4:1-7, donde el apóstol Pablo, por el Espíritu, trata con nuestra posición en Cristo como hijos adultos, y nuestra consiguiente libertad de la ley.

FILIACIÓN

“También digo: Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del siervo, aunque es señor de todo;

“Mas está debajo de tutores y curadores hasta el tiempo señalado por el padre.

“Así también nosotros, cuando éramos niños, éramos siervos bajo los rudimentos del mundo.

“Mas venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió Su Hijo, hecho de mujer, hecho súbdito á la ley,

“Para que redimiese á los que estaban debajo de la ley, á fin de que recibiésemos la adopción de hijos.

“Y por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de Su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre.

“Así que ya no eres más siervo, sino hijo, y si hijo, también heredero de Dios por Cristo” (Ga 4:1-7).

Al buscar la palabra “adopción” en un Diccionario Bíblico, hace algunos años, nos sentimos decepcionados al encontrar la siguiente definición:

“La adopción es un acto por el cual una persona toma a un extraño en su familia, lo reconoce como su hijo y lo convierte en el heredero de su herencia...En el Nuevo Testamento, la adopción denota el acto de la gracia libre de Dios...por el cual, siendo justificados por medio de la fe, somos recibidos en la familia de Dios y hechos herederos de la herencia del cielo”.

Que este es el significado de la palabra *española [inglesa]* *adopción* en el uso popular actual, nadie lo negará, pero ese *no* es el significado de la palabra *griega* traducida como “adopción” en la Versión Autorizada inglesa, se desprende de su uso en el Nuevo Testamento y especialmente en el pasaje citado anteriormente.

La adopción de niños tal como lo hablamos hoy se refiere a la incorporación de los niños *de otras personas* a la familia, pero la palabra “adopción” (Gr., *juiodsesía*) en la Versión Autorizada de la Biblia significa simplemente “colocar como hijo” es decir, como un *hijo adulto*. ¡En el pasaje de Gálatas, arriba, afecta a aquellos que *ya son* hijos! Esto no es negar, por supuesto, que un extraño también pueda ser admitido y dado un lugar como un hijo adulto, pero el punto es que la “adopción” de la Biblia no se refiere a la mera aceptación en la familia, sino a *una declaración de plena filiación*, con todos sus derechos y privilegios.²⁸

BEBÉS ESTÁN BAJO TUTORES Y GOBERNADORES, LOS HIJOS ADULTOS NO LO ESTÁN

En la vida del niño hebreo llegó un momento, designado por el padre, cuando se llevaron a cabo los procedimientos de “adopción” y *se declaró* formalmente al niño como hijo y heredero del padre.

Antes de ese tiempo había sido un hijo, en efecto, pero “bajo tutores y curadores”. Le habían dicho lo que podía y no podía hacer, lo que debía y no debía hacer. En esto no difería nada de un sirviente, aunque “señor de todo”.

Pero finalmente, el niño se convirtió en un hijo adulto y llegó el “tiempo señalado”. Ya no necesitaría supervisores para mantenerlo bajo control. Ahora habría comprensión natural y cooperación entre padre e hijo. Y así se llevó a cabo el procedimiento de “adopción”—una declaración formal y oficial de que el hijo había asumido todos los derechos y privilegios de la plena filiación.

Tal es el significado de la palabra “adopción” (*juiodsesía*) en los escritos de Pablo.

²⁸ Ver el folleto del autor titulado *Sonship [Filiación]*.

NUESTRA “ADOPCIÓN” EN CRISTO

Hablando proféticamente, la “adopción” se refiere al pueblo del pacto de Dios, Israel (Ro 9:4) y este honor se les ofreció por gracia después de que no lo lograron bajo la ley. Sin embargo, el pueblo favorecido rechazó la distinción y continuaron estableciendo *su propia* justicia, de modo que el cumplimiento de este propósito ahora espera un día futuro.

Pero Dios no fue tomado por sorpresa, porque era Su secreto y eterno propósito de mostrar que *toda la bendición está envuelta en Cristo*. Mientras Israel permanece en la incredulidad, por lo tanto, todos los que confían en la obra perfecta y terminada de Cristo pueden tener la “adopción” que Israel rechazó—y más.

Por consiguiente escribe el apóstol *históricamente*, cuando dice:

“Mas venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió Su Hijo, hecho de mujer, hecho súbdito á la ley,

“Para que redimiese á los que estaban debajo de la ley, á fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Ga 4:4, 5).

“El cumplimiento del tiempo”, cuando Cristo murió, es donde la profecía y el misterio se encuentran, ya que llegamos al lugar de la plena filiación, no en el cumplimiento de las promesas del pacto, sino en el cumplimiento de un propósito *eterno* mantenido en secreto hasta Pablo. El misericordioso plan de Dios fue *hacernos* “santos y sin mancha delante de Él EN AMOR; HABIÉNDONOS PREDESTINADO PARA SER ADOPATADOS HIJOS [COLOCÁNDONOS COMO HIJOS]”²⁹ (Ef 1:4, 5).

Pero, ¿cómo podría Él hacernos, pecadores de los gentiles, “santos y sin mancha delante de Él” y darnos el honor de “adopción”?

²⁹ Consideramos que las palabras “En amor” pertenecen al versículo 5.

Solo hay una respuesta: “POR JESUCRISTO”, y es eternamente “PARA ALABANZA DE LA GLORIA DE SU GRACIA” que “NOS HIZO ACEPTOS EN EL AMADO” (Ef 1:5, 6).

Así, al creyente más sencillo se le da inmediatamente un lugar en Cristo a la diestra de Dios como un hijo adulto con todos los derechos y privilegios de la filiación, y siempre libre de la esclavitud de la ley. No puede sino *deshonrar* a Dios por no reconocer esta posición en Cristo o andar en el gozo de ella.

Sin embargo, los mejores de nosotros fracasamos y, a menudo, debemos reconocer con vergüenza que no hemos caminado como hijos de Dios. Entonces surge la pregunta: ¿Esta “adopción” imputada funciona experimentalmente?—Esto dándonos un lugar de filiación *en Cristo*. ¿Produce los resultados deseados en el conflicto que continúa entre “la carne” y “el espíritu”?

¿FUNCIONA?

El apóstol Pablo trata este asunto con gran amplitud e insiste en que apreciar nuestra posición en Cristo es lo *único* que nos puede ayudar a vivir una vida verdaderamente agradable a Dios.

Los gálatas probablemente pensaron que estaban complaciendo a Dios al agregar voluntariamente la ley a la gracia en sus vidas en un intento por vencer a la carne. Pero mientras se estaban dando más *cosas* para obedecer, el apóstol señala que al colocarse bajo la ley estaban “*desobedeciendo la verdad*” y deshonorando a Cristo, quien había muerto para librarlos no solo del pecado, sino de la ley (Ga 3:1, 13; 5:7).

Además, su intento de solución al problema era falso. Es cierto que “la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne” y que “*las concupiscencias carnales...la guerra contra el alma*” (Ga 5:17; 1P 2:11), pero los Gálatas, como muchos creyentes de hoy, desconocían la verdadera naturaleza de la carne, cuyos “concupiscencias”, o deseos, se expresan no solo en la liberación de las pasiones más bajas, sino a menudo también

en el intento *de hacer algo de uno mismo*; ser su *propio* dios. Esta forma de expresión de la carne es tan contraria al Espíritu como otras formas más groseras.

Recordando el intento de Abraham—y el fracaso—de ayudar a Dios a través de la carne, el apóstol dice:

“Porque escrito está que Abraham tuvo dos hijos; uno de la sierva, el otro de la libre.

“Mas el de la sierva nació SEGÚN LA CARNE; pero el de la libre nació POR LA PROMESA” (Ga 4:22, 23).

La comparación entre estos dos hijos de Abraham el apóstol los compara, no como viviendo en pecado abierto y viviendo rectamente ante Dios, sino como *vivir bajo la ley y vivir bajo la gracia*. El hijo nacido según la carne, dice Pablo, representa el principio de la ley en el comportamiento cristiano, mientras que el hijo nacido *de la promesa* representa el principio de la gracia.

Tampoco—nótenlo con cuidado—lo primero *ayuda y alienta* a lo último, como si colocarnos bajo la ley pudiera ayudarnos a crecer en la gracia. Por el contrario, se *oponen* entre sí:

“Empero como entonces el que era engendrado según la carne, PERSEGUÍA al que había nacido según el Espíritu, ASÍ TAMBIÉN AHORA” (Ga 4:29).

Este deseo de hacer algo de uno mismo al estar sujeto a la ley es una expresión de la carne tan antagónica al Espíritu como cualquier pecado moral. Con respecto a ello el apóstol dice:

“Si os circuncidareis, Cristo no os aprovechará nada. Vacíos sois de Cristo los que por la ley os justificáis” (Ga 5:2, 4).³⁰

¿Qué necesidad hay de Cristo, si uno puede hacer algo de *sí mismo*? Esto era lo que había evitado que Israel se salvara:

³⁰ *Lógicamente*, por supuesto, *no realmente*, ya que el contexto deja claro que verdaderamente fueron salvados (4:28, 31).

“Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado á la justicia de Dios.

“Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia á todo aquel que cree” (Ro 10:3, 4).

No será hasta que el pueblo de Israel deje de luchar por establecer su propia justicia, y encuentre su todo en *Cristo*, que serán salvos y “adoptados” al mismo tiempo, de modo que los hombres dirán: *“Sois los hijos del Dios viviente”* (Os 1:10).

Los gálatas, por supuesto, ya habían sido salvados por la gracia, pero ahora querían “estar debajo de la ley” (Ga 4:9, 21). Esto equivalía a un repudio de la obra terminada de Cristo, era desobediencia a la verdad y—pura locura. *“¿Tan necios sois?”*, pregunta el apóstol, *“¿habiendo comenzado por el Espíritu, ahora os perfeccionáis por la carne?”* (Ga 3:3).

En la epístola de Pablo a los romanos aprendemos que *“la ley, por cuanto era débil por la carne”* y que *“la intención de la carne [Gr., “La que está en la mente”] es enemistad contra Dios, porque no se sujeta á la ley de Dios, ni tampoco puede”* (Ro 8:3, 7). ¿Cómo, entonces, la sujeción a la ley puede ayudarnos a vivir vidas más santas?

Pero *“lo que era imposible á la ley...Dios enviando á Su Hijo”*, consiguió.

“PARA QUE LA JUSTICIA DE LA LEY FUESE CUMPLIDA EN NOSOTROS, QUE NO ANDAMOS CONFORME Á LA CARNE, MAS CONFORME AL ESPÍRITU” (Ro 8:4).

Los creyentes de Galacia poden tratar de ayudar a Dios sometiéndose a la ley y ofreciéndole sus obras, como Abraham trató de ayudar a Dios al casarse con la esclava y ofrecerle a su hijo,

“Mas ¿qué dice la Escritura? ECHA FUERA Á LA SIERVA Y Á SU HIJO; PORQUE NO SERÁ HEREDERO EL HIJO DE LA SIERVA

CON EL HIJO DE LA LIBRE. ESTAD, PUES, FIRMES EN LA LIBERTAD CON QUE CRISTO NOS HIZO LIBRES, Y NO VOLVÁIS OTRA VEZ Á SER PRESOS EN EL YUGO DE SERVIDUMBRE” (Ga 4:30, 5:1).

“Las obras de la carne”, independientemente de la “ley”, “manifiestas son”, y todas son malas (Ga 5:19-21). “Mas el fruto del Espíritu” es todo bueno y, en su naturaleza, no necesita ninguna ley para impulsarlo (Ga 5:22, 23).

Como hemos visto, el Espíritu Santo no toma posesión sobrenatural de nosotros y nos *causa* hacer Su voluntad, sino que por la gracia de Dios mora dentro de nosotros, siempre dispuesto a ayudar (¡la ley siempre estuvo lista para condenar!). Así *podremos* tener victoria espiritual en cualquier situación. Lo que Dios provee por gracia, debemos apropiarnos por fe, reconociendo siempre que Él *ya nos ha dado* una posición a Su diestra *en Cristo* y buscando agradarle por pura gratitud.

La única manera, entonces, de crecer de manera experiencial a un lugar de plena filiación, con la libertad y el privilegio que implica, es reconocer que somos hijos adultos *en Cristo*.

“Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez en temor; mas habéis recibido EL ESPÍRITU DE ADOPCIÓN, por el cual clamamos, Abba, Padre” (Ro 8:15).

“Y por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de Su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre” (Ga 4 .6).

“Digo pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis la concupiscencia de la carne” (Ga 5:16).

EL USO ESPIRITUAL DE LA LIBERTAD

La libertad cristiana es una posesión que no tiene precio. Por supuesto, puede ser objeto de abuso, pero su uso legítimo es una fuente constante de alegría y poder espirituales.

El propósito de Dios con respecto a la libertad del creyente en Cristo se resume adecuadamente para nosotros en un breve

versículo en la carta a los Gálatas. Cayendo naturalmente en tres partes, el versículo dice lo siguiente:

“Porque vosotros, hermanos, á libertad habéis sido llamados;

“Solamente que no uséis la libertad como ocasión á la carne,

“Sino servíos por amor los unos á los otros” (Ga 5:13).

Ya hemos visto que, como la causa de la decadencia espiritual en Israel siempre fue su desviación de la Palabra de Dios *a ellos* a través de Moisés, la causa de la decadencia espiritual entre los creyentes de hoy es siempre la desviación de la Palabra de Dios *a nosotros* a través de Pablo.

Ahora, si algo queda claro en las epístolas de Pablo, es el hecho de que los creyentes en esta presente dispensación de gracia han sido liberados de la ley y “á libertad habéis sido llamados”, y el fracaso del pueblo de Dios para apropiarse y disfrutar de esto, la libertad de hoy resulta en un declive espiritual tan ciertamente como el fracaso del pueblo de Israel en observar la ley de Moisés en sus días.

¿Podría ser algo más sencillo que esos pasajes en esta misma epístola de Galacia?, donde el apóstol dice por el Espíritu:

“CRISTO NOS REDIMIÓ DE LA MALDICIÓN DE LA LEY, hecho por nosotros maldición; (porque está escrito: Maldito cualquiera que es colgado en madero:)” (Ga 3:13).

“ASÍ QUE YA NO ERES MÁS SIERVO, SINO HIJO, Y SI HIJO, TAMBIÉN HEREDERO DE DIOS POR CRISTO” (Ga 4:4-7).

A la luz de esto, sería *incredulidad y desobediencia* volvernos a colocar bajo la ley, aunque toda la Palabra de Dios, incluidos los escritos de Moisés, es *para* nosotros y “provechosa”. De hecho, cuando los gálatas, al *alba* de la dispensación de la gracia (la dispensación de la ley que apenas había pasado) “deseaban estar nuevamente en esclavitud” para obedecer *más* la Palabra de

Dios, Pablo los reprendió severamente, llamándolos “insensatos” y “desobedientes” (Ga 3:1; 5:7) porque al volver a la ley, habían repudiado la revelación adicional dada por Dios a través de él y la libertad que Cristo les había comprado con Su propia sangre.

Por lo tanto, rechazar la libertad de ser hijo y regresar a la servidumbre de la ley es repudiar no solo la Palabra de Dios, sino también la Palabra de Dios *para nosotros*, y esto debe necesariamente resultar en un declive espiritual.

No nos corresponde a *nosotros* decidir cómo podemos agradar mejor a Dios. Es para nosotros escuchar, creer y obedecer a *Él*. Esto por sí solo es el curso de la verdadera espiritualidad. De hecho, el apóstol comenta sobre la relación de la verdadera espiritualidad con nuestra libertad en Cristo, diciendo:

“DIGO PUES: ANDAD EN EL ESPÍRITU, Y NO SATISFAGÁIS LA CONCUPISCENCIA DE LA CARNE...SI SOIS GUIADOS DEL ESPÍRITU, NO ESTÁIS BAJO LA LEY” (Ga 5:16-18).

Apartarse de estas instrucciones es apartarse de la voluntad de Dios para nuestras vidas y retroceder espiritualmente.

No es de extrañar, entonces, que cuando los judaizantes buscaron someter a la ley a los creyentes en Antioquía fue, *“suscitada una disensión y contienda no pequeña á Pablo y á Bernabé contra ellos”* (Hch 15:2). No es de extrañar que contendiera tan vigorosamente con aquellos *“que se entraban secretamente para espiar [su] libertad que [tenían] en Cristo Jesús”* y *“ni aun por una hora cedimos sujetándonos, para que la verdad del evangelio permaneciese con [los gálatas]”* (Ga 2:4, 5). No es de extrañar que escribiera a los gálatas, a quienes los judaizantes estaban influenciando:

“ESTAD, PUES, FIRMES EN LA LIBERTAD CON QUE CRISTO NOS HIZO LIBRES, Y NO VOLVÁIS OTRA VEZ Á SER PRESOS EN EL YUGO DE SERVIDUMBRE” (Ga 5:1).

Seguramente nosotros, quienes vivimos casi dos mil años después de la ley, no deberíamos, en esta fecha tardía, estar tentados a volver a ella. Cristo ha muerto:

“RAYENDO LA CÉDULA DE LOS RITOS QUE NOS ERA CONTRARIA, QUE ERA CONTRA NOSOTROS, QUITÁNDOLA DE EN MEDIO Y ENCLAVÁNDOLA EN LA CRUZ;

“ ...

“POR TANTO, NADIE OS JUZGUE EN COMIDA, Ó EN BEBIDA, Ó EN PARTE DE DÍA DE FIESTA, Ó DE NUEVA LUNA, Ó DE SÁBADOS:

“LO CUAL ES LA SOMBRA DE LO POR VENIR; MAS EL CUERPO [SUSTANCIA] ES DE CRISTO” (Col 2:14-17).

Estas y muchas otras Escrituras sobre el tema de la libertad del creyente en Cristo son demasiado claras para dejar espacio para la controversia. Dudar en aceptar y disfrutar de esta libertad dada por Dios es una señal, no de espiritualidad, sino de carnalidad; No de humildad, sino de orgullo.

LIBERTAD NO LICENCIA

Sin embargo, el hecho de que se nos conceda la libertad perfecta en Cristo no significa que debemos dedicar nuestras vidas a satisfacer nuestros propios deseos carnales. Justo lo contrario es el caso. Hemos sido liberados de la esclavitud de la *infancia* y se nos ha dado la libertad de *hijos* adultos (Ga 3:24; 4:1-7) y este avance desde la infancia hasta la madurez en sí mismo implica la adquisición de un sentido de *responsabilidad*.

La doctrina de nuestra libertad en Cristo no apoya; más bien refuta la falsa teoría de que aquellos que están bajo la gracia pueden hacer lo que quieran. Pablo fue “blasfemado” a este respecto (Ro 3:8) pero hubo creyentes carnales en ese tiempo, como ahora hay, quienes realmente utilizaron su libertad como licencia para satisfacer sus propios deseos. Pasar de la libertad a la licencia de esta manera es un error tan grave como pasar de la libertad a la ley.

Muchos creyentes, motivados solo por sus propios deseos carnales y no en absoluto por el amor a Cristo u otros, se han entregado a los placeres de la carne y del mundo, justificándose sobre la base de que él está bajo la gracia y tiene libertad en Cristo. Llevando a otros con él en su declinación espiritual, se queja de cualquiera que lo ayude, de que “están tratando de someterme a la ley”.

Tales son realmente culpables de *apartarse* de la gracia, porque “la gracia de Dios...se manifestó”:

“ENSEÑÁNDONOS QUE, RENUNCIANDO Á LA IMPIEDAD Y Á LOS DESEOS MUNDANOS, VIVAMOS EN ESTE SIGLO TEMPLADA, Y JUSTA, Y PÍAMENTE,

“ESPERANDO AQUELLA ESPERANZA BIENAVENTURADA, Y LA MANIFESTACIÓN GLORIOSA DEL GRAN DIOS Y SALVADOR NUESTRO JESUCRISTO.

“QUE SE DIÓ Á SÍ MISMO POR NOSOTROS PARA REDIMIRNOS DE TODA INIQUIDAD, Y LIMPIAR PARA SÍ UN PUEBLO PROPIO, CELOSO DE BUENAS OBRAS” (Tito 2:11-14).

Pedro enfatiza esta verdad cuando exhorta a los creyentes a vivir,

“Como [verdaderamente] libres, y no como teniendo la libertad por cobertura de malicia [como pretexto para la maldad], sino como siervos de Dios” (1P 2:16).

Y Juan lo enfatiza aún más, cuando dice:

“NO AMÉIS AL MUNDO, NI LAS COSAS QUE ESTÁN EN EL MUNDO. SI ALGUNO AMA AL MUNDO, EL AMOR DEL PADRE NO ESTÁ EN ÉL”³¹ (1Jn 2:15).

³¹ No se desprende de esto que los creyentes mundanos pierdan su salvación. El significado es simplemente que es imposible amar al mundo y amar al Padre al mismo tiempo. Un amor desplaza al otro. Afortunadamente, es el amor de Dios para con nosotros lo que nos mantiene a salvo (Ro 8:35-39), pero la mundanidad en el creyente seguramente resultará en pérdida en el tribunal de Cristo (2Co 5:10).

Pablo, el gran apóstol de la gracia, no dejó lugar para la duda en cuanto a *su* actitud hacia la mundanidad y la indulgencia carnal, porque dijo *“el mundo me es crucificado á mí”* (Ga 6:14) y exhortó a los creyentes romanos a *“pensad que de cierto estáis muertos”* a los pecados de la carne, explicando que el pecado no debería tener dominio sobre ellos *porque no estaban bajo la ley sino bajo la gracia* (Ro 6:12-14). Además, escribió por inspiración, de modo que sus palabras a los gálatas y a los romanos también son la Palabra de Dios para nosotros.

“Porque vosotros, hermanos, á libertad habéis sido llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión á la carne...” (Ga 5:13).

LIBERTAD CRISTIANA EL VEHÍCULO DEL AMOR

El apóstol no es negativo en su actitud en este asunto, solo nos advierte contra el abuso de nuestra libertad. Él es positivo y explica cómo nuestra libertad debe ser usada para la gloria de Dios y para el bien de nosotros mismos y de los demás:

“Servíos por amor los unos á los otros”. Aquí hay una advertencia tan simple que nadie puede malinterpretarla, pero tan sublime, tan completa, que cubre todo el rango del comportamiento del creyente hacia sus compañeros en el Cuerpo de Cristo.

Si nos limitamos a considerar la maravilla del hecho de que se *nos* debe confiar la libertad—plena y libre—como hijos adultos, mientras estamos acosados por la tentación y el pecado, ya menudo fallamos; si contemplamos el amor y la condescendencia infinita—y el costo infinito que implica otorgarnos esta libertad; por otro lado, si reflexionamos que esta libertad nos es dada, no como pecadores no regenerados, sino que nos es dada *en Cristo*, como aquellos que han sido crucificados, enterrados y resucitados con Él, para que *“andemos en novedad de vida”*—si nos tomamos el tiempo para considerar

todo esto, pronto se hará evidente que el *único* uso correcto de la libertad es “servíos por amor los unos á los otros”.

Es importante recordar que “á libertad [hemos sido] llamados”, pero es igualmente importante tener cuidado de ejercer esta libertad en una vida útil para los demás. Es importante “Estad, pues, firmes” en nuestra libertad dada por Dios, pero es igualmente importante prestar atención a la exhortación:

“Mas mirad que esta vuestra libertad no sea tropezadero á los que son flacos” (1Co 8:9).

Refiriéndose a comer carne y observar días, el apóstol exhorta:

“Así que, no juzguemos más los unos de los otros: antes bien juzgad DE NO PONER TROPIEZO Ó ESCÁNDALO AL HERMANO...SI POR CAUSA DE LA COMIDA TU HERMANO ES CONTRISTADO, YA NO ANDAS CONFORME Á LA CARIDAD...BIENAVENTURADO EL QUE NO SE CONDENA Á SÍ MISMO CON LO QUE APRUEBA” (Ro 14: 13-22).

Con respecto a comer carne ofrecida a los ídolos, el apóstol dice además:

“LA CIENCIA HINCHA, MAS LA CARIDAD [AMOR] EDIFICA [CONSTRUYE]...SABEMOS QUE EL ÍDOLO NADA ES EN EL MUNDO...MAS NO EN TODOS HAY ESTA CIENCIA...POR LO CUAL, SI LA COMIDA ES Á MI HERMANO OCASIÓN DE CAER, JAMÁS COMERÉ CARNE...” (1Co 8:1-13).

Como bien dijo el difunto Dr. Bultema: “No tenemos derecho a dejar de lado nuestra libertad, pero sí tenemos la libertad de dejar de lado nuestros derechos”. Esta es la esencia misma de Ga 5:13.

Fuera de nuestro Señor Jesucristo, el Dios-hombre, el mismo Pablo fue probablemente el mejor ejemplo de este uso de la libertad cristiana.

Escribiendo a los corintios les recordó que tenía derecho como apóstol y como su benefactor bajo Dios, a vivir bien y esperar que cuidaran de sus necesidades para que él pudiera tener “potestad de no trabajar”. Avanzando argumento tras argumento de la vida cotidiana y de las Escrituras para apoyarlo en este argumento, les recordó que le *debían* su apoyo financiero (1Co 9:1-14). Pero también escribió a estos corintios carnales:

“...SI OTROS TIENEN EN VOSOTROS ESTA POTESTAD, ¿NO MÁS BIEN NOSOTROS? MAS NO HEMOS USADO DE ESTA POTESTAD: ANTES LO SUFRIMOS TODO, POR NO PONER NINGÚN OBSTÁCULO AL EVANGELIO DE CRISTO....POR LO CUAL, SIENDO LIBRE PARA CON TODOS, ME HE HECHO SIERVO DE TODOS POR GANAR Á MÁS” (1Co 9:12-19).

Refiriéndose nuevamente a su uso de su libertad en Cristo, dice:

“TODO ME ES LÍCITO, MAS NO TODO CONVIENE: TODO ME ES LÍCITO, MAS NO TODO EDIFICA.

“NINGUNO BUSQUE SU PROPIO BIEN, SINO EL DEL OTRO” (1Co 10:23, 24).

Aquí lo tenemos de nuevo. Hemos sido puestos en libertad, no para que podamos disfrutar de la satisfacción de nuestros propios deseos, sino para que podamos vivir para los demás. Tampoco perdemos nada por esto; esta es la verdadera libertad, porque “Más bienaventurada cosa es dar que recibir”.

Gracias a Dios, “á libertad habéis sido llamados”. A través de Cristo podemos respirar el aire de la libertad. Pero para disfrutar al máximo de esta libertad, debemos tener cuidado de no usarla como una ocasión para servirnos a nosotros mismos, sino como el medio por el cual, en el amor, podemos servirnos unos a otros.

Capítulo X

VERDADERA ESPIRITUALIDAD Y LA ORACIÓN

LA VIDA DE ORACIÓN DEL CRISTIANO

La oración a Dios de manera manifiesta debe tener gran importancia para aquellos que serían verdaderamente espirituales. Si bien la Palabra de Dios para nosotros es siempre tener el primer lugar en nuestras vidas, la oración ciertamente debe tener el segundo lugar; de hecho, incluso debemos estudiar la Palabra de Dios con oraciones para la comprensión y la voluntad de obedecer.

LA IMPORTANCIA DE LA ORACIÓN

Las Escrituras en todas partes exhortan al pueblo de Dios a orar, y en las epístolas de Pablo encontramos mayor causa, mayor razón y mayor incentivo que nunca para orar—orar “siempre”, “en todo”, sin cesar”. El ejemplo de nuestro Señor y de Sus apóstoles—particularmente Pablo—es un llamado a la oración. Cada necesidad, cada ansiedad, cada dolor de corazón es un llamado a la oración. Cada tentación, cada derrota, sí, y cada victoria es un llamado a la oración.

Sin embargo, simplemente orar, o incluso pasar mucho tiempo en oración, no es en sí mismo evidencia de la verdadera espiritualidad. Muchos cristianos carnales, todavía “niños en Cristo”, e incluso muchas personas que no son salvas, pasan mucho tiempo en oración. Pero el verdadero creyente espiritual se unirá al apóstol Pablo al decir: *“Oraré con el espíritu, mas oraré también con entendimiento”* (1Co 14:15). *“Con el espíritu”*, con seriedad y fervor, derramando a Dios mi adoración, mis súplicas y mi agradecimiento. Y *“también con entendimiento”*, inteligentemente, con un claro entendimiento de lo que las Escrituras, correctamente trazadas, dicen acerca de la voluntad de Dios y Sus provisiones para *mi* vida de oración en esta presente dispensación de gracia.

EL PREVALECIENTE MAL USO DE LA ORACIÓN

El grave mal uso de la oración en nuestros días es una clara indicación de que muchos no están orando “con entendimiento”.

ORACIONES DE LOS INCONVERSOS

En la mente de decenas de miles de personas que no son salvas, la oración es un poder en sí mismo. Dicen: “Creo en la oración” o “No creo en la oración”. Lo intentan. Si obtienen por lo que oran, dicen: “Funciona. Lo he intentado”. Si no consiguen por lo que piden, dicen: “Todo eso es una tontería. Nunca obtuve aquello por lo que heorado”. Otras decenas de miles de personas que nunca han confiado en Cristo para la salvación continúan orando, en algunos casos a menudo y con seriedad, sintiendo que de alguna manera, en algún momento podría ayudar. Pero todo esto es pura superstición, no fe. Está fundado, no en la revelación divina, sino en la imaginación humana. Surge, no de la Palabra de Dios, sino de la voluntad del hombre.

Las Escrituras dejan bastante claro que aquellos que rechazan a Cristo no tienen ningún derecho sobre Dios. De ninguna manera Él está obligado a escuchar sus oraciones.³²

Nuestro Señor dijo a sus discípulos:

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida: NADIE VIENE AL PADRE, SINO POR MÍ” (Jn 14:6).

En Heb 10:19, 20, se nos informa que son los “hermanos” quienes tienen,

“...libertad para entrar en el santuario POR LA SANGRE DE JESUCRISTO,

³² Esto no es negar que Dios pueda, en Su soberanía, responder a las oraciones de los que no son salvos cuando así lo desee. Solo insistimos en que los que no son salvos no tienen derecho a una audiencia.

“POR EL CAMINO QUE ÉL NOS CONSAGRÓ NUEVO Y VIVO, POR EL VELO, ESTO ES, POR SU CARNE”.

Y es claramente para *"el pueblo de Dios"*, que puede descansar en la obra terminada de Cristo (Heb 4:9, 10) que el apóstol dice:

“LLEGUÉMONOS PUES CONFIADAMENTE AL TRONO DE LA GRACIA...” (Heb 4:16).

De acuerdo con ambos Ro 5:2 y Ef 2:18 es *por medio de Cristo* que tenemos acceso al Padre. ¿Cómo entonces el rechazador de Cristo puede esperar ser escuchado?

Además, porque los creyentes son hijos de Dios, tienen un derecho legítimo sobre Él como Padre.

“...mas habéis recibido el espíritu de adopción [filiación], por el cual clamamos, Abba, Padre” (Ro 8:15).

“Y POR CUANTO SOIS HIJOS, DIOS ENVIÓ EL ESPÍRITU DE SU HIJO EN VUESTROS CORAZONES, EL CUAL CLAMA: ABBA, PADRE” (Ga 4:6).

Aparte de todo esto, las oraciones de los que no son salvos son antinaturales, ya que seguramente no es natural dirigirse a Dios en oración mientras Él todavía es desconocido y Su Palabra dudada. Sólo es cuando se le conoce, se ama y se confía en Él, que la oración se vuelve natural.

La verdadera oración es una evidencia de salvación. Saulo de Tarso había ofrecido muchas oraciones a Dios como judío religioso, pero no fue hasta su conversión que el Señor dijo: *“he aquí, él ora”* (Hch 9:11).

MAL USO DE LA ORACIÓN POR PARTE DE LOS SALVOS

Pero los usos ilegítimos de la oración no se limitan solo a los que no son salvos. Muchas de las personas de Dios no pueden orar aceptablemente. Complacen sus voluntades, orando

fervientemente para que Dios los guíe; sin embargo, todo el tiempo determinaron que Él guiará *de acuerdo con sus deseos*, incluso si es contrario a Su voluntad revelada. Luego, cuando se enfrentan con la Palabra escrita, dicen: *“Pero he orado mucho al respecto”*. Incluso desafían a Dios, como la joven que se justificaba a sí misma por entrar en un voto de matrimonio desigual diciendo: *“Le pregunté al Señor si esto no era Su voluntad solo para impedirlo de alguna manera”*. Tal mal uso de la oración es peor que la superstición; es un sacrilegio, porque la joven debería haber sabido—probablemente sabía—que la Palabra escrita ya había condenado lo que quería, oró y obtuvo.

Entonces también, hay mucha superstición entre el pueblo de Dios con respecto a la oración. ¡Con cuánta facilidad muchos creyentes “se sienten guiados”, buscan “indicaciones internas” o escuchan esa “pequeña voz” en respuesta a sus oraciones! Dicen: *“El Señor me dijo”* esto o aquello, o *“El Espíritu me susurró”* o *“Podría simplemente oírlo decir”*. Cuando se le hacen estos comentarios a este escritor, por lo general investiga más los detalles e invariablemente aprende que no se escuchó ninguna voz, pero que el orador simplemente consideró que algunos sentimientos o impresiones eran, de alguna manera mística, una dirección del Señor.

Dios *nos* habla a través de Su Palabra, incluso cuando algún incidente o circunstancia enfatiza la verdad de Su Palabra, pero con la Palabra completa ya no nos habla por visiones ni por voces aún pequeñas, y el creyente instruido tendrá cuidado de no hacerlo depender de los “impulsos internos”, sabiendo que por naturaleza *“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso”* (Jer 17:9).

Los verdaderos creyentes a menudo también hacen declaraciones erróneas para la oración. Sacando las Escrituras de su contexto y aplicándolas a las personas equivocadas en la dispensación equivocada, algún predicador dirá: *“Pide, y se os dará...Porque cualquiera que pide, recibe”* (Mt 7:7, 8). Y luego

vienen los requisitos para salvar las apariencias: *¡Si pides con fe, de acuerdo con la voluntad de Dios, para Su gloria y no albergas el pecado en tu corazón! “todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis” (Mt 21:22) Pero—*Nos ocuparemos más de esta incongruencia en el problema de la oración sin respuesta.

REPETICIÓN DE ORACIONES

Uno de los más malos usos, no bíblicos y sin espiritualidad de la oración es la *repetición* de oraciones compuestas por otros. Muchos miembros de las iglesias protestantes y católicas, de hecho, muchos creyentes sinceros, repiten una y otra vez las oraciones que se han preparado para que las reciten. Sin lugar a duda, el mayor número de personas hace que sea una práctica repetir el llamado “Padre Nuestro”, tomado de los registros del Evangelio.

Evidentemente, todos estos millones de cristianos profesantes han pasado por alto el hecho de que fue cuando los discípulos le pidieron a nuestro Señor que les *enseñara* a orar (Lc 11:1) que dijo: “*Vosotros pues, ORARÉIS ASÍ*” (Mt 6:9). Además, Él introdujo estas palabras con el mandato específico:

“Y ORANDO, NO SEÁIS PROLIJOS, COMO LOS GENTILES; QUE PIENSAN QUE POR SU PARLERÍA SERÁN OÍDOS...NO OS HAGÁIS, PUES, SEMEJANTES Á ELLOS...” (Mt 6:7, 8).

Sin embargo, a los católicos romanos se les enseña a decir “diez Ave Marías”, “tres Padre nuestros”, etc., como si la mera repetición de una oración pudiera hacerla más efectiva, con el resultado de que la mayoría de los católicos e incluso sus sacerdotes repiten sus oraciones de una manera sonsonete o recitarlos como si no tuvieran ningún significado. Del mismo modo, a los miembros de varias denominaciones protestantes se les enseña a leer las oraciones de los libros de oraciones—no a estudiarlas como ejemplos de oraciones aceptables, ni a recitarlas como uno podría recitar un poema o un poco de prosa,

sino a ofrecerlas como sus *propias* oraciones. Así se repiten las mismas oraciones una y otra vez.

Tanto los protestantes como los católicos dan mucha importancia a repetir el “Padre Nuestro. Lo repiten individualmente y al unísono, en la angustia y el dolor, en la enfermedad y la muerte, en la tormenta y la sequía, en la guerra y el desastre, con poca o ninguna consideración a su contenido.

¡Imagínese orando: “Danos hoy nuestro pan cotidiano” en un funeral! ¡Imagínese orando: “Venga Tu reino” al lecho de un enfermo o en una tormenta en el mar! Sin embargo, esto se hace solemnemente una y otra vez en toda la cristiandad. Audiencias completas continúan repitiendo la oración al unísono, y esto ante el hecho de que fue en relación con esta misma oración que nuestro Señor pronunció la mera repetición de oraciones “prolijos” y ordenó a Sus discípulos que no siguieran a los paganos en esta práctica.³³

¡Qué diferencia hay entre *orar* y *decir oraciones*! Ninguna persona verdaderamente espiritual haría esto último.

EL PROPÓSITO DE LA ORACIÓN

La pregunta es a veces hecha: Si la voluntad y el propósito de Dios son inalterables, ¿para qué orar? La respuesta es simple: porque el propósito divino, que cualquier respuesta a la oración debe representar, incluye la oración misma. Es suficiente que Él “*que hace todas las cosas según el consejo de Su voluntad*” (Ef 1:11) invita y exhorta a Su pueblo a venir “*confiadamente al trono de la gracia*” y dejar que “*sean notorias [sus] peticiones delante de Dios*” (Heb 4:16; Flp 4:6).

³³ Por supuesto, reconocemos libremente que esta oración es sublime y perfecta en todos los aspectos, pero en su conjunto no puede aplicarse legítimamente a las circunstancias cambiantes de la presente dispensación. Véase el folleto del escritor: *The Lord's Prayer and the Lord's People Today [El Padre Nuestro y El Pueblo del Padre Hoy]*.

Pero la oración no es meramente una *petición*, como muchos suponen. Es un aspecto de la *comuni3n* activa con Dios (la meditaci3n en la Palabra siendo la otra) e incluye la *adoraci3n*, la *acci3n de gracias* y la *confesi3n*, as3 como la s3plica. Hyde, en *La Educaci3n del Hombre de Dios [God's Education of Man]*, P3gs. 154, 155, dice: "La oraci3n es la comuni3n de dos voluntades, en las que lo finito entra en conexi3n con lo Infinito y, al igual que el troleb3s, se apropia de su prop3sito y poder".

Tenemos un ejemplo de esto en el registro de la oraci3n de nuestro Se3or en el jard3n, porque, mientras que 3l no debe ser clasificado con los hombres finitos, sin embargo, 3l dej3 Su gloria a un lado, Se convirti3 en un "siervo" (Flp 2:7) y "hecho obediente" (Heb 5:8; Flp 2:8). En este lugar de sujeci3n, 3l hizo peticiones precisas y fervientes de Su Padre, pero cerr3 Su oraci3n con las palabras: "*Pero no se haga Mi voluntad, sino la Tuya*" (Lc 22:42, VRV-1960) con el resultado de que 3l fue "fortalecido" para la prueba que tuvo que enfrentar (Vers. 43).

Por lo tanto, la oraci3n no es simplemente un medio para "obtener cosas de Dios", sino un medio de *comuni3n* designado por Dios, y una oraci3n aceptable incluir3 la s3plica—tan sinceramente deseada como el resto—"Pero no se haga Mi voluntad, sino la Tuya".

Pero esto plantea un problema con respecto a ciertos pasajes de las Escrituras que parecen indicar que *todo lo que pedimos con verdadera fe* ser3 otorgado.

EL PROBLEMA DE LA ORACI3N SIN RESPUESTA

Qu3 hay de pasajes tan sencillos como los siguientes:

"Y TODO LO QUE PIDIEREIS EN ORACI3N, CREYENDO, LO RECIBIR3IS" (Mt 21:22).

"OTRA VEZ OS DIGO, QUE SI DOS DE VOSOTROS SE CONVINIEREN EN LA TIERRA, DE TODA COSA QUE PIDIEREN, LES

SERÁ HECHO POR MI PADRE QUE ESTÁ EN LOS CIELOS” (Mt 18:19).

Estas son promesas notables. Reflexione sobre ellas pensativamente. ¡“Y *todo—lo que* pidiereis en oración, creyendo”! ¡“Si dos de vosotros se convinieren en la tierra, *de toda cosa que pidieren* les será hecho...”!

¡Cuántos cristianos sinceros han sido alentados por estos versículos a esperar sanación física, empleo diario, liberación de la tentación y soluciones a todo tipo de problemas en respuesta a sus oraciones! Sin embargo, ¿quién puede negar que muchas personas piadosas, reclamando estas promesas en una fe sencilla, también hayan sido profundamente decepcionadas al encontrar que sus peticiones no han sido concedidas? Tales experiencias a menudo han dejado profundas cicatrices en las vidas de creyentes sinceros de las que sus semejantes observan.

¿Cómo podemos explicar este aparente fracaso por parte de Dios para guardar Su Palabra?

La respuesta es básicamente dispensacional, ya que si bien es cierto que el pecado condonado, los motivos egoístas, la incredulidad, etc., a menudo explican la oración sin respuesta, también es cierto que tales promesas como las citadas anteriormente *no fueron hechas a nosotros en primer lugar*, y no tenemos derecho a reclamarlas.

Antes de que el lector rechace este libro en ira, le recomendaríamos que considere un simple hecho: que las promesas “de toda cosa” se encuentran solo en una pequeña porción de la Biblia: la que trata con el ministerio terrenal de nuestro Señor (aunque son *aludidas* en las epístolas cristianas hebreas). Nunca en el Antiguo Testamento, ni en las epístolas de Pablo encontraremos que “*todo lo que pidiereis en oración, creyendo, lo recibiréis*”.

¿Por qué es esto? Simplemente porque estas promesas tenían que ver con el establecimiento del reino de Cristo en la tierra. En los días que marcarán el comienzo de ese reino, como en Pentecostés, los creyentes serán *controlados*

sobrenaturalmente por el Espíritu Santo,³⁴ Quien los hará hacer Su voluntad (Jer 31:31-34; Ez 36:26, 27; Sal 110:3). Por lo tanto, sus oraciones serán inspiradas por el Espíritu. Estas son las condiciones que prevalecerán en relación con el reinado de nuestro Señor y Él las proclamó como parte del “*evangelio del reino*”. Además, debemos recordar que la incorporación de esta dispensación actual era entonces un “misterio escondido...en Dios” y que el reino fue entonces proclamado “*se ha acercado*” (Mt 4:17).³⁵

Antes de que abandonemos este tema, debemos enfatizar las otras razones por las que se ha mencionado la oración sin respuesta. Aquí hay ciertos principios básicos involucrados que necesariamente se mantienen en cualquier dispensación.

El salmista dijo con razón: “*Si en mi corazón hubiese yo mirado á la iniquidad, El Señor no me oyera*” (Sal 66:18). El pecado albergado en el corazón no puede sino obstaculizar la comunión entre Dios y el creyente. Por lo tanto, siempre es cierto que “*la oración del justo...puede mucho*” (Stg 5:16).

Asimismo, en cualquier dispensación un espíritu de incredulidad, dificulta las respuestas a la oración (Stg 1:5-7), como lo hacen los motivos egoístas: “*Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites [deseos]*” (Stg 4:3).

Una vida de oración efectiva, entonces, debe basarse en un entendimiento inteligente de la Palabra de Dios en cuanto a la oración y una vida en comunión con Él.

LA ORACIÓN EN LAS EPÍSTOLAS PAULINAS

El programa divino de la oración ha sufrido varios cambios históricos importantes o dispensacionales a lo largo de los siglos

³⁴ Véase Hch 2:4 y el libro del autor: *El Camino del Creyente en Este Presente Siglo Malo* [The Believer's Walk in This Present Evil Age].

³⁵ No es nuestro propósito aquí discutir la oración únicamente desde el punto de vista de la perspectiva dispensacional. Una consideración más completa de este tema se puede encontrar en el folleto del escritor: *La Oración Sin Respuesta* [Unanswered Prayer].

hasta Pablo. Por ejemplo, la muerte, resurrección y ascensión de Cristo la afectó significativamente. Fue en vista de Su ascensión que Él dijo:

“Hasta ahora nada habéis pedido en Mi nombre: pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” (Jn 16:24).

Si bien incluso esta declaración se hizo con el reino en vista, fue a partir de este momento que comenzaron a orar al Padre *en el nombre de Cristo*. Hoy se debe ofrecer la oración al Padre, en el nombre del Hijo y “en el Espíritu” (Jn 16:24; Ef 3:14; 6:18).

Además, la oración en Israel se basaba en una relación de *pacto* con Dios, mientras que la oración en el Cuerpo de Cristo se basa únicamente en la gracia de Dios a través de la obra y los méritos de Cristo.

Por gracia, nosotros, los miembros del Cuerpo de Cristo, tenemos una relación más cercana con Dios que la que tuvo Israel en el pasado. Mientras que el llamado a Israel era hacer grande el nombre de Dios en la tierra, nuestra posición está en los lugares celestiales a la diestra de Dios (Ef 1:3; 2:4-6; Flp. 3:20). Si bien Satanás y sus espíritus malignos nos impedirían *ocupar* esa posición por *experiencia* (Ef 6:10-17), tenemos el derecho de ocuparla y se nos *exhorta* a hacerlo (Col 3:1, 2). Así, posicionalmente estamos sentados en los lugares celestiales, mientras que experimentalmente tenemos “entrada por la fe á esta gracia en la cual estamos firmes” (Ro 5:2).

“Que por Él [Cristo] los unos y los otros [creyentes Judíos y Gentiles] tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Ef 2:18).

Además, el lugar central de oración para Israel era el “altar de oro” antes del “propiciatorio”, donde Dios se reunió en misericordia con Su pueblo que fallaba, pero para nosotros, los miembros del Cuerpo de Cristo, dice Pablo, por el Espíritu:

“Lleguémonos pues confiadamente al TRONO DE LA GRACIA, para alcanzar misericordia, y hallar GRACIA PARA EL OPORTUNO SOCORRO” (Heb 4:16).

En cuanto a recibir todo lo que pedimos, incluso con fe, ¿sería esto bueno para nosotros en “este presente siglo malo”? Pero el hecho maravilloso es que tenemos mucho más que esto bajo la gracia.

En Ro 8:26 leemos lo que nuestros corazones a menudo deben confesar que es verdad:

“...QUÉ HEMOS DE PEDIR COMO CONVIENE, NO LO SABEMOS...”

Pero el apóstol se apresura a explicar que el Espíritu intercede por nosotros según la voluntad de Dios, y agrega:

“Y SABEMOS QUE Á LOS QUE Á DIOS AMAN, TODAS LAS COSAS LES AYUDAN³⁶ Á BIEN, ES Á SABER, Á LOS QUE CONFORME AL PROPÓSITO SON LLAMADOS” (Ro 8:28).

Sí, *“todas las criaturas gimen á una, y á una están de parto hasta ahora. Y no sólo ellas, mas también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando...la redención de nuestro cuerpo”* (Ro 8:22, 23) pero pocos creyentes aprecian el hecho de que el Espíritu Santo gime *con nosotros* en nuestro estado presente. Él simpatiza profundamente y *“pide por nosotros con gemidos indecibles”* (Ro 8:26). Así Dios, por Su Espíritu, viene al lado a ayudar.

Los creyentes pueden no recibir lo que piden en la oscuridad de esta era, pero,

“PODEROSO ES DIOS PARA HACER QUE ABUNDE EN VOSOTROS TODA GRACIA; Á FIN DE QUE, TENIENDO SIEMPRE

³⁶ Lit., “están siendo trabajadas”.

EN TODAS LAS COSAS TODO LO QUE BASTA, ABUNDÉIS PARA TODA BUENA OBRA” (2Co 9:8).

Es posible que no recibamos lo que pedimos, pero por Su gracia podemos tener mucho más que esto, que el apóstol, al contemplarlo, prorrumpen en una doxología:

“Y Á AQUEL QUE ES PODEROSO PARA HACER TODAS LAS COSAS MUCHO MÁS ABUNDANTEMENTE DE LO QUE PEDIMOS Ó ENTENDEMOS, POR LA POTENCIA QUE OBRA EN NOSOTROS,

“A ÉL SEA GLORIA EN LA IGLESIA POR CRISTO JESÚS, POR TODAS EDADES DEL SIGLO DE LOS SIGLOS. AMÉN” (Ef 3:20, 21).

A la luz de todo esto, la máxima expresión de fe de hoy se encuentra en las palabras de Pablo en Flp 4:6, 7:

“POR NADA ESTÉIS AFANOSOS [ANSIOSOS];

“SINO

“SEAN NOTORIAS VUESTRAS PETICIONES DELANTE DE DIOS

“EN TODA ORACIÓN Y RUEGO,

“CON HACIMIENTO DE GRACIAS.

“Y...”

¿“Y” qué?

Y ¿“todo lo que pidiereis en oración, creyendo, lo recibiréis”?

¡NO!

“...Y LA PAZ DE DIOS, QUE SOBREPASA TODO ENTENDIMIENTO, GUARDARÁ VUESTROS CORAZONES Y VUESTROS ENTENDIMIENTOS EN CRISTO JESÚS”.

Aquí hay una amplia prueba de que Dios no está sordo a los gritos de Sus hijos en esta era. Él los exhorta a derramar todos sus corazones delante de Él. “Dígame *todo*”, dice, “y no se preocupe por *nada*, porque lo resolveré *todo* para su bien”.

En conclusión, las epístolas de Pablo a los miembros del Cuerpo de Cristo nos exhortan a:

1. **Orar sinceramente, “con corazón verdadero”** (Heb 10:22).
2. **Orar fervientemente, “con el espíritu”** (1Co 14:15).
3. **Orar inteligentemente, “con entendimiento”** (1Co 14:15).
4. **Respaldar nuestras oraciones con vidas piadosas, “levantando manos limpias”** (1Ti 2:8).
5. **Orar con confianza, “confiadamente”** (Heb 4:16).
6. **Orar con “plena certidumbre de fe”, sabiendo que Él hará todo lo posible por nuestro bien** (Heb 10:22).
7. **Orar por cada necesidad, “en toda”** (Flp 4:6).
8. **Orar de inmediato, según surjan las necesidades, “constantes en la oración”** (Ro 12:12).
9. **Orar “con hacimiento de gracias”** (Flp 4:6).
10. **Nunca dejar de orar, “en todo”, “sin cesar”** (Ef 6:18; 1Ts 5:17).

Capítulo XI

LA VERDADERA ESPIRITUALIDAD Y LA VOLUNTAD DE DIOS PARA NUESTRAS VIDAS

EL CONOCIMIENTO DE LA VOLUNTAD DE DIOS

“Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de Su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual” (Col 1:9, VRV-1960).

Todo creyente verdaderamente espiritual deseará sinceramente conocer y hacer la voluntad de Dios, y mientras escribimos el pasaje anterior nuevamente, oramos fervientemente por nuestros lectores, como lo hizo Pablo por los suyos, para que realmente se *llenen* del conocimiento de la voluntad de Dios, en toda sabiduría y entendimiento espiritual.

Sin embargo, debemos estar preparados para esperar que “el corazón”, que por naturaleza es “engañoso...más que todas las cosas”, y el “padre de mentira”, que aparece como “un ángel de luz”, ambos estarán listos para ofrecer “atractivos” sustitutos al verdadero conocimiento de la voluntad de Dios. Aquí podemos encontrar seguridad solo dependiendo de lo que Dios Mismo dice sobre el tema.

Es solo porque los creyentes a menudo no reconocen el *ámbito* de las actividades de Satanás y la falsedad de sus propios corazones por lo que constantemente son “llevados por doquiera”, sin saber si están o no verdaderamente en la voluntad de Dios.

Por un lado, la auto-ocupación entra demasiado en el deseo del cristiano promedio de conocer la voluntad de Dios. La gran mayoría de los creyentes, leyendo el pasaje citado anteriormente, solo piensan en términos de la voluntad de Dios para *sus* vidas en *sus* circunstancias particulares.

Un joven cristiano pregunta: “¿Cuál es la voluntad de Dios para mi vida? ¿Debo ingresar al ministerio o ser misionero? Si es este último, ¿debo ir a China, África o la India? ¿O si Dios quiere que siga en el negocio y ayude para financiar Su trabajo?” Pero mientras que el joven está tan preocupado por la voluntad de Dios para los detalles de *su* vida, él es muy ignorante de *la voluntad de Dios*, es decir, *qué es lo que Él quiere que se haga*. El énfasis está en sí mismo y no en Dios y Su gran plan para la presente dispensación.

¿Qué se pensaría del soldado en el ejército que estaba constantemente preocupado por los detalles de su vida, preguntándose si su oficial al mando lo aprobaría o no, mientras indiferente a los grandes objetivos que su oficial al mando había delineado para el progreso de la batalla?

Aquellos que verdaderamente conocerían y harían la voluntad de Dios deberían aprender primero que pasajes como los anteriores *no* se refieren a la voluntad de Dios *en una situación dada*, sino al *propósito* y *programa* de Dios revelado a través del Apóstol Pablo por el Señor glorificado, y que con razón Él nos hace responsables de aprender lo que es esto.

En la conversión de Pablo, el Señor envió a Ananías a decirle:

“...El Dios de nuestros padres te ha predestinado PARA QUE CONOCIESES SU VOLUNTAD, y vieses á Aquel Justo, y oyese la voz de Su boca.

“PORQUE HAS DE SER TESTIGO SUYO Á TODOS LOS HOMBRES, DE LO QUE HAS VISTO Y OÍDO” (Hch 22:14, 15).

Que la revelación de la voluntad de Dios a través de Pablo involucró más que la voluntad de Dios con respecto a *su vida*, es evidente a partir de los escritos de Pablo sobre ella. Aquí citamos varios pasajes como confirmación de este hecho:

“[Cristo] Se dió á Sí Mismo por nuestros pecados para librarnos de este presente siglo malo, conforme á LA VOLUNTAD DE DIOS Y PADRE NUESTRO” (Ga 1:4).

“Habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos por Jesucristo á Sí Mismo, según EL PURO AFECTO DE SU VOLUNTAD” (Ef 1:5).

“DESCUBRIÉNDONOS EL MISTERIO [SECRETO] DE SU VOLUNTAD, SEGÚN SU BENEPLÁCITO, QUE SE HABÍA PROPUESTO EN SÍ MISMO” (Ef 1:9).

“En Él digo, en quien asimismo tuvimos suerte, habiendo sido predestinados conforme AL PROPÓSITO DEL QUE HACE TODAS LAS COSAS SEGÚN EL CONSEJO DE SU VOLUNTAD” (Ef 1:11).

En relación con el hecho de que Dios haya dado a conocer “el misterio de Su voluntad”, el apóstol declara enfáticamente: *“por revelación me fué declarado el misterio”* y llama a este misterio *“la dispensación de la gracia de Dios”* (Ef 3:1-3).

Tales pasajes como Col 1:9, entonces, no se refieren a la voluntad de Dios en una situación dada, sino a Su *propósito* y *programa* largamente ocultos como se revela en las epístolas de Pablo. Brevemente, puede resumirse como sigue:

Cuando Israel había rechazado al resucitado y glorificado Cristo, uniéndose a los gentiles en rebelión contra Dios; Cuando el pecado había crecido a su cumbre y todo estaba listo, proféticamente, para el derramamiento de la ira de Dios sobre este mundo malvado, Dios intervino, salvando a Pablo y enviándolo con *“el evangelio de la gracia de Dios”* (Hch 20:24). *“Mas cuando el pecado creció, sobrepujó la gracia”* (Ro 5:20). *“Porque Dios encerró á todos en incredulidad, para tener misericordia de todos”* (Ro 11:32). *“Y reconciliar por la cruz con Dios á ambos [judíos y gentiles] en un mismo cuerpo, matando en ella las enemistades”* (Ef 2:16). Este cuerpo, que no debe confundirse con el reino que se establecerá en la tierra, disfruta de una posición celestial, de bendiciones celestiales y de una perspectiva celestial (Flp 3:20; Ef 1:3; Col 1:5).

Este es, básicamente, el gran mensaje que Pablo obró tan seriamente y sufrió con tanta voluntad de dar a conocer, pidiendo oraciones por un abrir de boca y puertas abiertas para proclamarlo, y abrir corazones para recibirlo (Ef 1:15-23; 6:18, 19; Col 4:3).

Si el lector pregunta: ¿Cuál es la voluntad de Dios para mi vida? Responderíamos de inmediato: la voluntad de Dios para tu vida es que obedezcas a 2Ti 2:15 para obtener una comprensión clara y convicciones profundas en cuanto a *Su voluntad para la presente dispensación*, y luego *obedecerla*. Entonces los detalles caerán naturalmente en sus lugares apropiados y asumirán sus proporciones apropiadas.

Un buen joven y fiel cristiano una vez le preguntó al autor sobre un cambio que se estaba produciendo en su vida de oración. “Solía orar”, dijo, “sobre tantas cosas pequeñas: mi posición, mi salario, mi salud e incluso los detalles más pequeños de mi vida. Ahora encuentro que no paso mucho tiempo con estas cosas. Oh, ¡Yo sí oro todo el tiempo por este maravilloso mensaje de gracia, y que el Señor me ayude a presentarlo de manera clara y fiel!” Respondimos: “¡Ahora estás llegando a ser un general completo en el ejército de Dios!”.

Como el general, naturalmente, tiene una perspectiva más amplia y está preocupado por asuntos más importantes que el soldado de rango inferior, así el creyente que progresa “como fiel soldado de Jesucristo” naturalmente se vuelve cada vez menos ocupado con las circunstancias menores de la vida y cada vez más ocupado con el gran objetivo general.

La mayoría del pueblo de Dios parece pensar que la voluntad de Dios debe adaptarse a su experiencia fluctuante. Cuando, en las profundidades de la desesperación, no saben a dónde acudir, claman al Señor para que les muestre Su voluntad. Cuando en la cima de la montaña, llamados, quizás a elegir entre dos

alternativas atractivas, le piden al Señor otra vez que les muestre Su voluntad, de forma que:



Pero todo el tiempo descuidan preguntar acerca de *Su* objetivo, o aprender cómo pueden *ellos* encajar en *Su* plan y propósito, tan claramente definidos para nosotros en las epístolas paulinas. Este plan—la voluntad de Dios para la presente dispensación—corre directamente como una flecha, y debemos conformarnos a *ella*, de este modo:



Es cierto que *Dios está interesado en lo que sea que nos concierne* y que quisiera que volteáramos a Él en cualquier detalle en el que podamos necesitar ayuda u orientación, pero pongamos el *énfasis* donde corresponde. Si un hombre ignora la voluntad y el propósito de Dios, ¿de qué sirve preguntar si debe ir a África o China para el servicio? Puede hacer tanto daño como bien donde quiera que vaya. Por otro lado, alguien que tiene un entendimiento inteligente de la voluntad de Dios y que ha sido

atrapado por ello tendrá un menor peligro de permanecer sin uso en el servicio del Señor.

Si estuviéramos en el centro de la voluntad de Dios, entonces, *debemos* conocer y apreciar el gran secreto que Pablo nos revela hoy. Solo esto nos puede dar un verdadero sentido de nuestro lugar en Su programa, ampliando y equilibrando nuestra experiencia espiritual.

CASOS PARTICULARES

Al tratar de determinar la voluntad de Dios en las circunstancias particulares de la vida, el verdadero creyente espiritual prestará poca atención a las cosas que otros consideran decisivas. Él no dependerá de “obtener la mente de Dios a través de la oración”, esperando “incitaciones internas” (no “una voz” sino “una impresión” como lo expresó un escritor sobre la “espiritualidad”). Tampoco irá a la “caja de promesas”³⁷ ni abrirá su Biblia al azar para aprender la voluntad de Dios.

Él buscará orientación *en respuesta* a la oración, sin duda, pero esto mediante el uso de sus facultades dadas por Dios a la luz de la Palabra escrita, bien trazada.

Dios nos ha dado las manos para trabajar, los corazones para amar y las mentes para pensar, y espera que los usemos todos para Su gloria. Por lo tanto, en cualquier situación dada, debemos usar el sentido común que Él nos ha dado, a la luz de Su Palabra. Ciertamente que puede haber lugares tan oscuros que ni siquiera sabremos por qué orar, porque sigue siendo cierto que “qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos”, pero es precisamente en esta conexión que explica el apóstol que el Espíritu Santo “*CONFORME Á LA VOLUNTAD DE DIOS, demanda por los santos*”, y los problemas más desconcertantes no tienen por qué llevarnos un paso fuera de la voluntad de Dios, ya que *Él* hará todo por nosotros (Véase Ro 8:26-28).

³⁷ ¡Si por ninguna otra razón, simplemente porque así limitaría a Dios a los pasajes particulares que contenía la caja!

LA LLAMADA AL MINISTERIO

Esto es válido incluso con respecto a los llamados al servicio especial para Cristo, ya sea para el pastorado, el campo de la misión o cualquier otra rama de la obra.

El verdadero hijo espiritual de Dios no buscará ni dependerá de una emoción abrumadora como una indicación de que Dios lo ha llamado al ministerio. Mucho menos esperará una “visión macedonia”, porque ha aprendido que la llamada de Pablo a Macedonia es la última llamada registrada en las Escrituras, y que pertenecía a las señales de una dispensación pasada.

Primero, *todos* los creyentes están llamados a dar a conocer “la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio” y la Palabra escrita de Dios, junto con la terrible necesidad que nos rodea, constituyen un llamado urgente a este ministerio.

Sin embargo, no todos están destinados a ministrar en la misma capacidad. Algunos pueden lograr mucho más para Cristo en los negocios que lo que podrían hacer como pastores o misioneros. Aquí están implicadas las cualificaciones particulares del individuo y el ministerio en particular al que mejor se adapta.

No hay espacio para la superstición en asuntos tan importantes. Es más bien para cada individuo pedirle a Dios la luz de la Palabra y la sabiduría para considerar la necesidad, las circunstancias y sus propios talentos de manera objetiva, orando por una puerta abierta a ese campo de servicio donde él puede lograr más para su Señor.

LA IMPORTANCIA DE ENTENDER LA VOLUNTAD DEL SEÑOR

La infinita importancia de entender la voluntad de Dios puede ser mejor apreciada si consideramos que ahora estamos viviendo en los momentos tensos entre la declaración de guerra del hombre contra Dios y la contradecларación de guerra de Dios a el hombre, de modo que no haya tiempo que perder para ganar hombres a Cristo.

Después de Pentecostés, Israel, en lugar de arrepentirse, se unió a los gentiles en su rebelión. Ellos *“consultarán unidos contra Jehová, y contra Su Ungido, diciendo: Rompamos Sus coyundas, y echemos de nosotros Sus cuerdas”* (Sal 2:2, 3). En una palabra, declararon la guerra a Dios y a Su Cristo (Véase también Hch 4:26, 27; 8:1, 3). En respuesta, Dios *“hablará á ellos en Su furor, Y turbarálos con Su ira”* (Sal 2:5) *“[pondrá Sus] enemigos por estrado de [Sus] pies”* (Sal 110:1) y, en una palabra, hacer una contra-declaración de guerra sobre ellos (cf. Ap 19:11).

Sin embargo, como hemos visto, el programa profético se interrumpió justo cuando el juicio estaba a punto de caer y se introdujo la “dispensación de la gracia de Dios”, bajo la cual se ofrece la reconciliación a todos los hombres por gracia a través de la fe en Cristo y en Sus méritos

Pero, ¿cuánto tiempo durará esta dispensación de Su longanimidad? ¿Cuándo se cerrará? Nadie sabe, porque no se ha prometido ni un día más de retraso, ni se ha dado una señal específica para indicar el momento de su consumación. Por lo tanto, el apóstol ruega a los que no son salvos que no reciban la gracia de Dios en vano, aconsejándoles: *“he aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salud [salvación]”* (2Co 6:2). Y a los salvos les dice:

“Mirad, pues, cómo andéis avisadamente; no como necios, mas como sabios;

“Redimiendo [Lit., comprando] el tiempo, porque los días son malos.

“POR TANTO, NO SEÁIS IMPRUDENTES, SINO ENTENDIDOS DE CUÁL SEA LA VOLUNTAD DEL SEÑOR” (Ef 5:15-17).

A la luz de todo esto, ¡cómo debemos orar por nosotros mismos y por nuestros compañeros creyentes *“para que podamos ser perfectos y completos en toda la voluntad de Dios”!* (Col. 4:12).

Capítulo XII

RENACIMIENTO ESPIRITUAL

UNA NECESIDAD RECURRENTE EN LA VIDA CRISTIANA

Estas líneas se escriben en un momento crítico en la historia del mundo, cuando se dice mucho y se escribe sobre el renacimiento. Muchos cristianos están orando por un renacimiento; evangelistas populares están haciendo todo lo posible para lograrlo; Los principales periódicos, tanto seculares como religiosos, e incluso los diarios, lo están discutiendo, generalmente utilizando una fraseología como "un renacimiento de la religión", "un renacimiento del sentimiento religioso" o "un renacimiento de la fe religiosa". Independientemente de los fracasos humanos involucrados, cada creyente verdadero agradecerá a Dios por la medida en que los hombres están despertando a la necesidad de ayuda sobrenatural para resolver los problemas graves que enfrenta nuestra generación.

¿QUÉ ES EL RENACIMIENTO ESPIRITUAL?

¿Pero precisamente qué es el verdadero renacimiento espiritual? Esta pregunta no es tan fácil de formular, mientras que hay quienes llaman a casi cualquier serie de reuniones religiosas un renacimiento, mientras que otros confunden el renacimiento con las oleadas de sentimientos religiosos que se extienden sobre las masas periódicamente y otros suponen que un renacimiento es una congregación de almas

En realidad, un renacimiento es simplemente *una restauración de la salud vigorosa*. Se relaciona con los vivos, no con los muertos. Los muertos no pueden ser revividos, sino que administramos alimentos y medicinas a aquellos que están débiles o enfermos, para restaurarlos a una salud vigorosa. Así, el renacimiento espiritual es la restauración de los cristianos enfermos a una salud espiritual vigorosa.

Dios *puede* usar una serie de reuniones para producir un renacimiento espiritual entre Su pueblo, y tal renacimiento a menudo *resulta* en una reunión de almas, pero ni la serie de reuniones ni la congregación de almas es en sí misma el renacimiento. El renacimiento es la *restauración espiritual de los creyentes*.

LA NECESIDAD DEL RENACIMIENTO ESPIRITUAL

Con los creyentes individuales, como con la Iglesia en general, la *necesidad* de un renacimiento espiritual con frecuencia no se reconoce hasta que se han alcanzado niveles extremadamente bajos de espiritualidad.³⁸ En realidad, sin embargo, la necesidad es casi continua.

Físicamente, la mayoría de nosotros necesita ser revivido al menos tres veces al día. El hambre y la debilidad pronto nos alcanzan y sentimos la necesidad de alimentos para renovar nuestra fuerza. Espiritualmente no lo es menos, porque “*no con solo el pan vivirá el hombre, mas con toda palabra que sale de la boca de Dios*” (Mt 4:4). Sin embargo, es triste decir que somos por naturaleza propensos a descuidar nuestro bienestar espiritual y a caer en el descuido y el pecado, por lo que en repetidas ocasiones se agudiza la necesidad de renacimiento y restauración espiritual.

LA CAUSA DEL DECLIVE ESPIRITUAL

Muchos sienten que la falta de oración, el hecho de no vivir vidas separadas, la indiferencia hacia los perdidos, etc., son las verdaderas causas del deterioro espiritual. Estos, sin embargo, son los efectos, no las causas. La causa del declive espiritual hoy es siempre nuestra desviación de la Palabra de Dios en general y de la Palabra de Dios *a nosotros* en particular. Ahí radica la raíz

³⁸ No decimos moralidad, ya que los creyentes que son escrupulosamente conscientes de los asuntos morales e incluso de sus deberes como cristianos, todavía pueden estar lejos de ser espirituales.

de nuestros males espirituales, aunque comparativamente pocos lo reconozcan o aún lo admitan.

Con Israel fue la desviación de la ley de Moisés lo que constantemente los metió en problemas; con nosotros ha sido el alejamiento de la verdad paulina, ya que, recuerde, tan ciertamente como la dispensación de la ley fue encomendada a Moisés, así fue la dispensación de la gracia comprometida a Pablo (Ef 3:1-3) y aquellos que han caído o retrocedido, desde su época hasta la nuestra, lo han hecho a través de apartarnos de las verdades que se nos han confiado.

En las epístolas de Pablo encontramos tanto la evidencia como la tendencia de parte de los creyentes a apartarse del camino de la bendición, y el diagnóstico de Dios de la causa particular del problema. En todos los casos, la causa es la rebelión contra la autoridad dada por Dios por el apóstol y la desviación de su mensaje y programa dados por Dios.

Solo unos pocos años después de que Pablo había sido enviado con “el evangelio de la gracia de Dios”, comenzó la revuelta contra su autoridad. Los gálatas se rebelaron, siguieron a los judaizantes y cayeron en la esclavitud del legalismo. En su carta a ellos, Pablo toma casi dos capítulos enteros para probar nuevamente su autoridad como “el apóstol de los Gentiles”, pidiéndoles que examinen a fondo el certificado de su apostolado y advirtiéndoles de los peligros de apartarse de su mensaje dado por Dios.

Atónito ante su repentina declinación, exclama:

“Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis traspasado del que os llamó á la gracia de Cristo, á otro evangelio” (Ga 1:6).

Y agrega:

“Mas aun si nosotros ó un ángel del cielo os anunciare otro evangelio del que os hemos anunciado, sea anatema” (Vers. 8).

Desafiándolos en cuanto al resultado de su rebelión, él pregunta:

“¿Dónde está pues vuestra bienaventuranza? porque yo os doy testimonio que si se pudiera hacer, os hubierais sacado vuestros ojos para dármelos” (Ga 4:15).

“Y si os mordéis y os coméis los unos á los otros, mirad que también no os consumáis los unos á los otros” (Ga 5:15).

Marque bien: los creyentes gálatas habían perdido su bendición debido a su partida del mensajero designado de Dios y el mensaje designado de Dios *para ellos*.

Dos veces el apóstol acusa a los gálatas de *desobediencia* (Ga 3:1; 5:7). ¿Pero por qué? Ellos habían tratado de obedecer *más* de lo que Pablo les había ordenado. Estaban preparados para someterse a la circuncisión *además* del programa que él, por revelación, había descrito para ellos. Y también tenían la Escritura para su posición. Sí, pero *no* las Escrituras *bien trazadas*. Su regreso a Moisés y la ley fue un repudio de la revelación *adicional* dada a través de Pablo: “la predicación de la cruz”, que incluso entonces estaba dando fin a la dispensación mosaica. Incluso los apóstoles y los ancianos de la iglesia de Jerusalem habían reconocido la libertad de los gentiles de la ley y habían “*escrito haberse acordado que no guarden nada de esto*” (Hch 21:25). Así, la obediencia a la ley ahora se convirtió en *desobediencia a la verdad* y costó a los Gálatas su bendición, llevándolos a un estado en el que se mordían y se devoraban unos a otros.

Los corintios también se rebelaron e iniciaron sectas rivales entre sí, como si se tratara de quién tenía razón: Pablo, Apolos, Cefas o Cristo. Así, apartándose de la gloriosa revelación que se le confió a Pablo, los corintios cayeron en muchos otros errores y pecados graves. Por lo tanto, el apóstol los desafió también en cuanto a su autoridad espiritual y les advirtió de los peligros de su herejía.

En Asia Menor, donde el apóstol había trabajado “por espacio de dos años”, el problema era nuevamente *Pablo y su mensaje*. En su segunda carta a Timoteo el apóstol tenía que escribir:

“Ya sabes esto, que me han sido contrarios todos los que son en Asia...” (2Ti 1:15).

Esto no significa que todos los salvos en la provincia de Asia—y hubo muchos—ahora estuvieran perdidos, o incluso que no amaran genuinamente al Señor. Significa simplemente que se habían vuelto en contra de *Pablo* como a quien se le había encomendado la nueva dispensación, “*la dispensación de la gracia de Dios*”.

Estos son sólo algunos ejemplos. El registro sagrado contiene muchos más ejemplos de declinación espiritual desde el levantamiento de Pablo, y siempre la declinación fue provocada por una desviación de una o más de las verdades particulares reveladas a través de él: la verdad del “un cuerpo” y la simpatía por unos a otros lo que esto implica, o la verdad del “bautismo” con su muerte en la carne y su identificación con Cristo en los lugares celestiales, o, quizás, la verdad de nuestra posición en la gracia, con la vida resultante vivida para Dios por pura gratitud.

CÓMO DISFRUTAR DEL RENACIMIENTO ESPIRITUAL

Cuando reconocemos el hecho de que la vieja naturaleza Adánica todavía está con nosotros, es fácil ver por qué los más piadosos de nosotros necesitan un renacimiento espiritual casi constantemente, ya que por esa misma naturaleza siempre estamos dispuestos a apartarnos de las benditas enseñanzas de las epístolas Paulinas.

Es por esto que Pablo escribió, por el Espíritu, a Timoteo y a nosotros:

“Retén la forma de las sanas palabras que de mi oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús” (2Ti 1:13).

La Palabra de Dios, entonces, es de suma importancia para el bienestar espiritual de cada creyente; no solo como una colección de pensamientos hermosos y conmovedores, sino como la revelación del programa de Dios para las edades, y especialmente para nosotros hoy, para ser estudiados, comprendidos y obedecidos. Como la comida y la medicina deben administrarse sabiamente a los débiles y enfermos, la Palabra debe estar “trazada bien” para proporcionar el beneficio necesario a aquellos que necesitan restauración espiritual.

¿Cómo podemos disfrutar del verdadero renacimiento espiritual? ¿Se puede ganar con más oración o abnegación o confesión de pecado? No, estos son nuevamente los *productos*, los *resultados* del verdadero renacimiento espiritual, que comienza con *Dios*, no con el hombre. En el renacimiento espiritual como en la regeneración, el Espíritu usa *la Palabra*. Existe la comida y la medicina que Dios ha dado para restaurarnos a una salud espiritual vigorosa.

Quizás el lector recuerde el registro del avivamiento bajo Esdras; cómo el *Libro* fue recuperado para el pueblo y cómo Esdras y sus ayudantes “leían...*claramente*, y ponían el *sentido*, de modo que *entendiesen* la lectura” (Neh 8:8). ¡Qué resultado de un despertar espiritual! ¡Cómo lloraba el pueblo (Neh 8:9) y se regocijaron (Neh 8:9-11) “*porque habían entendido las palabras que les habían enseñado*”! (Neh 8:12).

La comprensión de la Palabra de Dios siempre revive espiritualmente a Su pueblo. Escucha a los dos en Emaús de quienes nuestro Señor se acababa de partir:

“¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y CUANDO NOS ABRÍA LAS ESCRITURAS?” (Lc 24:32).

Y si esto fue cierto en otras dispensaciones, lo es particularmente en esta presente dispensación de gracia, cuando el glorioso secreto del propósito y la gracia de Dios ha sido

revelado. No es de extrañar que Pablo ore con tanto fervor por los colosenses y por todos nosotros:

“...QUE SEÁIS LLENOS DEL CONOCIMIENTO DE SU VOLUNTAD [PROPÓSITO], EN TODA SABIDURÍA Y ESPIRITUAL INTELIGENCIA;

“PARA QUE ANDÉIS COMO ES DIGNO DEL SEÑOR, AGRADÁNDO LE EN TODO, FRUCTIFICANDO EN TODA BUENA OBRA, Y CRECIENDO EN EL CONOCIMIENTO DE DIOS” (Col 1:9, 10).

No es de extrañar que les recordara sus advertencias y enseñanzas, su trabajo, su lucha y su conflicto (Col 1:28, 29):

“PARA QUE SEAN CONFORTADOS SUS CORAZONES, UNIDOS EN AMOR, Y EN TODAS RIQUEZAS DE CUMPLIDO ENTENDIMIENTO PARA CONOCER [GR., PLENO DISCERNIMIENTO] EL MISTERIO DE DIOS, Y DEL PADRE, Y DE CRISTO;

“EN EL CUAL ESTÁN ESCONDIDOS TODOS LOS TESOROS DE SABIDURÍA Y CONOCIMIENTO” (Col 2:2, 3).

Si de hecho fuéramos reavivados espiritualmente y disfrutáramos de una salud espiritual vigorosa; Si en verdad es nuestro deseo caminar digno del Señor, ser fructíferos en toda buena obra, aumentar el conocimiento de Dios, entonces debemos estar satisfechos con nada menos que una comprensión clara de “Su voluntad” y un conocimiento profundo del “misterio” tal como se nos presenta en las epístolas de Pablo. Y a medida que comprendemos las verdades vitales y maravillosas asociadas con “el misterio”, toda la Palabra de Dios será más rica y más nutritiva para nosotros espiritualmente.

¡En estos días de declinación espiritual, Dios nos dé un *apetito* por la Palabra! Que sea nuestro profundo deseo de *conocer* la Palabra de Dios *para que podamos obedecerla*, ya que probablemente no haya gozo como el que recibe el creyente por el conocimiento de que él está *en la voluntad de Dios*.

Capítulo XIII

LA MANIFESTACIÓN DE LA VERDADERA ESPIRITUALIDAD

EL FRUTO DEL ESPÍRITU

La verdadera espiritualidad se manifestará de muchas maneras en la vida del creyente—formas que en sí mismas indicarán la bienaventuranza de caminar en el Espíritu.

Entre ellas se encuentra la combinación de gracias que Pablo, por el Espíritu, llama *“El fruto del Espíritu”*:

“Mas el fruto del Espíritu es: caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza: contra tales cosas no hay ley” (Ga 5:22, 23).

Primero, debe observarse que “el Espíritu” aquí se refiere, no al “espíritu del hombre que está en él”, sino al Espíritu de Dios que mora en el creyente y hace que dé buenos frutos. Esto es evidente, tanto del contexto aquí en Gálatas 5 y de lo que se nos dice acerca del “espíritu del hombre” en 1Co 2:11. Estas gracias espirituales, entonces, no brotan de ninguna bondad natural en nosotros, sino del Espíritu de Dios que mora en nosotros.

A continuación, debe señalarse que, a diferencia de “las obras de la carne”, tenemos aquí “el fruto del Espíritu”. Estas gracias no son el producto de la energía humana, sino el resultado natural de la vida y el crecimiento.

El lector reconocerá de un vistazo la diferencia entre estas virtudes espirituales y aquellas que el mundo fomenta y presume. Aquí tenemos el delicado y hermoso final, por así decirlo, de la obra de Dios. Esto no significa que sea superficial o meramente exterior, ya que, como hemos señalado, es el derrame de la obra del Espíritu en su interior.

Consideremos brevemente estas gracias, poseídas por los creyentes en la medida en que ceden al control del Espíritu.

Amor. Aquí debemos comenzar, porque el amor es la gran fuerza motivadora detrás de la vida verdaderamente espiritual. “El amor de Cristo nos constriñe” (2Co 5:14). La fe “obra por la caridad [amor]” (Ga 5:6). Es “por amor” que debemos “servíos...los unos á los otros” (Ga 5:13). De hecho, aunque lo damos todo por los demás, si esto no se hace por amor genuino, no nos beneficiará de nada (1Co 13:3). Esto es como debe ser, porque el servicio cristiano es verdaderamente bendecido solo en la medida en que se hace con sinceridad y brota del amor sincero.

Gozo. La vida verdaderamente espiritual no es, de ninguna manera, aburrida o infeliz. De hecho, la verdadera espiritualidad es la clave de la verdadera bienaventuranza. Y la alegría, se nota, es mucho más profunda que la simple felicidad o la alegría natural que poseen muchos de los que no son salvos. La palabra original (*jará*) es un pariente cercano a la palabra gracia (Gr., *járís*). La verdadera alegría está anclada profundamente en Dios Mismo. Surge de: 1.) Un conocimiento de lo que Dios ha hecho por nosotros y es para nosotros (1Ts 1:6) y, 2.) Una conciencia de que, estando en Su voluntad, somos los destinatarios de lo mejor de Él (2Co 8:1, 2). *Esto* puede ser solamente el fruto del Espíritu (Ro 14:17).

Paz. ¡Otro fruto bendito del Espíritu! Comienza con “paz para con Dios”, apropiada por la fe en Cristo (Ro 5:1), seguida de “la paz de Dios”, que guarnece el corazón y la mente por más oscura que sea la hora (Flp 4:7) y naturalmente resulta en una actitud de paz, o tranquilidad, hacia los demás (Ro 12:18; 2Co 13:11; 1Ts 5:13). Compadecerse de los creyentes que no andan “en el Espíritu”, pierde “vuestra bienaventuranza” y “os mordéis y coméis los unos á los otros” (Ga 4:15; 5:15, 16) en lugar de dar este fruto bendito.

Tolerancia. La idea aquí es la de la paciencia, particularmente con los fracasos de los demás. Esta virtud naturalmente sigue al amor, el gozo y la paz, y es, de nuevo, claramente un fruto del

Espíritu. Cuán a menudo lo encontramos vinculado con las gracias *no* enfatizadas en la sociedad mundana: “tolerancia”, “bondad”, “mansedumbre”, etc.

Benignidad. La raíz de esta palabra se traduce de diversas maneras “fácil”, “mejor”, “amable”, “bueno”, “gentil”. Tiene la idea de gentil amabilidad hacia el otro. Esto, a pesar de la insensibilidad del mundo que lo rodea, será una característica de cada creyente verdaderamente espiritual. Tampoco esto indicará debilidad; de hecho, indicará fuerza superior. Solo los fuertes pueden permitirse ser gentiles. Dios es *todopoderoso*, sin embargo, nos trató con bondad y nos llevó al arrepentimiento (Ro 2:4).

Bondad. Siguiendo nuevamente en secuencia natural, la idea aquí no es la de justicia personal, sino más bien *una disposición para hacer el bien*. La misma raíz se encuentra en Ga 6:10, donde se nos exhorta: “*Así que, entre tanto que tenemos tiempo, hagamos bien á todos, y mayormente á los domésticos de la fe*”. ¡Cómo todo esto prepara para la vida objetiva!

Fe. La palabra *fe* aquí, sin embargo, *no* se usa objetivamente, sino *subjetivamente*. No se refiere a lo que uno hace, sino a una cualidad que posee. No denota confianza, sino *fidelidad o dignidad para confiar*, como en Ro 3:3; Ga 2:15, 16,20; 3:22, etc. “*Porque no es de todos la fe*”, escribió Pablo, refiriéndose no solo a los incrédulos, sino a los “hombres importunos y malos”, en los que no se podía confiar (2Ts 3:2). En contraste, cada creyente debe ser digno de la confianza de los demás en todo momento. *La fidelidad* sigue de nuevo las otras virtudes morales en secuencia natural y también es un fruto del Espíritu.

Mansedumbre. El significado de esta palabra se desprende claramente de su uso en el contexto inmediato (6:1) donde leemos, con respecto al hermano superado en una falta: “*Vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con el espíritu de mansedumbre; considerándote á ti mismo, porque tú no seas también tentado*”. Se refiere a esa suavidad de actitud y manera

que, en nuestro caso, surge de la comprensión de que nosotros también podemos caer ante la tentación. Es una suavidad que surge de una humildad adecuada y el reconocimiento de nuestra propia debilidad. ¿Cómo puedo ser duro y severo con un hermano caído cuando yo mismo soy tan propenso a tropezar y caer? Sin embargo, la mansedumbre no es un rasgo *natural* en lo que concierne a los pecados de *otros*. Es un fruto que solo el Espíritu puede producir y, como tal, sigue naturalmente después de *la fe* o la fidelidad personal. La madre del escritor solía enseñarle en la infancia a ser muy exigente consigo mismo pero muy comprensivo con los demás. Este no es el camino del mundo.

Templanza. La templanza, o autocontrol, es la gracia suprema de una, asumiendo que los otros ya están poseídos. Pocos creyentes se dan cuenta de lo importante que debe ser un lugar de autocontrol en nuestras vidas. Lo piensan solo en relación con la comida, la bebida y el placer, y no se dan cuenta del lugar que debe tener en nuestra conducta y conversación como creyentes. De hecho, el autocontrol debe ejercerse incluso en nuestra adoración. ¿Cuántos creyentes sinceros pero no instruidos hay que, amando al Señor con todo su corazón, pero olvidando la majestad de la Deidad y la maravilla de Su obra a nuestro favor, se dirigen a Él como “querido Jesús” y lo alaban con canciones de amor poco profundas? como si fuera un amante terrenal.

Otros, nuevamente, suponen que es la forma más alta de adoración dejarse llevar por uno mismo. Una de las pruebas más sólidas de que el pentecostalismo moderno *no* es del Espíritu es el hecho de que sus devotos “se dejan llevar” tan a menudo y se entregan completamente a un poder sobrehumano (que *ellos* suponen que es el Espíritu) pronunciando pensamientos, no propios, a menudo en lenguajes que no entienden, mientras tanto se producen grandes excesos de autoexpresión emocional. Ellos mismos lo comparan con frecuencia con la intoxicación.³⁹ Y esto mientras el Apóstol Pablo, por inspiración, exhorta:

³⁹ Asistimos a una convención nacional de Las Asambleas de Dios hace algún tiempo, en la que el servicio terminó en una confusión total. La gente oraba, cantaba, gritaba, hablaba en lenguas, extendía las manos y continuaba como si estuviera totalmente

“Y no os embriaguéis de vino, en lo cual hay disolución; mas sed llenos de Espíritu” (Ef 5:18).

La persona verdaderamente espiritual no irá a excesos de ningún tipo, sino que, por el Espíritu, ejercerá el autocontrol en su forma de comer y beber, en su conversación y conducta— incluso en su oración y alabanza. ¡Que Dios nos ayude, en estos días malos y frívolos, también a dar este fruto del Espíritu!

Refiriéndose a aquellos que *sí* llevan el fruto del Espíritu, el apóstol dice: *“Contra tales cosas no hay ley”* (Ga 5:23). ¡Por supuesto que no! Los que son guiados por el Espíritu no necesitan ser puestos bajo la ley, ni pueden ser condenados por ella (Verss. 16, 18).

Pero además de las gracias internas que produce el Espíritu, también hay manifestaciones externas de la verdadera espiritualidad que deben considerarse a continuación.

LAS EVIDENCIAS EXTERNAS

FIEL TESTIMONIO

Ningún creyente verdaderamente espiritual permitirá a la ligera que su prójimo vaya a la perdición, o que su hermano en Cristo tropiece y abanique. Incluso aparte de su deseo por el bien de los demás, anhelará ver a su Señor honrado en la salvación de los perdidos y la edificación de los salvos. Así es como el apóstol inspirado escribe con respecto a su propio testimonio:

“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: Que si uno murió por todos, luego todos son muertos;

“Y por TODOS MURIÓ, PARA QUE LOS QUE VIVEN, YA NO VIVAN PARA SÍ, MAS PARA AQUEL QUE MURIÓ Y RESUCITÓ POR ELLOS” (2Co 5:14, 15).

fuera de control. Ante nosotros se arrodilló uno que, diez minutos antes, parecía ser un hombre de negocios de aspecto sensato. Ahora, alternativamente, estaba hablando en lenguas y repitiendo la oración: “Salvemos almas”, tan rápido que solo se podría concluir que estaba fuera de sí.

¡Qué ejemplo fue el apóstol mismo en esto! Él fue a todas partes *“dando testimonio á pequeños y á grandes”* (Hch 26:22). Mientras encomendaba a los ancianos de Éfeso “a Dios y a la palabra de Su gracia”, podía decir: *“...acordándoos que por tres años de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas á cada uno”* (Hch 20:31, 32) y podría desafiarlos: *“Por tanto, yo os protesto el día de hoy, que yo soy limpio de la sangre de todos”* (Vers. 26). De hecho, a pesar de los presentimientos de futuras persecuciones, todavía podría decir:

“Mas de ninguna cosa hago caso, ni estimo mi vida preciosa para mí mismo; solamente que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, PARA DAR TESTIMONIO DEL EVANGELIO DE LA GRACIA DE DIOS” (Hch 20:24).

En todo esto permítanos, quienes serían verdaderamente espirituales, prestar atención a la exhortación del apóstol:

“Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad los que así anduvieren como nos tenéis por ejemplo” (Flp 3:17).

COMPORTAMIENTO CONSISTENTE

Pero, como hemos visto en nuestra discusión sobre el conflicto entre la vieja y la nueva naturaleza, el caminar cristiano es más que el simple testimonio a los demás. La música de una vida piadosa debe acompañar el testimonio de nuestros labios.

No solo por nuestro propio bien espiritual, sino por el bien de los demás y por la gloria del Cristo que murió por nosotros, debemos huir de los deseos de la carne y mantenernos “sin mancha de este mundo”.

Como recalca el apóstol Pablo esto: *“andemos en novedad de vida”* (Ro 6:4)—*“no andamos conforme á la carne”* (Ro 8:4)—*“Andemos como de día, honestamente”* (Ro 13:13)—*“Andad en el Espíritu”* (Ga5:16)—*“andéis como es digno de la vocación [llamada] con que sois llamados”* (Ef 4:1)—*“no andéis más como los otros Gentiles”* (Ef 4:17)—*“andad en el amor”* (Ef 5:2)—*“Andad como hijos de luz”* (Ef 5:8)—*“andéis avisadamente”* (Ef

5:15)—“*andéis como es digno del Señor*” (Col 1:10)—“*Andad en sabiduría*” (Col 4:5).

TRABAJO ARDUO DILIGENTE

Uno de los nativos cristianos en un complejo del Congo había dejado a los demás cavando en los jardines de la misión y había desaparecido, cuando apareció el misionero. Al buscarlo, el misionero lo encontró en su choza, leyendo su Nuevo Testamento. “¿Qué estás haciendo aquí mientras los otros están trabajando?” preguntó el misionero. “Estoy tratando de obtener la victoria”, respondió el nativo.

Demasiados cristianos parecen suponer que una verdadera vida espiritual se compone solo del estudio de la Biblia, la oración y el canto de los himnos. En realidad, el verdadero estudio de la Biblia, la oración y la acción de gracias nos incitarán a darnos en vidas de trabajo y abnegación para Cristo y los demás.

Nuestro apóstol también fue un ejemplo para nosotros en esto. Escribiendo a los Colosenses, dice, con respecto a sus esfuerzos por llevarlos a la madurez espiritual: “*En lo cual aun trabajo, combatiendo según la operación de él, la cual obra en mí poderosamente*” (Col 1:29). Y sus esfuerzos por ganar a los perdidos y establecer a los salvos a menudo también conllevan un duro trabajo secular, ya que para los tesalonicenses escribe: “*Porque ya, hermanos, os acordáis de nuestro trabajo y fatiga: que trabajando de noche y de día por no ser gravosos á ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios*” (1Ts 2:9). De hecho, esto a menudo significaba trabajar físicamente con sus manos, porque a los ancianos de Éfeso dijo: “*Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario, y á los que están conmigo, estas manos me han servido*” (Hch 20:34). En otras palabras, trabajó con sus manos para apoyarse tanto a sí mismo como a sus compañeros de trabajo. Y aunque no consideraba que este fuera el procedimiento ideal, no se sentía demasiado importante para hacerlo cuando fuera necesario, aunque “*pienso que en nada he sido inferior á aquellos grandes apóstoles*”. A los

creyentes de Corinto, él escribe: *“Hasta esta hora...trabajamos, obrando con nuestras manos”* (1Co 4:11, 12).

Esta es una fase importante de la vida verdaderamente espiritual que a menudo se pasa por alto. Aquellos que pueden cantar y orar y testificar con tanto entusiasmo a menudo son lentos en ofrecer sus servicios cuando hay trabajo por hacer. Sí, incluso los ministros del evangelio y los líderes en el trabajo cristiano a menudo son negligentes en el desempeño de las tareas que corresponden a su ministerio. Parecen sentir que el Espíritu Santo debe prosperar su trabajo si solo estudian la Palabra y oran.

El apóstol Pablo no era demasiado perezoso ni demasiado orgulloso para *trabajar*, con las manos si fuera necesario, y, en todo caso, incansablemente, para llegar a un mayor número con el mensaje confiado a él. Comparándose con otros “ministros de Cristo”, podría decir honestamente: *“en trabajos más abundante”* (2Co 11:23).

Si quisiéramos ser verdaderamente espirituales, entonces, deberíamos prestar atención a su exhortación a los corintios y a nosotros, a ser **“CRECIENDO EN LA OBRA DEL SEÑOR SIEMPRE, SABIENDO QUE VUESTRO TRABAJO EN EL SEÑOR NO ES VANO”** (1Co 15:58).

ENTREGA SACRIFICIAL

Otra manifestación de la verdadera espiritualidad es el sacrificio por el bien del Señor. Es cierto que los cristianos carnales e incluso los incrédulos a veces también son generosos con sus recursos. También es cierto que debemos obedecer 1Ti 5:8 y proveer para nuestros hogares, pero *no* es cierto que un verdadero creyente espiritual sea tacaño con la riqueza que Dios le ha confiado. Invariablemente, las iglesias más sanas, espiritualmente, son los contribuyentes más generosos a la obra del Señor. Sin embargo, ¡ay, cuán pocos del pueblo de Dios, proporcionalmente, han llegado a conocer la alegría de hacer *sacrificios* financieros por causa del Señor!

Los filipenses conocían esta alegría. Pobres como estas personas piadosas estaban en los bienes de este mundo, buscaron a Pablo una y otra vez para ministrar sus necesidades y para ayudar con la obra del Señor, a veces instándolo a aceptar lo que no podían permitirse dar (Flp 4:15, 16; 2Co 8:3). Y esto lo hicieron de una manera mejor de lo que Pablo había esperado, primero entregándose *ellos mismos* a Pablo y al Señor (2Co 8:5).

Con los carnales corintios esto no fue así. Probablemente la más grande de todas las iglesias fundadas por Pablo, ni siquiera sufrieron los escasos gastos de manutención del apóstol (2Co 11:9). De hecho, mientras que en Corinto, el apóstol fue apoyado por los pobres macedonios. (Ibídem).

Pablo tuvo que recordar a los corintios la generosidad de los macedonios (especialmente a los filipenses) para provocarlos a la emulación, no sea que los macedonios los avergonzaran (2Co 8:8; 9:4) cuando todas las demás iglesias presentaron sus contribuciones para los “pobres de los santos” de Judea. Tuvo que enviar a Tito para agitar entre ellos la gracia de dar (2Co 8:6). Tuvo que recordarles cómo es que el Hijo de Dios lo había dado *todo* y se había vuelto pobre para *hacerlos ricos* (2Co 8:9). Tuvo que recordarles que habían prometido hacer su parte un año antes, exhortándolos: *“Ahora pues, llevad también á cabo el hecho”* (2Co 8:10, 11). Tuvo que desafiarlos: *“para poner á prueba, por la eficacia de otros, la sinceridad también de la caridad vuestra”* (2Co 8:8).

Estos corintios tenían los dones pentecostales, pero estaban lejos de ser espirituales. El apóstol los llamó “carnales” y “niños” (1Co 3:1). No habían mostrado el debido aprecio a Dios por Su bondad para con ellos. No habían aceptado sus responsabilidades hacia Cristo y sus hermanos. ¿Cómo podrían ser llamados espirituales? Es cierto que tenían mucho entusiasmo, incluso desorden, en sus servicios (1Co 14:26-28, 33, 40), pero se puede llamar espiritual quien *sabe* que Dios amó tanto al mundo que *dio—dio lo mejor de Sí. , Su Hijo amado*, para salvarlo del pecado, ¿no es a su vez movido para ofrecerse a sí

mismo y sus bienes a Dios? ¿Puede uno ser considerado espiritual que *sabe* que el Señor de la gloria se hizo pobre—*tan pobre*—para que seamos ricos y, sin embargo, no nos toque hacer sacrificios por Él y por aquellos por quienes murió?

Hemos conocido a personas cristianas que han trabajado laboriosamente como una especie de sustituto para dar, pero esto no servirá. Dios es un Dador generoso y *sacrificial*. “*El que...á Su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros*” e incluso ahora, “*¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?*” (Ro 8:32). ¿Y los que son verdaderamente espirituales no participarán de Su naturaleza? Por lo tanto, el trabajo diligente y el sacrificio, *ambos* van con la verdadera espiritualidad, ya que el Espíritu Mismo, quien nos exhorta a que estemos “*creciendo en la obra del Señor siempre*”, también exhorta, con respecto a dar: “*que también abundéis en esta gracia*” (2Co 8:7) y:

“Esto empero digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra en bendiciones, en bendiciones también segará” (2Co 9:6).

Que aquellos de nosotros que aún no hemos entrado en la alegría y la comunión del sacrificio comiencen *ahora*, sabiendo que “*Dios ama el dador alegre* (Lit., *feliz*)” (2 Co 9:7).

ADORACIÓN GENUINA

En realidad, la adoración es una manifestación tanto interna como externa de la verdadera espiritualidad.

Curiosamente, las epístolas paulinas rara vez usan la palabra *adoración* en sí mismas, pero tienen mucho que decir al respecto y dan muchos ejemplos de ello. Siempre la verdadera adoración va de la mano con la verdadera espiritualidad. Así el apóstol exhorta:

“...sed llenos de Espíritu; Hablando entre vosotros con salmos, y con himnos, y canciones espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones” (Ef 5:18, 19).

Aquí no podemos entrar en las muchas doxologías—todas las expresiones de adoración—que se encuentran en las epístolas, o las muchas otras exclamaciones de adoración, acción de gracias y alabanza que se encuentran en estos escritos. Variados como son, cada uno es una manifestación de la verdadera espiritualidad. Citamos algunos ejemplos:

“Bendito el Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo, el cual nos bendijo con toda bendición espiritual en lugares celestiales en Cristo” (Ef 1:3).

“...del Hijo de Dios...me amó, y Se entregó á Sí Mismo por mí” (Ga 2:20).

“Doy gracias á mi Dios en toda memoria de vosotros” (Flp 1:3).

Seguramente, si bien fallamos atestiguar para Cristo, ni vivimos, trabajamos o nos sacrificamos por Él—y ciertamente, mientras nuestros corazones permanecen inmóviles para adorarlo, es inútil hablar de ser espiritual. Al concluir este estudio, entonces, cada uno de nosotros le pedimos a Dios que, por Su gracia, podamos llevar el fruto del Espíritu y manifestar los resultados de Su presencia en el interior.